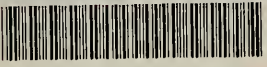


F  
1205  
H55



LIBRARY OF CONGRESS



00009895048 ●



Class F 1205

Book .H55

Copyright N<sup>o</sup> \_\_\_\_\_

**COPYRIGHT DEPOSIT.**









**MUJERES CELEBRES**  
**≡ DE MEXICO ≡**



**AUTOR**

**LIC. CARLOS HERNANDEZ**

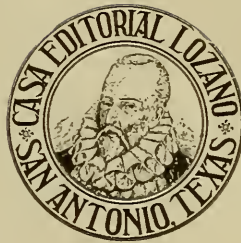


1918

**CASA EDITORIAL LOZANO**  
**SAN ANTONIO, TEXAS**







1

# MUJERES CELEBRES DE MEXICO

585  
7261

---

**AUTOR:**  
**LIC. CARLOS HERNANDEZ**

11

---

- I—Antes de la Conquista Española.  
II—Durante el Dominio Peninsular.  
III—Durante la Guerra de Independencia.  
IV—En el Período Independiente.
- 

CASA EDITORIAL LOZANO  
SAN ANTONIO, TEXAS.  
1918

Fr. 205  
155

Copyright, Lic. Carlos Hernández, 1918.

Quedan asegurados los derechos de  
propiedad conforme a  
la ley.

NOV -7 1918

©Cl.A507349



## A LA MUJER MEXICANA:

---

*Pocos séres humanos ha de haber, que en tal o cual ocasión no hayan pensado alguna cosa respecto a la influencia trascendental que la mujer ha ejercido y ejerce, no ya tan solo sobre la familia, sino también en el desenvolvimiento de las naciones y de la humanidad entera.*

*La mujer es uno de los elementos más importantes; de aquí que en todos los tiempos y en todos los climas ha sido objeto del más especial estudio.*

*La mujer, en la historia de las primitivas edades, aparece como un simple instrumento de deleites; como un ente inferior, se le condena a las rudezas de los trabajos mecánicos, y se le tiene constantemente en la esclavitud y en la ignorancia como a un sér incapaz de mejoramiento intelectual y moral.*

*Pero poco a poco vá cambiando favorablemente la natural dureza del hombre, y en la superioridad de su cerebro encuentra que debe tener más consideraciones para con la constante compañero de su vida, porque ella es la madre de sus hijos, y en los peligros sabe defender tanto a éstos como a aquél con una entereza apenas concebible.*

*Más tarde el respeto hacia la mujer se aumenta, y llega un día en que en los templos se le encomiendan las más delicadas funciones, ascendiendo con el triunfo del cristianismo al elevado sitio que le reservaran sus altos fines.*

*Ya en la época presente, son bien conocidos los progresos que ha alcanzado la cultura de la mujer.*

*Ella se presenta en todos los campos de la actividad humana a reclamar su participación en las bregas por la existencia, a hacer valer sus derechos de igualdad, sin renunciar por ello a continuar siendo el más puro raudal del sentimiento.*

*Mas como los progresos humanos llegaran a una elevación apenas esperada, la cultura universal como una consecuencia precisa, ha presentado a la mujer mexicana como uno de los más interesantes factores sociales, encontrándola el estudio con los tintes característicos a su localidad.*

*Y efectivamente, arpa eolia ha tenido siempre la inspiración del bardo*



para commover las fibras sensibles del corazón cuando dedica sus notas a la mujer mexicana, porque ha encontrado en ella concentrados todos los hechizos y fascinaciones que abrigan las demás mujeres del orbe.

No cabe la menor duda de que las muchas cualidades que posee la mujer mexicana, proceden por ley atávica de las distintas razas de que proviene, hallándose para dicha, adunado por la naturaleza en un asombroso conjunto todo lo que esas mismas razas tienen de bondad y de belleza.

La mujer mexicana está adornada por un particular encanto; es un vaso purísimo del que se desborda una corriente perene de halagadora simpatía.

Mas prescindiendo de lo expuesto, la preciosidad de ella se encuentra en la virtud, que se muestra bajo formas tan variadas como maravillosas.

Es inteligente, laboriosa, económica y naturalmente inclinada a los sentimientos más generosos, huyendo las exajeraciones del romanticismo lastimador del buen sentido.

Ideal por la constitución íntima de su sexo, conoce el secreto de ser la consorte por excelencia y la madre más cariñosa.

La influencia de la mujer mexicana en la vida nacional es palmaria, porque atesora el valor y el patriotismo en condiciones tales que parece se encuentra vaciada en los moldes de las personalidades heroicas.

Desarrollado el feminismo por los adelantos modernos, la mujer mexicana toma de él lo que el sentido práctico le aconseja, y sin quedarse atrás en la constante marcha del progreso, participa en la dilucidación de sus más complejos problemas, sin pretender arrebatarse en el social concierto un sitio que no le corresponde. No quiere para sí, ni los odios ni las pasiones de la política que tanto hieren el corazón.

La historia de la mujer mexicana se encuentra en el hogar: de aquí que su naturaleza repugna la tiranía de las modas, las fragilidades del placer mundano y las voluptuosidades de la corrupción.

La mujer mexicana es casta y pura como la azucena de sus montañas, creyente como una vestal, rigurosa como el arquetipo de la moralidad.

Es abnegada en el sufrimiento hasta el sacrificio, si se trata de la salvación de su esposo o de sus hijos.

Es el amparo del menesteroso, el consuelo del triste y el refugio de los desventurados que lloran.

Con esos precedentes, no podemos menos que presentar en la galería ulterior, las mujeres más notables que han sabido dar glorioso lustre a la tierra mexicana que las vio nacer.

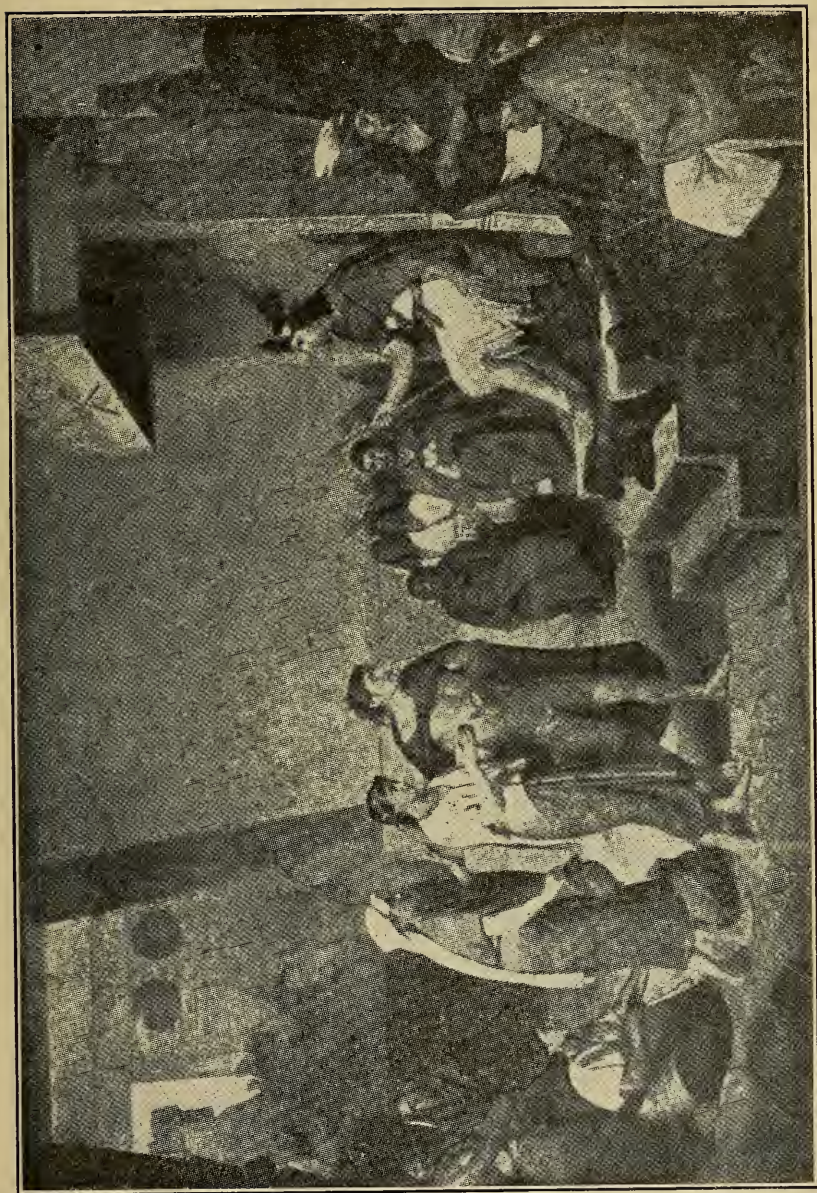
E incomparable será nuestra satisfacción, si conseguimos el ver que nuestro trabajo llegue al hogar, a la escuela, a la tribuna, a la prensa, y en general, a todos aquellos centros donde algo se siente respecto al porvenir del bello sexo.

CARLOS HERNANDEZ.



PARTE PRIMERA.  
ANTES DE LA CONQUISTA.





El Descubrimiento del Pulque.





## La Reina Xochitl.

### I.

Existe en la parte septentrional del Nuevo Continente, una extensa y rica región, una gran meseta en que el arqueólogo encuentra reunidos acopio de materiales para la labor científica.

Ahí descubre el geólogo datos de la mayor significación, por los que se viene en conocimiento que ese continente solo tiene de nuevo el nombre, pues que su superficie ha sido cruzada por la planta humana desde la más remota antigüedad.

Y efectivamente, de ese modo lo han dado a conocer las ruinas de una ciudad populosa cerca de Otumba, apareciendo vestigios por los que se ha descubierto que esa ciudad fué construída en tres períodos distintos de tiempo, separada y sucesivamente, debiendo ser la época más antigua como de tres mil años anteriores al principio de la era cristiana, y resultando por los caracteres de ese intervalo de tiempo, que durante él habitaron sobre dicha meseta llamada después de ANAHUAC, (junto al agua) un pueblo de origen mogol, y por ende de procedencia esencialmente asiática.

Muchos siglos después de ese período histórico, apareció sobre la propia meseta otra nación nómada y salvaje, que dedicada a la caza y a la pesca desde tiempo inmemorial, se dirigía poco a poco de Norte a Sur, sin saber de qué región había salido ni a dónde se encaminaba; pero dando a conocer por los caracteres frenológicos encontrados, que era también de origen asiático.

Este pueblo fué el tolteca. (sabio o artífice)

### II.

En el período de tiempo a que nos venimos refiriendo, las familias de esa nacionalidad, con positivas vocaciones para el progreso, habían conseguido cierto grado de civilización, habiendo por ello modificado en gran manera sus hábitos guerreros y sus costumbres errabundas.



El suelo en que vivían era sobradamente feraz, y habiendo aprendido a cultivar la tierra, los toltecas solo pensaban en abandonar sus hogares durante los períodos de prolongadas sequías en que se perdieran las cosechas, ya que la existencia de los ríos era relativamente escasa y ellos no producían lo suficiente para satisfacer las necesidades vitales de millares y millares de familias.

Hacia como tres años que en la Meseta no llovía, y muchas de las poblaciones de la región empezaban a levantar sus penates y a dirigirse hacia el acaso, huyendo los horrores del hambre y la miseria.

El rey tolteca Tecpancaltzín, se afligía al contemplar en su impotencia, cómo por temor a los estragos de la muerte su monarquía iba quedando desierta y abandonada, mirando de un modo inconcebible, cómo pesaba sobre sus vasallos aquella maldición eterna que los hacía marchar errantes por el mundo.

Entre las familias toltecas existía la de Papatzín, que si bien era de noble abolengo por su honradez acrisolada, era poseedor tan solo de una modesta fortuna. Con todo y ello, aquel venerable anciano consideraba como orgullo de su hogar el tener dentro su seno a su pudorosa hija la joven Xochitl, doncella de sorprendente hermosura, pero más sorprendente todavía por los halagos de su virtudes, por la clarividencia de su espíritu y por la firmeza de su carácter.

El nombre de aquella virgen significa FLOR, y era Xochitl más pura que las azucenas del campo, más púdica y modesta que las violetas del sombrío bosque.

Sucedió que en cierta vez sopló un viento terrible que amenazó con su furia destruirlo todo: las humildes chozas del pueblo quedaron convertidas en ruinas.

Xochitl se llenó de consternación y ofreció en plegaria sentida llevar al altar de sus Dioses las flores más hermosas de la pradera: el ruego de la virgen fué escuchado y el mal que amenazaba todo, desapareció.

Al día siguiente salió la niña bella al campo con objeto de recojer sus ofrendas, contemplando su mirada absorta los destrozos que causara el huracán; yacen por el suelo, desde la débil florecilla hasta el colosal ahuehuate de tronco añoso.

Llega a la estéril colina y ahí encuentra un maguey que tenía sus grandes hojas o pencas retorcidas por la incontrastable fuerza de los vientos: laceradas yacen por el suelo, observando la doncella incomparable que de sus heridas brotaba abundante jugo libado a porfía por un centenar de abejas.

Llama fuertemente su atención el hecho y ella misma prueba el jugo, comprendiendo con su despejada capacidad que si el providencial instinto no llevaba la muerte a aquellos seres diminutos, menos podría producirlo a ella si probaba.

Toma en efecto el jugo del maguey, encontrándolo dulce y delicioso como la miel de los panales.

Corre Xochitl a su hogar y da a conocer el descubrimiento a su cariñoso padre, regocijándose éste de que los dioses hayan prestado el beneficio por conducto de su hija idolatrada.

Aquella venerable familia siente profundamente la pena, al mirar los horrores con que el hambre asola a los pueblos toltecas: con penetración

asombrosa se inspira en las maravillosas cualidades del maguey, encontrando como resultado final que esta planta satisface las necesidades apremiantes del pueblo hambriento y desolado.

### III

Hallándose cierto día el monarca de los toltecas rodeado de su corte, se presentó la peregrina Xochitl deseando hablarle.

Fue conducida a su presencia, y en sencillas y conmovedoras frases le relató cómo había encontrado que el jugo del maguey, a más de ser un alimento sano y nutritivo, era un néctar delicioso.

El Soberano se llenó de regocijo porque comprendió desde luego lo importante del descubrimiento providencial, ya que asomando la miseria por todas partes, los pueblos iban dejando los caseríos en el más completo abandono.

Entonces la feliz doncella, como maga bienhechora, presentó al Rey con gracia suma el producto del maguey, habiendo sido la ofrenda según algunos autores, de pulque, y según otros de miel de maguey.

Todos los circunstantes quedaron sorprendidos con el hallazgo y los sabios de la Corte consideraron el descubrimiento como un don con que la Providencia había querido favorecer a la nación tolteca.

Desde entonces aquella planta que cubría la región más árida de la Alta Meseta Mexicana y que no necesita de la lluvia para la vida, dio la riqueza a sus moradores, haciendo que olvidasen para siempre la existencia errante que llevaran sus antepasados.

El monarca Tecpancaltzín no vio con indiferencia el gran servicio que aquella admirable joven acababa de prestar a sus pueblos, e impresionado en lo más sensible de su alma desde el primer instante que la vio, resolvió entregarle su corazón.

Luchando después de varios días con la pasión y con la vigilia, buscó sin descanso a la virgen Xochitl, a la que declaró con frases vehementes toda la ternura del amor que le profesaba, cuya joven pudorosa y agradecida correspondió las idealidades de aquel cariño, elevándola por sus virtudes y merecimientos a la dignidad de esposa.

La dicha de la real pareja fué coronada por el cielo, pues que Xochitl dio al Rey un hijo que en remembranza del feliz descubrimiento se nombró MECONETZIN. (Hijo del maguey).

Esa planta se nutre de las cristalinas gotas del rocío que toma por las espinas: almacena su jugo salvador en sus grandes hojas, que cubre de un modo prodigioso con grandes telas impermeables, las cuales desde tiempo inmemorial se emplean como el mejor papel en la escritura geroglífica de los indios, a usanza del papiro egipcio.

El descubrimiento del cultivo del maguey echó los basamentos de la vida social de los pueblos de Anahuac, y con especialidad la de los toltecas, que llegaron a constituir en lógica consecuencia la nación más culta de la América.

Desde esa época, entre las clases humildes del suelo mexicano, se conserva vivo el recuerdo de la incomparable Xochitl, gloria de su raza, lustre del suelo tolteca y noble orgullo de su sexo.

Desde entonces se guarda fragante como una flor entre las clases abo-

rígenes de Anahuac el nombre de la reina Xochitl, que tanto supo hacer por el bien de sus hermanos los toltecas.

Su nombre se conserva como un talismán bendito y la gratitud lo llevará a las más lejanas generaciones como un emblema radioso de la moderna prosperidad nacional.







## La Princesa Doña María de Papantzín.

### I.

¿Quién habrá que en el mundo de las letras no conozca la extraña cuanto dolorida existencia de aquel prócer imperial, que sujeto a los embates de la aciaga fatalidad, aún a pesar de sus buenas intenciones, nuevo Edipo, estuvo durante su vida arrastrado constantemente por una quimera hasta quedar convertido en nada en el abismo del no ser?

¿Quién no conoce la figura histórica del Emperador Moctezuma II? (Señor triste o desgraciado)

Nacido con las más relevantes dotes, desde los primeros años se dedicó a la carrera de las armas, y cuando fue exaltado al trono imperial, se ocupó en llevar el brillo de sus ejércitos hasta los países más remotos, consiguiendo entrar como conquistador hasta las regiones de Guatemala, y fundando así con sus indiscutibles méritos uno de los imperios más dilatados y poderosos del orbe.

Pero no fue esa su ocupación favorita, porque siendo por su muy elevado rango el Pontífice Sumo, se empeñó en profundizar la religión de sus mayores, ocupación que a la postre debía mostrarle una moderna y amenazadora Esfinge bajo los sigilos de una inspiración profética.

Engolfándose en las sinuosidades misteriosas de la luz y de la sombra, como él penetrara que los grandes acontecimientos de la historia no se producen al acaso, sino que se rigen por leyes lógicas e inmutables, siendo los unos consecuencia de los otros, mucho tuvo que pensar desde el momento en que ascendiera al trono imperial, con relación a los efectos que pudiera producir en su marcha pública, la tradición de una profecía, tenida siempre como indubitable entre las multitudes.

Hela aquí:

Muchísimos años antes de que dicho soberano se presentara en el proscenio de la vida, apareció en el suelo de Anahuac un sér extraordinario, un hombre de rostro blanco cubierto de barba, sereno y afable, bondadoso,

de corazón tan noble que siempre estaba dispuesto a consolar a los desvalidos.

Ese varón insigne se dedicó a enseñar a los aborígenes de la tierra el olvido de la existencia errabunda y salvaje, a vestir sus carnes, a cultivar la tierra, a fabricar chozas, a practicar las artes mecánicas y liberales, a distinguir el bien del mal y a connaturalizarse con los principios de las ciencias sociales.

Cuando considerara concluida su misión, se despidió de los pueblos a que había prodigado tantos beneficios, mirando cómo la gratitud que había sabido inspirarles les arrancaba lágrimas de dolor.

Entonces el grande hombre les dijo que sus altos fines lo llamaban a cumplir su misión en otros países, pero que no debían de entristecerse, porque les ofrecía que con el transcurso de los siglos, llegarían ahí del Levante sus descendientes los hijos del sol, hombres blancos y barbados como él, y que al aparecer conseguirían dominar con su superioridad la tierra e iniciarían una era de prosperidad y de progreso.

Aquel hombre se retiró hacia el Oriente y no volvió a saberse cosa alguna de su persona.

Los habitantes de Anahuac lloraron su eterna ausencia y en reconocimiento verificaron la apoteosis de su redentor, colocándolo en el número de sus dioses con el nombre de QUETZALCOATL.

Como una consecuencia de lo expuesto, en las teogonías mexicanas tiene dos representaciones.

En la humana se le muestra con las facciones que llevara en vida. Aparece dibujado de frente en forma de mascarón, de cara redonda que tiene la extremidad inferior cubierta de barba; sus ojos son horizontales y no oblicuos como los de la raza mongólica, su nariz es proporcionada y no tiene los pómulos salientes. En una palabra, muestra todos los caracteres de la raza indo-germánica.

En su representación divina se le muestra en la forma de una serpiente con alas. La serpiente, tanto en los antiguos ritos de los mexicanos como en los de los egipcios significa la Divinidad.

De aquí que los mexicanos para simbolizar que su civilizador era un Dios le dieron la forma de serpiente, y le agregaron alas para significar que se había ido como el viento a cumplir sus ulteriores destinos, representando a continuación en sus interpretaciones religiosas la vida inmortal del espíritu humano.

En consecuencia de todo ello, la etimología e ideología de la palabra QUETZALCOATL, quiere decir serpiente con plumas o alas: esto es, dios que vuela o se va como el aire, o con más precisión: *Dios del aire*.

Ahora bien, aunque el Emperador Moctezuma II, desde los principios de su administración se preocupara con esa maravillosa profecía, poco a poco fué retirando su atención de ella.

Sin embargo, por la realización de nuevos hechos volvió a ejercer una influencia marcadísima sobre su existencia, al grado de que constituyó su constante pesadilla.

Deben por tanto darse a conocer sobre el particular más pormenores, ya que se trata de un punto histórico tan importante para los mexicanos, cual es la transición de la etapa antigua a la de la aparición de la raza blanca, fundadora de la civilización moderna de México.

## II.

Era el Emperador Moctezuma II, hermano de una joven poseedora de las más raras virtudes, de la Princesa Papantzín.

Esa dama de imperial estirpe había contraído matrimonio con el gobernador de Tlaltelolco: mas como éste falleciera, aquélla se retiró a vivir al lado de su madre en el palacio imperial de su hermano, con el recato correspondiente a su condición de viuda.

Mas por el año de mil quinientos nueve de la era cristiana, sucedió que la princesa Papantzín enfermó de gravedad, y siendo inútiles los esfuerzos de los Médicos de la Corte, al fin sucumbió la paciente, y al ser depositado su cuerpo en una gruta del jardín del palacio imperial con las más solemnes exequias, la sintieron entrañablemente tanto su madre como su hermano.

Al día siguiente del fallecimiento, según algunos autores, y a los tres días; según otros, una pequeña niña que se paseaba por el jardín mencionado, con asombro encontró a la Princesa Papantzín, quien le suplicó que pasase a decir a su madre fuese a dicho sitio porque deseaba hablarle.

La madre fué al lugar indicado, no porque creyera en el contenido del recado, pues sabía que su hija había muerto, sino más bien por complacer a la niña; mas con gran sorpresa, vio que efectivamente la Princesa Papantzín se encontraba sentada al borde de un estanque, perdiendo el conocimiento por lo fuerte e inesperado de la impresión.

Sumo fué el alboroto que se produjo en el palacio, ya porque la anciana madre se desmayó, pero más todavía por la extrañísima resurrección de la Princesa, sorprendiéndose también y no poco el Soberano.

Una vez que se restableció la calma, la Princesa hizo al Emperador un relato que aumentó su angustiosa pena.

Ese relato fue así: Dijo que luego que ocurrió su fallecimiento, poco a poco, y sin poder dar una explicación satisfactoria, fue recobrando el conocimiento su sér, aunque sin conseguir dar a sus miembros movimiento alguno, pues su cuerpo continuaba con la rigidez cadavérica.

Luego tuvo la seguridad de que se encontraba en el centro de un gran llano a donde concurrían muchas sendas tortuosas.

Ahí estaba cerca un río misterioso: miró que en una de sus riveras se hallaban muchos cráneos de hombres y que de ellos salían estridentes clamores, gritos y ayes incomprensibles, y en la otra rivera se contemplaban en tropel ascendente, muchos hombres de rostro blanco cubierto de barba.

Y como la Princesa Papantzín quisiese atravesar la corriente, en el acto se le apareció un joven de faz bellísima, cubierto el cuerpo con una vestidura más blanca que la nieve, teniendo en sus contornos una luz más pura y resplandeciente que la del sol, llevando en sus espaldas dos grandes alas y mostrando en la derecha mano una cruz.

La visión agélica dijo a la Princesa con voz cariñosa y afable que aquellos cráneos y aquellos clamores pertenecían a las generaciones pretéritas de sus ascendientes, que aquellos hombres blancos eran los hijos del sol que ya se iban acercando al Imperio Mexicano, quienes en cumplimiento de sus altos fines llegarían a ser dueños del país y que no era aún tiempo de que atravesasen aquella corriente.

El Emperador al escuchar dicho relato se quedó petrificado y mudo de terror, porque comprendió que la aparición del fantasma de los hijos del sol al tomar formas más precisas continuaba amenazándolo.

Comprendió que al ser el más característico representante de la típica civilización mexicana, tal vez en cumplimiento de las profecías de QUETZALCOATL, a él tocaba caer bajo el desquiciamiento de su poderosa monarquía.

Con la fe más arraigada en los mitos y misterios de su religión, y no dudando ni por un momento que la profecía de referencia tenía que realizarse aunque sin poder precisar cuándo, quiso tener más detalles del asunto, y consultó el significado de la aparición que había tenido su hermana con los sabios, agoreros y adivinos de su imperio.

Unos le manifestaron que preocupado como estaba desde hacía tiempo con la profecía de los hijos del sol, era natural que las personas de su familia estuviesen en las mismas condiciones.

Que la muerte de la Princesa Papantzin bien pudiera haber sido un fenómeno meramente cataléptico, y las apariciones que acababa de tener bien pudieran haber sido un fenómeno del todo natural y consecuencia precisa del estado de su espíritu en preocupación.

Otros le dijeron que era posible que fuese así; pero que la cruz que se encontraba en la diestra mano del bellissimo joven, al no tener conexión con los pormenores de la profecía anunciada, bien pudiera ser ajena a un fenómeno de auto-sugestión, conteniendo entonces aquel signo, un arcano a donde no podían penetrar los progresos de las ciencias americanas; más que si este signo indicaba por especial gracia una inspirada y providencial revelación, el tiempo se ocuparía en descorrer el cendal del enigma.

### III.

Así corrieron los años, y Moctezuma consiguió de nuevo calmar su ansiedad; mas en el año de mil quinientos diez, cuando menos se esperaba, sin que hubiese fenómeno sísmico ni meteoro aparente, el lago de Texcoco se salió violentamente de madre, llegando sus embravecidas olas hasta el caserío de la población de su nombre y habiendo ocasionado muchas desgracias.

Luego en el cielo apareció un cometa, y por último, se dejó ver en el Oriente, una gran claridad en forma luminosa de la que se desprendían enormes chispas.

Los pueblos con aquellos presagios se llenaron de consternación y en el alma de Moctezuma reapareció la eterna pesadilla.

Comprendió que aquello era el pronóstico de la próxima aparición de los hijos del sol que debían arrebatarle la corona y que habían de llegar por el Oriente.

En el año de mil quinientos dieciséis, se vió otro cometa y luego un tercero, dejándose en seguida sentir un terrible terremoto que llenó de sobresalto a los habitantes de la monarquía. Con ello el pánico del Emperador no tuvo límites.

Citó a los sabios, astrólogos, adivinos, agoreros y brujos de su Nación, para que con sus conocimientos iluminasen su conciencia ofuscada con tanto prodigio.

Citó a todos sus súbditos para que aquéllos que tuviesen algún sueño que se saliese de los límites de lo ordinario, se lo manifestasen, a efecto de ver si conseguía penetrar el arcano que lo martirizaba.

Muchos concurrieron pero ninguno lo dejó satisfecho, y mientras unos



eran sumidos en horrendos calabozos donde perecían de hambre, otros eran cruelmente sacrificados a los dioses.

Por fin, un día se presentó a Moctezuma II un indio a quien nadie conocía, que se encontraba desorejado y sin dedos en los pies.

El indio expuso al Soberano, no ya un sueño, sino que él había visto en la costa Oriental y dentro del mar, unas enormes montañas que se movían, llevando a los lados grandes torres.

En el acto mandó el Soberano se asegurase bien al indio, y luego ordenó que uno de los principales sacerdotes de toda su confianza, acompañado de otras personas fuesen al oriente y sin pérdida de tiempo le informasen lo que viesan.

Pocos días después regresaron y le dijeron que habían observado unas muy grandes naves, de las que salían hombres blancos barbados, que se ponían a pescar en pequeñas embarcaciones.

Cuando se buscó al indio desorejado para ponerlo en libertad, no se le encontró ni vivo ni muerto. Había desaparecido como una quimera.

A continuación llegaron a la Corte correos del Emperador, anunciándole que los hijos del sol habían saltado en tierra.

Habían pisado el suelo de Anahuac y la profecía de Quetzalcoatl se había cumplido.

Moctezuma se puso en contacto con los blancos por medio de sus embajadores, enviando a aquéllos los más ricos presentes.

Luego pretendió en vano luchar contra la fuerza del destino, pues mientras los invitaba a que abandonasen el país, les mandaba más costosos regalos, lo cual aumentando su codicia, les servía de acicate para que con más vehemencia se internasen en la tierra.

Los brujos de la corte ponían hilos misteriosos en las sendas para cortar la marcha de los visitantes, pero nada se conseguía.

Al cabo el atrevido Don Hernán Cortés, con sus indiscutibles dotes político-militares, continuaba incontrastable avanzando hasta que llegó a la legendaria ciudad de TENOCHTITLAN. (Nopal sobre piedra en el agua.)

Allí en desenvolvimiento de sus planes puso entre grillos al infeliz Moctezuma, y como la profecía de Quetzalcoatl continuase pesando sobre el pecho de éste, a la vez que sabía que como quince años antes, el Rey de Texcoco Netzahualcoytl, temido por el Salomón de América, había predicho la próxima aparición de los hijos del sol, y recomendado a los suyos que cuando ésto sucediese les entregasen sus dominios en virtud de ser los sucesores de Quetzalcoatl, aquel desventurado monarca, señor absoluto, no por consideraciones teocráticas, que a la luz de la naciente filosofía del derecho, se despeñaban en las sombras como lo hicieron los dioses del paganismo, sino por la voluntad de millones de hombres, que constituían uno de los imperios más poderosos del orbe, ciego en la conciencia por la fe religiosa de sus mitos, y acosado constantemente por la dureza del sino, abdicó sus derechos de soberano en otro monarca no menos célebre, en favor del Emperador Don Carlos V.

Entonces sus súbditos se acercaron a su persona y rebosando frenético furor, como las Euménidas que en Colonia destrozaron al infortunado Edipo, lo increparon con fiereza como supersticioso, cobarde y traidor, y arrojándole sobre la cabeza millares de piedras le ocasionaron la muerte.

El Emperador Moctezuma II, firme en sus convicciones como Pontífice

Sumo, llegó a penetrar que la llegada de los blancos a América no procedía por voces proféticas dirigidas al acaso, sino que partiendo de Quetzalcoatl, fue la resultante de una observación razonada respecto a dos razas en contacto, que tienen niveles distintos en sus desenvolvimientos.

Sobre tal concepto, la personalidad de ese Soberano estudiada por el análisis de la sana crítica es digna de mejor suerte.

#### IV.

Réstanos ahora solo decir algunas palabras respecto a la profecía que ha jugado de papel tan importante en el porvenir de México.

Que aquel hombre extraordinario llamado Quetzalcoatl, tuvo una existencia verdadera, no cabe la menor duda.

La ciencia arqueológica con sus apreciaciones conjeturales afirma, que ese civilizador llegó a las riveras del Pánuco hace muchísimos años, y que bien pudiera ser el Apóstol Santo Tomás, que en sus empeños por cumplir con el encargo del Gran Maestro, se internó en países tan desconocidos como lejanos.

En cuanto a la Princesa Papantzin, la figura más culminante de este cuadro, convencida muchos años después con el arribo de los españoles a Anahuac, de que la religión que profesaban tenía una misión celeste y consoladora, al considerar que ella había sido en su patria la Primera persona a quien por sendas sobrenaturales e inusitadas se la anunciara aquella visión angélica que le mostrara en la derecha mano una cruz, se inició en sus misterios y verdades, y fué la primera india que en la Ciudad de México se bautizó cristiana, tomando el nombre de Doña María de Papantzin.



**PARTE SEGUNDA**  
**DURANTE EL DOMINIO PENINSULAR.**







Doña Marina de Jaramillo (La Malinche)





## Doña Marina de Jaramillo (La Malinche)

### I

Existe en el actual Estado de Tabasco (Enciende tus luces) una región fértil y risueña, donde las energías ubérrimas de la flora tropical, presentan a cada paso las más sorprendentes maravillas.

Esa región, nombrada de Painalla, se encontraba cerca de la población de Coatzacoalcos, y ahí, a principios del siglo XVI, se había organizado un señorío sobre un gran número de familias mayas, cuyo rey, cacique o tlatoani, vivía contento dedicado a laborar la felicidad de sus pueblos.

Completaban su dicha, los encantos de su hija primogénita, la hermosísima Malinai, joven seductora que llenaba de admiración por sus gracias a todos los que llegaban a conocerla.

Llena de halagos como una deidad del virgen suelo americano, era Malinai de color moreno, tenuamente rosado; sus ojos negros como el abismo tenían el prodigioso atractivo de lo ideal, naciendo de ellos la agitación del que goza la alegría de la existencia; su pelo era negro como el azabache; sus formas tenían los suaves contornos de la belleza plástica; su rostro era siempre agradable y sonriente.

A ese raro conjunto se agregaba el que Malinai, por natural vocación amaba la virtud, era de alma soñadora, inclinada siempre al bien, guardando en su interior un espíritu fuerte, que más tarde le sirvió de escudo contra la adversidad.

Mas como sobre la tierra no es perene la dicha, huyendo al no ser como una vaga sombra, sucedió que cuando menos se esperaba bajó a la tumba el padre de Malinai, presentándose entonces a la joven Princesa una cadena no interrumpida de embates, que al servirle como un crisol de prueba habían de conducirla al pináculo de la notoriedad.

Malinai, por ser menor de edad, quedó sujeta a la tutela de su madre, que después se llamó Marta, y ésta, con posterioridad al fallecimiento del Rey de Painalla contrajo segundas nupcias, lo que dió origen a la serie de desventuras porque tuvo que atravesar en vida la Princesa.

Su madre tuvo de su segundo matrimonio un hijo que más tarde se llamó Lázaro, y ya porque su corazón le tuviese un especial cariño, ya por el ascendiente de su nuevo consorte, es lo cierto que la madre concibió un nefando proyecto, deshacerse a todo trance de su hija Malinai, para que su herencia recayese en su hijo varón, sin tener escrúpulo para conseguirlo en recurrir al crimen. Y ello hubiera sido lo de menos para Malinai si se hubiese tratado tan solo de arrebatarle la herencia paterna; pero sucedió que la Reina dejándose arrebatar por sus extraviadas ideas y callando la voz de la conciencia, consultó con un médico de su confianza.

Llegada la ocasión al acecho, en cierta vez en que Malinai libó inconscientemente un refrigerante que contenía un veneno, pocas horas después fue atacada por una terrible fiebre que privándola de la razón la hizo luchar entre la vida y la muerte.

Cuando la infortunada recobró el sentido se encontró muy lejos de su suelo natal entre gentes desconocidas, sin que nadie pudiese decirle todo lo que le había pasado durante su somnolencia.

En su todavía corta juventud, lloró la amargura de su suerte, pero al fin se fué resignando sin figurarse ni por un instante que aquella desdicha había de abrirle la puerta a una serie de aventuras que habían de llevar su nombre hasta la inmortalidad.

Entre tanto, luego que Malinai había perdido el conocimiento con la fiebre, su madre la hizo pasar por muerta, y aún mandó celebrar sus exequias con el cadáver de otra joven. Después la entregó como esclava a unos mercaderes de Xicalango, conduciéndosele lejos, muy lejos, de su reino de Pailalla.

## II

Por aquella sazón empezaron sobre las costas del Golfo Mexicano las exploraciones españolas.

Primeramente se llevó a cabo una que fue desventurada por haber terminado con un naufragio, salvándose de ella el Diácono Don Geronimo de Aguilar, que vivió algún tiempo entre los mayas y después figuró en ulteriores acontecimientos.

Siguió luego la expedición del Capitán Don Francisco Hernández Portocarrero, continuando en seguida la del capitán Don Juan de Grijalva, y habiendo llegado por último la más importante, la del Capitán Don Hernán Cortés.

Cuando ese atrevido soldado pisó las costas tabasqueñas, uno de los principales caciques que quiso captarse su voluntad, le mandó una embajada con un obsequio de doce hermosísimas esclavas, entre las que figuraba la Princesa Malinai, y como el jefe de la expedición española las mandase repartir entre sus oficiales, la joven de referencia tocó en suerte al Capitán Don Alonso Hernández Portocarrero.

Después de los sangrientos combates que tan heroicamente sostuvieron los tabasqueños, y en los que los invasores obtuvieron el triunfo, según afirmaron debido a la oportuna intervención de su Patrono el Apostol Santiago, el Capitán Cortés se dirigió al Norte del litoral del Golfo, llegando hasta el punto donde fundara la Villa Rica de Veracruz.



Al encontrarse en esta costa recibió una embajada del poderoso Emperador de los mexicanos Moctezuma II.

Cortés tropezó con la dificultad de no poderse entender con los embajadores, por no haber en su campo quien conociese el nahuatl o mexicano, más luego se supo que la esclava del Capitán Hernández Portocarrero conocía ese idioma.

Como su lengua natal era la maya que era entendida por el mencionado padre Aguilar, se facilitó la comunicación entre los españoles y los mexicanos. Malinai fué recibida como prestada al servicio del Capitán Cortés, y a continuación de una manera definitiva.

A Cortés llamó fuertemente la atención, tanto la sorprendente belleza como el raro ingenio de la joven esclava, más cuando vió la prodigiosa rapidez con que aprendió el castellano y la fácil manera con que desempeñaba el papel de intérprete, respecto a un Imperio tan poderoso como el mexicano, del que había resuelto apoderarse a todo trance, contando tan solo con un puñado de valientes.

Ella en su nueva labor, no se contentaba con solo transmitir las frases de los embajadores mexicanos, sino que hacía notar al futuro conquistador las voces insidiosas, las capciosas palabras, y lo que entrañaba malicia en las conferencias habidas con los representantes del Soberano Moctezuma.

Durante el viaje hacia el interior del país, anunció a Cortés los peligros que corría por parte de la perfidia de los indios, y en más de una vez salvó la existencia del ejército invasor de matanzas enteramente seguras.

Llegó a ser la consejera más eficaz de aquel hombre extraordinario que en su audacia y firmeza supo llevar a feliz término una de las empresas más colosales que registra la historia.

La joven esclava refirió al conquistador su origen y amargas desventuras, consiguiendo conmover profundamente su corazón.

Le reveló cuán grande era el Imperio de los monarcas mexicanos y cuán maravillosas eran sus riquezas.

Le dió a conocer sus extrañas costumbres, las diferentes naciones que lo poblaban, el odio y antagonismo que entrañaba su política y las ventajas que de ello podía sacar.

Por último, esa esclava con su excepcional inteligencia llegó a ser el alma de la conquista española y la más íntima consejera del Conquistador.

Este no solo le volvió la libertad, sino que la colmó de consideraciones, y subyugado por sus gracias, le hizo entender que terminadas las apremiantes necesidades de la campaña como hombre libre que era, premiaría su abnegación elevándola a la dignidad de esposa.

Aquella Princesa afable y afectuosa quedó fascinada por el prestigio deslumbrante del hombre más notable de su tiempo, produciendo su amorosa intimidad un hijo que fue la mayor alegría del valeroso Capitán, y de cuyo descendiente después volveremos a ocuparnos.

Cortés notó que su despejada consejera poseía un gran fondo de nobleza, e instruída por el Padre Aguilar en los misterios de la religión cristiana, fue de los primeros indios que se bautizaron en el suelo mexicano, en Victoria, la primera población que los españoles fundaron en dicho suelo. La joven fué nombrada en su nueva profesión religiosa, Marina, teniendo en cuenta el gran parecido que esta d'cción presenta con su nombre pagano Malinai.

Los indios, que a diario se agregaban al campo del Conquistador, la adoraban entrañablemente y como ellos pronunciaban con dificultad su nuevo nombre, al agregarle según la gramática nahualteca la partícula "tzin," que equivale al Don castellano, nació la palabra "Malinche," que ha llegado hasta nuestros días con la aureola de los recuerdos fantásticos.

Tal vez la palabra "Malinche" proceda de las dos indígenas "Malinaitzin," en fuerza de la eufonía castellana.

No es nuestro objeto seguir paso a paso la marcha que continuó la célebre india durante la conquista, bastándonos decir que supo desempeñar su misión con las más sorprendentes aptitudes.

Llegó a traslucir con su natural sagacidad que era imposible a las razas americanas contrarrestar el empuje de la oleada del progreso que iba al frente de la civilización, y procuraba por los medios que estaban a su alcance, el atenuar en favor de los vencidos el cruento rigor de los conquistadores.

Aquella pobre india supo soportar todas las fatigas de una larga y peligrosa campaña, confiando enteramente sus sueños de felicidad a las esperanzas del porvenir.

Pero el más rudo desencanto de la fatalidad una vez más le llenó de amargura la existencia.

Doña Marina recibió la más cruel decepción al saber que el Conquistador la había engañado en sus reiterados ofrecimientos de unión.

La esposa de Cortés, Doña Catalina Juárez o Yuárez Marçayda, atormentada por el monstruo de los celos, llegó a México cuando menos se esperaba, y tuvo la triste suerte de acabar la vida de un modo trágico en su fastuosa mansión de Coyoacán y en medio de las sombras del arcano.

Con esa llegada, Doña Marina recibió el golpe más rudo, procediendo desde entonces con gran nobleza a separar su hogar del de aquel aventurero que sin su ayuda, difícilmente habría podido poner a los pies de su Monarca más imperios que ciudades cuéntanse en España.

Mas con todo y ello, con motivo de la rebelión del Capitán Don Cristóbal de Olid, Cortés se vió en la precision de dirigirse a las Hibueras, y como una vez más le apremiasen los conocimientos de Doña Marina, la hermosa india tomó de nuevo parte en el ejército español.

En el país inmediato a Coatzacoalcos existía una comarca regida por una reina que habitaba en la laguna de Patén.

Esa mujer salió al encuentro del Conquistador con objeto de rendirle homenaje.

En presencia del Capitán Cortés fue tal el sobresalto que recibió que cayó desmayada a sus pies. Era que al lado de aquel jefe iba la Malinche, y como aquella madre desnaturalizada en el acto reconoció en ella a su hija, temió su rencor y su venganza y que le quitase la herencia paterna de que le había despojado.

Doña Marina también reconoció desde luego a su madre y no solo no se dejó llevar de pasiones bastardas, sino que con una nobleza de espíritu que la elevará siempre, llorando abrazó a la autora de su vida y pidió al Conquistador que confirmase en su madre el señorío que a ella pertenecía.

## III

De regreso a México la Malinche continuó siendo muy considerada por todas las clases sociales, en atención a los señalados servicios que había prestado a la Monarquía Española, la cual le otorgó muy importantes concesiones territoriales en la fértil costa donde viera la primera luz.

Contrajo matrimonio en Orizaba con el Capitán Don Juan de Jaramillo, uno de los favoritos del Conquistador, y a quien aquél ayudó muy eficazmente en los bergantines durante el memorable sitio de México.

Cuando el joven descendiente de Doña Marina, Don Martín Cortés, llegó a la mayor edad, fué muy popular en Nueva España, llenándose de toda clase de consideraciones, mereciendo que el Papa Clemente XIII en Bula especial legitimase su nacimiento y que el Emperador Don Carlos V lo ennobleciese nombrándolo Comendador de la Orden de Santiago.

A ese pesar, se creyó que el hijo de Doña Marina, estaba comprometido en la muy conocida conjuración de su hermano el Mayorazgo, y la inquina española cubriéndose de vergüenza ante la posteridad, lo sujetó a las más crueles torturas, arrastrándolo luego hasta un calabozo en España. Por eso es que el hijo de Doña Marina ha sido el primer mártir de la Independencia mexicana.

La incomparable Princesa de Painalla fué siempre muy idolatrada por la oprimida raza indígena, conservándose aún vivo su recuerdo en una notable montaña que existe en el Estado de Tlaxcala (Tierra del Maíz) y que es conocido con el nombre del Cerro de la Malinche.

Una distinguida literata española, Doña Concepción Gimeno de Flaquer, ha escrito con maestra pluma el juicio crítico histórico de tan notable mexicana. Dice así: "Ningún historiador ha hecho justicia a Doña Marina, a la inteligente mujer que siendo consejera de Hernán Cortés le ayudó a conquistar el poderoso Imperio de Moctezuma, suavizando los rigores del vencedor para con el vencido, libertando a los españoles de las asechanzas de los indios, siendo mensajera de paz y de amor entre los opresores y oprimidos, áura bendita que refrescó la frente de los desgraciados.

En el sangriento camino de la conquista, destácase la simpática Malinche, iluminada con sus suaves resplandores: ella es el tipo más noble, más generoso, más tierno, más sublime. Si la figura de Cortés necesita el Popocatepetl por pedestal, la ígnea luz del relámpago por aureola, y la voz del trueno por canto, la delicada figura de la bella Malinche debe contemplarse con luz de alborada.

No busquéis la verdadera fisonomía moral de Doña Marina en los archivos, porque no la encontraréis: los cronistas mexicanos no hablan de ella con el entusiasmo que debieran, porque no le han perdonado su adhesión a los conquistadores: los cronistas europeos le dedican escasas líneas, pensando tal vez que la gloria de una india a nadie interesa: unos y otros le han negado la brillante página que merece; pero quien cual yo se consagra a exhumar curiosidades femeninas y ha recorrido los lugares que ella habitó, viendo alzarse la hermosa silueta vigorosamente dibujada por la leyenda y la tradición y engrandecido su recuerdo por la poesía popular, expresión sincera del más férvido entusiasmo; quien conoce la ardiente imaginación de los indios propensos a creer en trasmigraciones, como fueron sus antepasados, y sabe que todavía sueñan verla en la ola del murmurio sollozante, ex



el melancólico rayo de la luna y en el ave de más triste canto, no puede permitír que su memoria se desvanezca como fragante esencia, lijera nube, onda espumosa o tierna melodía.

Novelesca fué la vida de Doña Marina; hija de gran señor, uno de los poderosos feudatarios de Moctezuma II, la hermosa india pertenecía a nobleza; cedida por su madre a unos mercaderes con objeto de propagar su muerte para que su hijo predilecto adquiriera las riquezas que a Marina pertenecían, la hidalga que debía de heredar el Señorío de Painalla convirtiéndose en esclava del Rey de Tabasco. Cuando Cortés hizo la paz con los tabasqueños, fuele regalada entre otras bellas jóvenes. Descollaba Marina sobre todas, por sus finas maneras, por su talento y por la tristeza a que la condenaba la pérdida de su alto rango. Doña Marina fué magnífica adquisición para Cortés, pues poseedora de las lenguas Aztecaatl y Mayatl, entendiose con Aguilar, que sabía ese. En breve aprendió la joven india el castellano, pudiendo cumplir la misión que el cielo le señalaba para favorecer a los españoles. Enseñaba a éstos la geografía del país y con habilidad política digna de un buen diplomático, hizo a los totonaqui y tlascaltecas aliados de Cortés.

Doña Marina, lejos de ser un intérprete vulgar que traduce lo que oye sin comprender su intención, dictaba contestaciones oportunas, analizando la verdad o la falsía de las proposiciones hechas al Conquistador.

No es que intentara condenar a los indios a la esclavitud, ideales más nobles alentaba; instruida en la religión católica aborrecía a los ídolos, considerando que sus hermanos de raza no podían salvarse con los sangrientos ritos que practicaban, y quería someterlos a los españoles para que adoptaran su religión, reconociendo al verdadero Dios.

Enamorada de Cortés seguiale a todas partes y sin perder las cualidades afectivas inherentes al sexo tierno mostraba carácter viril en los peligros, curaba a los heridos y animaba a los que desfallecían, no aceptando el descanso mas que en la hora de la victoria. Cuando los zempoaltecas aliados de Cortés, se cansaban de combatir, ella les dijo: no os desaniméis, que el Dios de los cristianos, que es el verdadero estará con nosotros y hará que triunfemos. Hablando de Doña Marina, exclama Bernal Díaz: jamás vimos flaqueza en ella sino muy mayor esfuerzo que de mujer.

¿Cómo no había de despertar el interés de Cortés aquella inteligente y valerosa joven, de grandes y rasgados ojos negros, de blancos dientes y de breve pie? Esbelta, de arrogante apostura, vistiendo blanca túnica bordada de colores, adornado el largo y abundoso cabello con perlas y corales, semejaba poética nereida que abandona su palacio de esmeralda, en las profundidades de los mares. Pronto la que fué prestada como esclava, trasformose en dueña de su corazón. ¡Oh sublime poder del amor! Tú nivelas todas las diferencias de raza y clases, aproximas a los seres más anti-téticos. armonizas los caracteres más divergentes, las naturalezas más opuestas, para tí no existen antípodas, ni tiempo, ni distancia.

El amor que sublimó a Doña Marina, no hubo virtud que no la hiciera penetrar. Por amor a Cortés se hizo cristiana y valerosa, convirtiéndose en ángel tutelar de los españoles.

Enlazada estrechamente al Conquistador, los episodios de la vida de éste formaron la suya: ella conferencia con embajadores y generales, ella desbarata la feroz trama urdida por los cholultecas para exterminar a los conquistadores y convierte en triunfo la indefectible derrota; ella aparece



en el espantoso combate de la Noche Triste, ella recuerda a Moctezuma antiguas profecías, despertándole supersticiones que le mueven a entregar la tierra, acompaña al Emperador a que arengue a los indios desde el cuartel de los españoles, sigue a éstos en el desventurado viaje a las Hibueras, e implora por Cuauhtemoc cuando cae prisionero, consolándole en los últimos momentos de su vida.

¿Es justo negar importancia histórica a la que con una frase podía cambiar la suerte de millares de hombres, a la que en unión de Cortés dió a Carlos V más provincias que ciudades tenía España, a la que fue número protector de los conquistadores y árbitra de los pueblos invadidos?

Nada justifica la acusación de traidora que algunos han dirigido a esta mujer. ¿Qué patriotismo puede esperarse en donde unos pueblos son tributarios de otros, en donde no existe unidad política ni constitucional, en donde viven los hombres separados no solo por la diversidad de cultos, sino por celos de raza, orgullo de tribu y superioridad de mando?

Por cima de esos argumentos, quiero invocar en defensa de Doña Marina otro más poderoso: como para la mujer la vida es el amor, la mujer no puede tener más patria y religión que la patria y religión del hombre amado. ¿Es sorprendente que Doña Marina se sintiera fascinada por Cortés, cuando los más valientes guerreros indios lo llamaban Dios? ¿Cómo no adorar aquel ser sobrenatural, que según frase de ellos disponía del rayo? Tampoco merece censura su inocente alarde de ser la primera mujer americana que tuvo un hijo del Conquistador: en aquella época y en la aristocrática Inglaterra un hijo de Madame Davenant, hecho caballero por Carlos I, escribía a Lord Rochester: SABED UNA COSA QUE DA HONRA A MI MADRE, SOY HIJO DE SHASKPEARE. ¿Podía considerarse Doña Marina culpable de amor cuando sacerdotes y soldados la respetaban, cuando nadie se atrevía a decirle que su amado era casado, y aún cuando lo hubiera sabido, no tenía ante su vista el espectáculo de la poligamia, privilegio de los pueblos aztecas? Créase Doña Marina única mujer de Cortés, porque la religión del Conquistador imponía la monogamia. ¿Con qué ardor, con que entusiasmo debió abrazar la apasionada india la religión que no permitía a su amante más que una mujer? Empero, esa religión que era para ella la del amor, esa religión que en su sentir le concedía el derecho exclusivo, tenía que herirla de muerte arrebatándose.

Al llegar a México Doña Catalina, esposa legítima de Cortés, que venía a compartir con él un trono que ella le había ayudado a conquistar, al verse desdeñada por aquel a quien salvara tantas veces la vida exponiendo la suya, ¡cuán amargo debió de ser su llanto, cuán terrible su desesperación!

Realizada la conquista y no siendo necesaria Doña Marina a la gloria y ambición de Cortés, dijéronle que la misión de éste no le permitía vivir por más tiempo en el pecado. ¿qué pensaría la inteligente india del tardío despertar de aquella conciencia?

Atormentada por los celos y la ingratitud de su amante, todavía se atrevieron a hablarle de recordimientos y de expiación. ¿Expiación? ¿Qué tenía que expiar? ¿Acaso la culpa de los que habían fomentado tácitamente su afecto?

Muerta repentinamente Doña Catalina y conocida la enemistad que entre ambos cónyuges existía alzándose graves acusaciones contra Cortés, despreciólas éste preocupado nada más con su viaje a España; mas

cuando lo preparaba tuvo que marchar a Honduras, por que Olid se había rebelado; necesitó de nuevo a Doña Marina, para intérprete, y la generosa mujer que recibiera mil desdenes, no pudo negarse al deseo del hombre a quien tanto amaba y se incorporó de nuevo al ejército español. Al pasar por Coatzacoalcos, detuviéronse para conferenciar con varios caciques, salió la madre de Doña Marina con su marido a saludar al Conquistador, y al reconocer a la hija que había hecho pasar por muerta con objeto de que el hijo predilecto heredera el señorío que a ella pertenecía, se desmayó: la influencia de Marina sobre los que fulminaban el rayo de la guerra le espantó. Abrazó Doña Marina a su despiadada madre y después de tranquilizarla con cariñosas frases le aseguró la propiedad del señorío que le había usurpado.

Continuó el viaje a Honduras y creyendo el vulgo que se habían reanudado las relaciones amorosas entre la india y el Conquistador, tomaron incremento las calumnias contra éste, que ya iba perdiendo popularidad: para apagar la opinión exaltada en contra suya, Cortés exigió de Doña Marina que se uniera en lazos indisolubles a uno de sus capitanes. ¡Espantoso suplicio para un corazón enamorado!

¡Abnegación, sacrificio y amor! He aquí sintetizada la historia de Doña Marina, víctima de la ambición de Cortés; la historia de la mártir que conoció todos los dolores del amor, y solo uno de sus goces: el de la maternidad.

Cortés, como Goethe, como Byron, y como la mayor parte de los hombres célebres cometió grandes injusticias en amor.

No puedo olvidar que cuando llevaban a enterrar el cadáver de la bella Pompadour, Luis XV que se hallaba contemplando el caprichoso espectáculo ofrecido por copiosa nevada, exclamó: MAL TIEMPO LE HACE A LA MARQUESA PARA SU VIAJE. ¿No os parece tierna esta oración fúnebre? ¿Al ir Cortés a España para recibir gloria y honores creyó cumplir bien con Doña Marina regalándole algunas propiedades?

Dio un puñado de tierra a quien le había dado un reino. ¡Qué espléndido dominio! Doña Marina no ambicionaba títulos ni riquezas, ambicionaba amor: el amor solo puede pagarse con amor porque no admite otra moneda.

España no debiera escatimar elogios a la mujer que contribuyó con Cortés a engrandecer el poderoso imperio de Carlos V.

México no debiera negarlos a quien fue ángel protector de los indígenas, ni la Iglesia Católica a quien fue entusiasta propagandista de su religión.

¿Mas como extrañar que la historia haya sido ingrata con Doña Marina, si Hernán Cortés no menciona una vez siquiera a su consejera en las cartas dirigidas al Emperador?

Me he detenido a referir los méritos de Doña Marina para demostrar que la mujer del Nuevo Mundo no era inferior en facultades morales e intelectuales a la mujer europea, si se atiende el medio ambiente en que vivía."

#### IV.

Para que se encuentre completa tan interesante materia, es de necesidad precisa dar a conocer la parte legendaria que sirve de matiz al re-

cuerdo de la notable Malinche, que por destinos providenciales tan eficazmente colaboró en la lucha sostenida para implantar el progreso sobre el suelo mexicano.

El Sr. Lic. D. Cecilio A. Robelo, en su "Diccionario de aztequismos" escribió sobre el particular las siguientes líneas.

"El Dr. Peñafiel dice que el vulgo cree que la llorona, el fantasma blanco que dá prolongados y lastimeros lamentos en tenebrosas noches es el alma de la Malinche que anda en pena por haber traicionado a su Patria, ayudando a los conquistadores castellanos."

El Dr. Marroquí ha dicho sobre ésto algo más:

"Nuestra Llorona es la Malinche, la Malitzín de las épocas de la Conquista, la hermosa joven azteca vendida al cacique de Tabasco, es ofrecida después a Hernán Cortés, quien la seduce y la obliga a servirle de intérprete y de consejera, y de cuyo discreto aviso se vale para esclavizar esta tierra.

"El Conquistador abandona a la que fué juguete de sus antojos, le ordena casarse con Juan de Jaramillo y ella muere corroída por el remordimiento más tremendo; tenía que ser su castigo como inmensa era su falta, había sido traidora a su pueblo, a su Patria y a su Rey, y por lo mismo, le fué negada la paz bienhechora de la tumba; cuando a los dinteles de la eternidad llegaba, un ángel se le apareció y mostrándole en imponente visión la perspectiva desoladora de su Patria aherrojada, de sus hermanos muertos al filo de la espada del Conquistador, de sus aldeas taladas y de los campos alfombrados por los cráneos y huesos de los guerreros de la flecha y la macana, le previno aquel implacable mensajero que penaría tres siglos, que durante el día las aguas turbias del Texcoco serían su sepulcro y durante la noche abandonaría aquella tumba para vagar por la ciudad conquistada (México) exhalando lúgubres gemidos que habian de apagarse cuando el TIHUI, el pájaro de la alborada gorjease sobre los árboles anunciando la luz del nuevo día.

"La maldición se cumplió, y la Malinche durante varios siglos, al extender la noche su manto de tinieblas salía del lago y recorría la ciudad llorando, siempre llorando y sintiendo en su pecho la punzada espantosa del remordimiento.

"Al fin el ángel de la cándida vestidura apareció de nuevo para anunciar a la pobre MALINTZIN, que el cielo se había apiadado de ella y que podía para siempre volver a su tumba.

"Desde entonces, las aguas del lago de Texcoco no volvieron a dar paso al temido espectro, ni las calles de la ciudad volvieron a repetir el inmenso gemido que hacía que las gentes temblaran de espanto, y recordaran aquella leyenda que nos enseña que la traición a la Patria es un crimen nefando, sobre cuyos autores se abate la cólera de Dios! ....."







## La Princesa Ixtlahuitlicotzin.

### I.

Fatídica como vió siempre el Emperador Moctezuma II la aparición de los blancos hijos del Sol sobre el territorio de Anahuac, parecía que una maldición eterna pesaba sobre la imperial stirpe.

Muerto ese Soberano bajo el peso de las maldiciones de sus súbditos y el desprecio de los invasores, muchos de los miembros de la familia de ese prócer perecieron, los unos ahorcados y los otros destrozados por los perros de los españoles defendiendo heroicamente la ciudad Santa de Tenochtitlán.

Una vez que esta hermosa población cayó en poder de los despiadados guerreros de Oriente, al lado del naciente caserío de los europeos, se miraban los característicos edificios del México antiguo, los más de ellos medio arruinados por el incendio, la zapa, los arietes y las catapultas de los sitiadores.

Entre ellos aparecía uno que por sus pocos desperfectos desde luego se notaba que había sido respetado por el furor de los iberos: era el palacio donde con el estoicismo de la fatalidad, continuaba viviendo como si nada hubiese ocurrido, una dama india, perteneciente a la imperial familia, a quien acompañaba una nieta suya, una joven bellísima en quien se habían acumulado las perfecciones todas de su raza.

Esa distinguida dama era la Princesa IXTLAHUITLICOTZIN, tía del citado emperador Moctezuma, llevando su nieta por nombre, ENATLAXOTCHITL (Flor de Maíz).

Era aquella noble anciana, persona muy sabia por los grandes conocimientos que había acaparado conforme a las condiciones tópicas de su nacionalidad azteca, poseyendo un corazón generoso y una gran bondad para con los millares y millares de los necesitados que en aquellos momentos históricos pululaban por las calles de su población medio arruinada.

Esas cualidades atraían sobre su cabeza las bendiciones de los suyos y una profunda veneración de todos, aún de los mismos vencedores que es-

taban acostumbrados a mirar con desprecio todo lo que se relacionaba con el caído.

El mismo Conquistador Don Hernán Cortés, con la penetración de su profunda política, respetaba sobre manera a aquella honorable anciana y a su nieta la princesa, en condiciones tales que tanto a una como a otra le fueron ratificadas a su moción los muy bastos señoríos que les pertenecían por su elevado abolengo.

Con todo y ello, vivían con la mayor modestia, y comprendiendo que pasaban por una época sumamente difícil para los mexicanos, aquellas dos notables mujeres ponían todos sus empeños en llevar una existencia desapercibida, sin tener para su servicio más que unos cuantos criados y sin más dedicación que la del ejercicio de la caridad entre los necesitados.

Mas a pesar de esta modestia, era notorio entre los españoles el que aquellas dos princesas tenían una opulencia incalculable, y ante ese brillo no faltaron pretendientes a la mano de la encantadora Enatlatxóchtitl, siendo el más atrevido de ellos Don Pedro Argoníz, quien al pedirla por esposa recibió de parte de la anciana el desaire más marcado.

## II.

Entre tanto, el nuevo emperador Cuauhtemoc (Aguila que descende) después de la toma de la ciudad de México, continuaba como prisionero en el Cuartel General del Conquistador, donde se le apremiaba con grandes vejaciones, a efecto de que descubriese en qué sitio se encontraba el tesoro del finado Emperador Moctezuma, que se hacía ascender a fabulosas cantidades de plata, oro, piedras preciosas y joyas del más extraño y sorprendente valor, cuyo tesoro según el sentir del rumor público debía de encontrarse en algunas isletas del lago de Texcoco.

Poco a poco la noticia de ese tesoro despertó con enormes proporciones la codicia y las crueldades de los blancos.

Cuauhtemoc era poseedor de ese secreto, pero firme como roca se estrelló en su entereza el tesón de tantos y tantos aventureros que deliraban con la opulencia de los americanos.

Por suerte infausta sucedió que el valiente Don Hernán vino a recibir la nueva de que el Capitán Don Cristóbal de Clid se había rebelado en contra de su autoridad.

Dispuso en el acto pasar con su ejército a la región de las Hibueras, y como comprendiera cuan delicado sería dejar, en México a su prisionero imperial, Cuauhtemoc cargado de grillos tendría que marchar entre sus soldados.

Como éste tuviera noticia de que él también tendría que salir, en el instante traslució cuan peligrosa era para su existencia aquella inesperada marcha, y solicitó luego del jefe de los peninsulares permiso para tener una conferencia con la veterana tía del extinto Moctezuma.

Sagaz y sutil como nadie el Capitán Cortés, supo leer en el fondo del corazón del prisionero cuales eran los pensamientos que ahí se abrigan, y conociendo a la perfección el arte del disimulo, con una cordialidad sin ejemplo concedió el permiso para la celebración de la conferencia.

Esta se verificó del modo más desapercibido y nadie supo lo que en ella se trató; pero Don Hernán, conocedor de los hombres al extremo, sabía cuan grandes eran las ideas de justicia que profesaba el nuevo em-



perador mexicano, y que éste abrigaba mayores o menores esperanzas de que las cosas cambiarían en plazo más o menos largo para su raza.

Por ende dedujo que aquel tesoro correspondiente solamente a la anciana tía de Moctezuma, como la pariente más cercana de éste que pudiese libertarlo en contra de la fiebre y rapacidad de los iberos, sólo a ella debía transmitir el secreto para que fuese aprovechado por la nación mexicana, si como presumía iban a cambiar más tarde las cosas, ya que él por destinos del Hado estaba llamado a desaparecer en breve plazo.

### III.

El Capitán Cortés se encaminó a las Hibueras llevando a su lado a Cuauhtemoc.

Aquella reserva produjo en el ejército español por destino fatal un efecto terrible, y todos, animados por la avaricia que los había impelido de sus patrios lares hasta los fabulosos países americanos en pos de fortuna, censuraban secretamente al mismo Conquistador, porque no ocurría a medios extremos en contra del joven Cuauhtemoc y de sus caciques, a fin de que manifestasen en dónde se encontraban ocultos los inmensos tesoros de Moctezuma.

Entre los más principales descontentos figuraba el Factor de las Cajas Reales Alderete, quien escudándose en el cumplimiento de sus deberes para con la Corona, excitaba al Capitán Cortés a que cuanto antes obrase en consecuencia.

Parte por ello y parte por la codiciosa pasión de Cortés, es lo cierto que Cuauhtemoc, rodeado de los más importantes señores de su imperio, que también iban prisioneros, fue llevado ante una hoguera, y junto con ellos fueron colocados sobre carbones encendidos, a fin de que dijese dónde se encontraba aquel malhadado tesoro.

Fué entonces cuando Cuauhtemoc, dando una muestra de firmeza sin precedente en la historia, al llamarle la atención por uno de los tlatoanis mexicanos que con él se encontraban en el tormento, respecto a que revelase el misterio para que aquel horrendo suplicio terminase, el Emperador le contestó: "¿Pues que yo estoy acaso en algún lecho de flores?"

El Conquistador quedó asombrado con la potencia de tan ferreo carácter y al retirar a su víctima del suplicio, tarde comprendió en su despecho que su crueldad solo había servido para mancillar el brillo de sus grandes méritos.

Con todo y ello, Don Hernán se dejó ofuscar por las más rastreras pasiones, y conciendo que nunca llegaría a ser el dueño del secreto referente a las riquezas del monarca Moctezuma, en el punto de Izancanac, ahorcó a Cuauhtemoc sin la menor consideración a su elevada estirpe.

La opinión pública sostenía que Cortés, el hombre más notable de su tiempo, a impulsos de la más sórdida ambición había estrangulado a su esposa Doña Catalina Juárez Marceyda.

Ahora, arrastrado por el mismo monstruo y sin importarle un bledo la severa reprobación de la posteridad, abría las puertas de la gloria al mexicano más indomable y más patriota.

### IV.

El ejército español regresó a México, triunfante del rebelde Capitán Olid.

Aquí continuó tomando creces la especie de que la tía de Moctezuma, la Princesa IXTLAHUITLACOTZIN, era la única persona que en este mundo tenía el enigma del decantado tesoro.

Mas a ese pesar, era tal el prestigio que aquella anciana venerable poseía no tan solo entre los suyos sino tambien entre los blancos que vivían en México y que en lo general eran audaces y espadachines terribles que jamás se paraban en medios para satisfacer su delirio de riquezas, que nadie, ni aún el mismo Capitán Cortés se atrevía a inferirle la menor violencia.

Mas sucedió que en cierta vez, la popular dama azteca enfermó de gravedad; y como en México había dos jóvenes hidalgos, pobres en bienes de fortuna, pero ricos en el obrar estrepitoso, dos jóvenes pretendientes más que del amor y de las gracias de la Princesa ENATLAXOTCHIL, de sus caudales pasmosos.

Solo a ellos cupo en muertes el mirar si alcanzaban que con la debilidad consiguiente a la postrera hora, llegaran a ser dueños del secreto que como esfinge defendía aquella agonizante.

La noche se acerca negra como el pavoroso abismo.

Don Alonso de Navarrete y Don Pedro Alvarez de Montero suben a una barca y van a saltar a las puertas del palacio de la noble anciana.

Como amigos y pretendientes reconocidos de la joven princesita, penetran al interior, y despues de corridos con ella los saludos, cortesías y galanteos de costumbre, le manifiestan cual es en aquel instante el objeto principal de su empeño.

Ella, como si nada particular acabase de ocurrir en el palacio y con el indiferentismo característico de su raza, les contestó: "Hace unos momentos que aún mi buena abuela se encontraba moribunda en esta estancia. Acaba de morir y se ha llevado el secreto que vosotros perseguís; pero digo mal, poco antes de despedirse de mí me lo ha comunicado; más por los juramentos que se me exigieron jamás lo conocerá blanco alguno."

Ella entonces se acercó pausadamente a Don Alonso, y con la velocidad del relámpago le arrebató el puñal que llevaba al cinto traspasándose en seguida el corazón.





## Doña María Bartola.

---

Existe en los alrededores de la ciudad de México, un pueblecillo feraz y risueño que desde tiempo inmemorial ha abrigado un gran número de familias indígenas procedentes de la raza nahualteca.

Ese pueblecillo es Ixtlapalapan.

Ahí, los moradores de costumbres sobrias, se dedican a las pacíficas faenas del campo que les producen un parco modo de vivir; ahí el vecindario miró cómo terminara la edad feliz en que regido por la mano paternal de sus tlatoanis, la aciaga tiranía del encomendero continuó oprimiéndolo con férreo yugo durante largas centurias, y ahí, en la primera mitad del siglo XVI, nació en humilde choza, de padres pobres y desconocidos pero modestos y honrados, una débil niña que al recibir el bautizo cristiano fué nombrada María Bartola.

Apenas tuvo desarrollada la razón, vio en los seres que le dieron la existencia la más acendrada virtud, y tanto por esto, como porque su índole era naturalmente inclinada al bien obrar, desde luego dio a conocer que corridos los años llegaría a tener como un alto don del cielo el espíritu más superior.

Ella, por singulares empeños, diariamente despues de dar término a las faenas domésticas en que ayudaba a sus padres se dedicaba con firme vocación al cultivo de su inteligencia despejada, teniendo que vencer no solo las muchas dificultades que se presentaban en la naciente sociedad de los pueblos indios por el fuerte trabajo a que los sujetaban los conquistadores, sino también el oscurantismo general de aquella triste época.

Pero fué tal su dedicación, que con su prodigiosa retentiva bien pronto pudo ser dueña de un vasto caudal de conocimientos que llegó a ser la satisfacción y el modelo de sus coterráneos, los desheredados hijos de Ixtlapalapan.

Y fueron tan grandes los progresos que a sus solas hizo en el estudio la joven Doña María Bartola, y era tanto el ahinco que ponía por que se le facilitase cualquier libro de que tenía conocimiento existiese en poder de alguna persona, que su fama fué extendiéndose en cien leguas a la redon-

da, llegando a ser sumamente versada en todos los ramos del saber humano y una notabilidad entre los millares de indios de su raza.

Conocía a la perfección los idiomas castellano y nahualteca, así como sus escrituras fonéticas e idiológicas; se dedicaba con el ardor más vehemente al estudio de la difícil historia de los distintos pueblos que en pretéritas etapas poblaron el Anahuac.

Si los españoles para conocer a la perfección los grandes y heroicos hechos que desarrollaron al efectuar la conquista de un imperio como el de Moctezuma II, tuvieron un Bernal Diaz del Castillo, que supo acumular datos importantísimos para gloria imperecedera de su nación, Doña María Bartola como eminente historiógrafa, supo compilar preciosísimos pormenores que aprovechó el mexicano tercer conde de Castelar, Don Antonio de Saavedra Guzmán, en la formación de su "Peregrino Indiano," uno de los primeros trabajos de nuestra entonces naciente literatura.

La joven india tenía un raro juicio y una sorprendente imparcialidad, logrando reunir todos aquellos antecedentes que dieron a conocer las grandes abnegaciones e incomparables sacrificios que llevaron a cabo los vencidos al defender palmo a palmo, calle por calle y casa por casa, la ciudad santa donde sus antiguos caudillos y sacerdotes depositaron los más grandes recuerdos de su religión.

Por su vocación suprema y facilidades que tenía Doña María Bartola, al estar en contacto con los millares y millares de indios oprimidos en todos los ámbitos de la Nueva España, consiguió reunir tal suma de datos, que con ellos formó la más completa "Historia de la Conquista y entrada de los españoles a la ciudad de México."

Y no se redujeron a ello sus labores, sino que penetrando en más extensos horizontes, fué más allá, acopiando muchos antecedentes respecto a los pueblos aborígenes, sobre ritos, costumbres, derroteros, arqueología cerámica, ideología y pinturas.

Sus trabajos eran de tal importancia que habiendo tomado conocimiento de ellos los más connotados eruditos de Nueva España, uno de ellos, Don Fernando de Alba Ixtlisotchil (Flor Blanca,) noble texcocano, cuyas profundas obras arqueológicas fueron el cimiento de la mayor parte de las labores históricas que respecto a México se desarrollaron después de la existencia de tan eminente sabio, éste, reconociendo el gran mérito de Doña María Bartola, le hacía reiteradas consultas y con especialidad en lo referente a los toltecas y a los chichimecas, así como en la interpretación de muchos Códigos e inscripciones jeroglíficas de los indios, que para bien del porvenir pudieron salvarse de la destructora mano de la Conquista.

Desgraciadamente, por las sombras de la barbarie que en los tiempos virreinales se cernieron sobre la Nueva España, los trabajos de esa ilustre mexicana se perdieron, quedando de ellos tan solo el consuelo de que los aprovechó como una preciosa fuente bibliográfica el mencionado Sr. de Alba Ixtlisotchil.

Sea lo que fuera, nosotros conocedores de los altos merecimientos de Doña María Bartola, como un acto de justicia, no podemos menos que hacer una honorífica mención en esta galería, para que no se pierda en la voráGINE del tiempo y del olvido, el nombre de una mujer que es blasón especial de su raza.





## Doña María de Sandoval.

### I

Fatigadas algunas familias nahuatlacas con la vida errabunda que llevaron durante siglos, desde la salida del legendario país de Aztlán (País del agua), llegaron al más importante valle de la altiplanicie de Anahuac y en su lago más septentrional encontraron hacia su parte noreste un sitio fértil, donde pensaron establecerse definitivamente, echando ahí los cimientos de una ciudad que denominaron Texcoco (lugar de detención o de descanso).

La población naciente progresó con rapidez debido tanto a las condiciones favorables del punto que se escogió como a la buena índole de sus habitantes, y con el transcurso de los años fué el centro del poderoso Imperio de Colhuacán, fué la Atenas de América por el sorprendente impulso que supo dar a las ciencias y a las artes, fué la maestra y colaboradora en el desenvolvimiento del aguerrido Imperio Mexicano, y fué por último, la cuna del incomparable monarca Netzahualcoyotl, no ya gloria del Nuevo Continente, sino del orbe entero.

Al verificarse la conquista española, Texcoco contaba en su seno con centenares de miles de habitantes, siendo muy importante su cooperación en la atrevida obra del Capitán Cortés, razón por la que, el Emperador Don Carlos V, la ennobleció, elevándola a la categoría de ciudad, dándole las respectivas franquicias y otorgándole la correspondiente concesión heráldica.

Pues bien: como al desarrollarse esa conquista, los mexicanos tuvieron conocimiento de la gran ayuda que el reino de Texcoco prestara al valeroso Capitán de los blancos, aquéllos consiguieron tener a su alcance a una pequeña niña perteneciente a la dinastía de Ixtlisotchtli, nieta del Rey Netzahualcoyotl y la conservaron en rehenes en el palacio de su Emperador Cuauhtemoc.

Mas llevada a término por el año de mil quinientos veintiuno la sangrienta conquista de la ciudad de Tenochtitlán, esa gentil princesa cayó en poder de los vencedores.

Luego fue conducida al palacio que el guerrero Don Hernán Cortés arre-

gló como su morada predilecta en Coyoacán, con el fin de que se le educase y atendiese en consonancia con su abolengo real.

En los días en que aquella niña cayó en poder de los españoles tenía apenas diez años de edad.

Era de ojos negros y vivos, boca pequeña, pómulos salientes, color bronceado, mirada inteligente a la par que majestuosa, daba a conocer que era poseedora de una energía suprema, siendo su aspecto general afable y simpático. Todos los conquistadores al mirar a la hermosa niña texcocana le tomaron gran cariño.

El Capitán Don Hernán Cortés dispuso que el padre Fray Bartolomé de Olmedo, se encargase de instruirla en las verdades de la religión cristiana, y por su dedicación y empeño hizo tan grandes progresos que bien pronto ella misma pidió las aguas del bautismo, siendo su padrino el valeroso Capitán Don Gonzalo de Sandoval, quien le profesaba una particular estimación, llevando aquella neófita en su moderna fe el nombre de Doña María de Sandoval.

En contacto la nueva cristiana con los españoles de buenos antecedentes y guiada por los buenos consejos de su director espiritual, el padre franciscano Fray Martín de Valencia, hizo muy rápidos progresos en la virtud y el mérito, así es que, cuando el Conquistador Señor Cortés fué a España a recibir gloria y honores, su padrino el Capitán Sandoval, quiso llevarla a la Corte del Emperador Don Carlos V, donde por su sorprendente belleza, brillantes cualidades y notable ingenio, habría llamado fuertemente la atención y habría alcanzado un alto puesto entre la más culminante grandeza de España.

Pero la señorita Doña María no aspiraba a brillar en el mundo con todo y que el citado Emperador le prodigó conforme a su real abolengo, títulos, honores y riquezas.

La señorita Sandoval se sentía atraída hacia horizontes bien distintos que habían de darle la celebridad que ha alcanzado.

Joven de corazón sensible, dolíanle entrañablemente los padecimientos que sufrían sus hermanos los indios oprimidos, y en íntimo contacto con los primeros misioneros franciscanos que arribaron a Nueva España y con especialidad con el mencionado padre Valencia, tenía anhelos de redentora y trabajaba incansablemente por dulcificar a los vencidos su amarga situación, por enjugar sus lágrimas y por llevar a sus conciencias los tesoros de la nueva fe, comunicándoles en su idioma natal nahuatl con una celestial dulzura los más sorprendentes misterios del cristianismo.

Ella consolaba a los indios en sus aflicciones con motivo de las tiranías de los encomenderos, y a impulsos de la santa caridad les repartía las inmensas riquezas que para ese sólo fin aceptara de la magnanimidad del Soberano de las Españas y de las Indias.

## II

Vamos ahora a referir algunos pormenores de la existencia de Doña María de Sandoval, que por sí solos atraen hacia su memoria las bendiciones de los pósteros.

Es bien sabido que en los días en que el Capitán Cortés marchó por se-



gunda vez de Nueva España a la Península Ibérica, la colonia recién sometida cayó en manos de los más pertinaces enemigos del Conquistador.

La primera Real Audiencia de México, entre cuyos miembros figuraban como Presidente el Lic. Don Nuño Beltrán de Guzmán y como Oidores Don Pedro Alméndez Chirinos y el terrible Salazar, se portaron con un despotismo tal, que profundamente se contrista el ánimo al solo recuerdo de tantas iniquidades.

Los indios fueron vejados tan brutalmente, que tratados con más dureza que las bestias de carga, diariamente morían a millares de hambre y de fatiga.

A los sobrevivientes se les marcaba el rostro con el fuego para indicar a quien pertenecían.

Y la Audiencia, en lugar de administrar justicia como lo había mandado el Monarca en sus Reales Ordenes y Codificación de Indias, era la primera en hacer alarde de tantos horrores y agravios. Los indios apenas sometidos, trataron de hacer un levantamiento general para libertarse de tanta opresión.

Doña María de Sandoval, que vivía en su natal población, Texcoco, conociendo a fondo cuáles eran las fuerzas de los vencedores y las de los vencidos, comprendiendo con su natural clarividencia, que si la rebelión estallaba, los mexicanos no harían sino llevar su situación a un período más angustioso, con incendios y carnicería en mayores proporciones que las que se acababan de desarrollar en el sitio y toma de la ciudad de México, procuró calmarlos quitándoles de la mente aquel delirio.

Por ello se puso de acuerdo con los más caracterizados jefes aztecas, teniendo durante las noches entrevistas secretas en las islas del lago de Texcoco.

En esas conferencias su corazón y su cerebro haciendo prodigios de prudencia y de proba labor, procuraba disuadir a los oprimidos de sus hostiles pensamientos engendrados por un espíritu guerrero digno de mejor suerte; les manifestaba con la vehemencia de la verdad que si los blancos los estaban tiranizando tan rudamente era que encontrábanse aún calientes las pasiones de la conquista, y el Rey desaprobaba aquella conducta y que bien pronto iba a poner cauterio a tantos males; que si los vencedores se mostraban rapaces y tiranos, eso era lo excepcional, porque los españoles que se habían apoderado del gobierno de la Colonia formaban la hez de los aventureros salidos de Europa.

Insistió en demostrarles que la raza española era hidalga y caballeresca, amante del progreso, y que por ende ni quería ni pensaba en la ruina de los pueblos americanos.

Que en esa virtud debían esperar y que les juraba por el Dios de la bondad y de la justicia que tras de ciertos días, forzosamente el remedio tenía que llegar de España.

La voz de aquella notable mujer penetró como luminar divino hasta el fondo de las conciencias de millares y millares de oprimidos, y como tuvieron tanta fe en la voz de una descendiente de uno de los más esclarecidos soberanos de Anahuac, esperaron.

Y no fue en vano, porque pocos días después desembarcó en la Villa Rica de Veracruz la segunda Real Audiencia.

Las esperanzas de aquellos desventurados sedientos de justicia no resultaron fallidas.

Baste decir que entre los miembros de esa Real Audiencia llegaron benefactores tan insignes como el Ilmo. Don Sebastián Ramírez de Fuenleal y el Lic. Don Vasco de Quiroga.

Esa fué la admirable Doña María de Sandoval, quien con su personal esfuerzo consiguió que muchísimos mexicanos se amparasen a la civilización.

Ella fué la que trabajó en sentido de que gran número de hordas indómitas que se habían retirado hacia el Norte antes que ceder a la espada del vencedor, al fin las hizo comprender cuán grandes eran los beneficios de la ley de gracia.

Esas hordas depusieron entonces su actitud hostil y salvaje, refiriéndose sobre el particular leyendas que en su tiempo pasaron por maravillosas. Y así fué: por las hábiles gestiones de la nieta de Netzahualcoyotl, sobre una piedra donde se sacrificaban víctimas humanas al Idolo Huitzilopostli, se levantó la capilla de la Conversión, en donde recibieron la fe cristiana todos los ayer feroces indios de las mismas hordas.





## Doña Juana Marcilla de Valiente.

### I

Grande agitación y suma actividad se nota en el Cuartel General de la ciudad de México, y es que el Conquistador Don Hernán Cortés se prepara a salir con su ejército a singular campaña, porque acaba de recibir la fatal noticia, de que en las regiones meridionales de Nueva España, se había rebelado en contra de su autoridad el Capitán Don Cristobal de Olid.

Entre los soldados que se aprestan a partir se encuentra un joven hidalgo, noble y pundonoroso, que guiado por el cumplimiento del deber va a la lucha, de buena voluntad, sintiendo únicamente en el corazón el dejar sola a su esposa al cuidado de su hogar y de su honor.

Doña Juana Marcilla de Valiente, es la fiel consorte del soldado de referencia.

Es hermosa como un sol de primavera, que hace palpitar el pecho con la naciente vida; mas también es casta y pura como la azucena, y sus ideales de fidelidad y de dicha son capaces de conducirla a los mayores sacrificios.

### II

Ausente el Conquistador Don Hernán, la ciudad de México quedó en poder de los miembros de la primera Real Audiencia, Don Nuño Beltrán de Guzmán, Don Pedro Alméndez Chirinos y el terrible Salazar.

Hombres tristemente célebres por la completa carencia de moral y de sentimientos elevados, bien pronto se convirtieron en los mayores tiranos en fuerza de sus vejaciones y crueldades inauditas, al grado de que corridos días y cuando ya la ciudad se cansó de sus desmanes, su vecindario consiguió apoderarse del citado Salazar y encerrarlo en una jaula a la usanza árabe como bestia feroz enagenada.

Sucedió para mengua y baldón eterno, que un aventurero atrevido, un español recién llegado de la Península, alcanzó valimiento incondicional tras

breve plazo, sobre el espíritu del Oidor Alméndez Chirinos; y como por azar mirase la persona de Doña Juana Marcilla de Valiente, todo fue uno, el verla y el codiciarla.

En el instante comenzó a importunarla, y ella por su parte a defenderse contra tan desvergonzadas pretensiones, teniendo en consideración su noble estado de mujer honrada.

El libertino continuó acosaando la firmeza de tan respetable dama pero no obtuvo ni la menor esperanza de mancillar sus delicados deberes.

Entonces aquel mal hombre, amigo íntimo del Oidor Chirinos, habló a éste del asunto, quien se presentó en el acto en el domicilio de Doña Juana, revestido de toda su autoridad.

El Oidor le manifestó que su esposo, el Sr. Valiente, había muerto en la campaña, y que siendo ya libre iba a solicitar su mano para su mencionado amigo.

Ella a pesar del dolor con que se llenara su amante corazón con el anuncio de la muerte del cariñoso compañero de su existencia, no perdió la serenidad.

Fuerte como la mujer heroica, le manifestó que no creía la noticia, y que aún cuando así fuese, quería respetar la memoria de su marido, no siendo su voluntad contraer nuevo enlace.

Alméndez Chirinos instó y luego amenazó con insolencia; pero todo fue en vano, porque con la fortaleza que da la virtud, supo defenderse aquella mujer ultrajada.

El instrumento del sátiro insiste y Doña Juana le responde que está dispuesta a sacrificar todo, hasta la vida, por la salvación de su honor.

Entonces aquella incomparable señora fué arrancada de su hogar.

Se le conduce al sitio más público de la ciudad, se le desnuda enteramente, se le azota con violencia ante centenares de canallas llegados de ultramar, para conducírsele finalmente a la mazmorra más inmundada y sombría.

### III

Así corrieron varios días, pero no era posible que perdurase aquel modo de ser de arbitrariedades y barbarie.

Pronto arribaron a México los miembros de la segunda Real Audiencia y activos justicieros dieron trazas de reparar desde luego los estruendosos agravios que efectuaran sus predecesores.

Fué el primer caso de que tomaron conocimiento el de la señora tan duramente lastimada.

Al punto la mandaron sacar de su prisión.

De ello tuvo noticia el pueblo, y entonces las multitudes sedientas de justicia, corrieron a la cárcel y levantando en triunfo a la ejemplar esposa, la pasearon en las calles entre merecidos vítores sobre el poderoso corcel de uno de los nuevos gobernadores que acababa de llegar conduciendo los sellos del Emperador Carlos V.

Esa fué la virtuosa Doña Juana Marcilla de Valiente, que supo defender el sagrado depósito de honor que le confiara su ausente esposo, con el valor y la fe de la romana Lucrecia.





## Doña Beatriz Hernández.

---

El guerrero español Don Cristóbal de Oñate echó los cimientos de la villa de Guadalajara, (palabra árabe que significa, río de las piedras) para que sirviese de capital al reino de Nueva Galicia, que en esa época se estaba acabando de afianzar al dominio de la Monarquía de los iberos.

Por el año de mil quinientos treinta y tres, el Conquistador de ese reino Lic. Don Nuño Beltrán de Guzmán, visitó la expresada villa y desaprobó la designación del punto, por encontrarlo inseguro contra los embates de los indios que con frecuencia se levantaban en armas, ordenando en consecuencia que dicha villa se trasladase al lugar de Tlacotán, que se hallaba en mejores condiciones de defensa.

Muchos vecinos no se conformaron, obedeciendo al Conquistador por el miedo que se tenía a sus crueldades; pero como el Lic. Beltrán de Guzmán fuese reducido a prisión y conducido a España a causa de sus innumerables tiranías, en una ocasión en que los vecinos de Guadalajara reconsideraron el asunto en presencia del Gobernador interino Sr. de Oñate, se insistió en que la villa se trasladase a otro sitio por segunda vez.

Muchos de los primeros colonos no estaban conformes con el sitio de Tlacotán y proponían tres puntos distintos para el nuevo asiento en el Cabildo del primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y uno.

Hubo una gran discusión sobre el particular, y mientras unos insistían en que la traslación tenía el inconveniente de que si el Lic. Beltrán de Guzmán volvía, se exponían a las iras y venganzas de su terrible carácter, y que por tanto no debía innovarse el asunto; otros, más valerosos, afirmaban que el cambio debía llevarse a la práctica en atención al bien público.

Una distinguida señora de aquel tiempo, Doña Beatriz Hernández, se encontraba preocupada con negocio de tanta monta, y como estaba a las puertas del salón del Cabildo en los momentos en que dicha sesión se verificaba, después de oír las opiniones de los vecinos divididos, cuando menos se esperaba, dijo, dirigiéndose a dicho Gobernador del reino:

“Mírelos cuáles están con demandas y respuestas sin concertar cosa alguna.

“El Rey es mi gallo: ¿qué nos ha de hacer Don Nuño que ha sido causa de hallarnos en estos lances?

“V. S. no haga caso de votos de bandoleros.

“El Rey es mi gallo: y debe fundarse la ciudad en uno de los tres puntos referidos, donde más convenga, sin respeto al Sr. Guzmán ni a otro alguno.”

Entre los tres puntos señalados en dicha sesión se escogió el Valle de Atemajac, que es donde actualmente se mira la hermosa ciudad de Guadalupe.

El extraordinario valor civil de aquella dama, decidió de la suerte futura de la población más bella del Occidente Mexicano.







## La Señorita Pareja.

---

Al rededor del año de mil quineintos sesenta y uno, fué notable el desenvolvimiento de la población de Guadalajara, tanto porque en ella se estableció una Real Audiencia, como porque se trasladó ahí la Sede Episcopal de la Nueva Galicia que se encontraba en la población de Santiago de Compostela, hoy Zacatecas, trascendiendo también en ello y no poco, un acontecimiento sensacional y trágico, cuyo recuerdo sostuvo por mucho tiempo un terrible pavor en aquella sociedad naciente, un pánico que con el transcurso de los años debería revestir una de sus reminiscencias con los caracteres legendarios.

En el período a que nos venimos refiriendo, vivía en su palacio de Guadalajara el Oidor Don Francisco Pareja, quien era padre de una bellísima joven y de un varón dedicado al sacerdocio.

Cuando el Sr. Oidor se estableció en la ciudad, el vecindario curioso notaba que si bien en su casa había muy buenas costumbres, estas eran algo retraídas trasluciendo al fin rareza de vivir, lo que daba pábulo a comentarios más o menos aceptables, según el relator y según las simpatías o antipatías que pudiera inspirarle la familia Pareja.

Sucedió que en cierta vez el Señor Oidor enfermó de gravedad, y en tales circunstancias, al siguiente día se encontró al joven eclesiástico asesinado y a la Señorita Pareja ahorcada en su recámara.

Ya se comprenderá cual sería la sorpresa de los habitantes de Guadalajara con un hecho tan inesperado como terrible.

Los vecinos quedaron consternados, no sabiendo como explicar aquel crimen tan horrendo; pero no fué eso todo, porque a consecuencia de tamaña desgracia, para en la tarde de aquel triste día, el Señor Oidor había sucumbido al peso de su angustiada pena.

Inútiles fueron las pesquisas de las autoridades, no pudiéndose hacer la luz de aquel extraño cuanto tenebroso asunto, cuyos detalles quedaron en las sombras del misterio.

Con ello y la poca cultura de la época, el terror se apoderó de los habi-

tantes de la ciudad, corriendo entonces las más fantásticas versiones, más o menos verosímiles, pues unos aseguraban que habiendo el sacerdote sorprendido a su hermana en una cita amorosa, exajerado celador de la honra, se llenó de furor en contra del galán, llegando con él a las vías de hecho dentro del mismo palacio, teniendo la mala suerte de sucumbir en el encarnizado combate que se trabó. La hermana en su desesperación se ahorcó.

Otros sostenían que ofuscado el sacerdote en su cerebro, había sentido una terrible pasión despertada por la belleza de su hermana, y que habiéndole declarado su sentimientos, la joven horrorizada prefirió arrancarse la vida, y entonces el desventurado enfermo ocurrió al suicidio también para librarse de su desgracia.

Sea lo que fuese, lo cierto es que el temor fué en aumento, cuyas creces tomaron monstruosas proporciones debido a la sencillez e ignorancia del vulgo.

Los habitantes continuaron siendo presas del pánico, y aseguraban que al peso de media noche se miraban a las orillas del río que atravieza la ciudad, y en el barrio donde existía dicho palacio las sombras en pena del Oidor y de sus dos hijos.

El palacio del Sr. Pareja quedó enteramente abandonado y las casas inmediatas tuvieron igual suerte, yéndose sus habitantes a establecerse en la parte occidental de Guadalajara, que aumentó notablemente a causa de tan extraño acontecimiento.

Esa es la triste cuanto misteriosa tradición que ha llegado hasta nuestros días respecto a la Señorita Pareja.





## Doña Ana Leyva de Pacheco.

---

Fundada por el año de mil quinientos sesenta y tres la villa de Guadiana, hoy Durango, en virtud de las órdenes que sobre el particular recibió Don Alonso de Pacheco, segundo del Conquistador de la Nueva Vizcaya, Don Francisco Ibarra, esa población fué el centro de tan importantísimo Reino, estableciéndose en ella como primera mujer blanca Doña Ana Leyva de Pacheco, dignísima esposa del citado Señor Pacheco.

Ella fué una muy distinguida dama, dotada de los sentimientos más nobles y generosos.

Desde que llegó a Guadiana, llevada por los impulsos de su notable caridad, se convirtió en el apoyo más firme de los indios oprimidos, que eran tan duramente tratados por los vencedores. Con su bondadoso corazón hacia que en ella encontrasen auxilio los pobres enfermos y los desheredados de la fortuna, quienes jamás llamaron en vano a sus puertas; unida al soldado de Cortés, Cindos de Portillo, que de señor encomendero se había convertido en humilde franciscano, para purgar la voz de su conciencia, procuraba toda clase de servicios a los aborígenes de la tierra, enjugando el llanto de sus ojos y aligerando sus cadenas.

El eminente arqueólogo duranguense Sr. Lic. Don José Fernando Ramírez, nos ha dejado algunos detalles de tan interesante mujer.

Dice así: "Los testigos de la información citada hacen los mayores elogios de esa matrona, que era, según dicen, hospitalaria y caritativa como ninguna y particularmente con los indios, a quienes atendía y curaba personalmente en sus enfermedades, dispensándoles su valimiento y protección, entonces muy eficaz para con los españoles. Su muerte acaeció el jueves dos de mayo de 1595 y dió ocasión al más serio disgusto con el cura de la villa, P. Martín de Boleaga, que terminó mediante una satisfacción del más extraño carácter. Es sabido que las antiguas costumbres llevaban las distinciones sociales hasta más allá del sepulcro, y que no era indiferente enterrar un cadáver más o menos distante del altar mayor.

Parece que tal miramiento no se guardó con la Señora Ana de Leyva y

que el desaire afectó de tal manera al Factor Juan de Heredia su yerno, que el cura se consideró obligado a darle una satisfacción. Desgraciadamente adoptó un medio que lo metió en las mayores dificultades. El domingo siguiente a la hora de la misa, exhumó públicamente el cadáver que se encontraba en completo estado de putrefacción, para trasladarlo a una sepultura abierta al pie del altar mayor, y como los ofendidos imaginaron que esto era un nuevo ultraje, iniciaron al cura un proceso ante la justicia ordinaria, del cual solamente se conserva el principio que me ha ministrado esta noticia."





## La Mulata de Córdoba.

### I.

Como esbozo pictórico de la figura histórica que vamos a presentar, debemos dar a conocer algunos antecedentes del característico período virreinal, tan fecundo en enseñanzas para el porvenir.

Terminada la sorprendente conquista que la audacia sin igual del Capitán Don Hernán Cortés emprendiera sobre el extenso y populoso Imperio de Moctezuma II, muy importantes concesiones territoriales recibieron los vendedores, en premio a los señalados servicios que habían prestado a la Monarquía española, colaborando a su maravilloso engrandecimiento.

El Señor encomendero contrajo la obligación de dedicarse a la formación moral de los indios que recibiera en servidumbre, iniciándolos en los misterios de la religión cristiana; pero poco o ningún cuidado dedicaba a tal deber, entregado como estaba a la férrea ocupación de las armas, o bien a labrarse en breve plazo una colosal fortuna.

Para conseguir este objeto, hacía que sus indios trabajasen por largas horas sus campos, o que bajasen al corazón de sus minas, sin importarle ni el mucho trabajo ni la poca alimentación. El vencido sintió pronto sobre sus espaldas un peso superior a sus fuerzas y apremiado por el exceso de trabajo y las penas de los malos tratamientos, pronto se vió en Nueva España la transformación más horrenda.

Los indios agobiados morían a millares, la miseria cundía por todas partes, se extendió la firme creencia entre los Europeos de que inferiores como eran aquéllos para el trabajo, no eran hombres sino sátiros.

Mas en aquel insondable abismo, no se había perdido por completo la luz de la razón, y en medio de aquel delirio, se alzó providencialmente en defensa de los abatidos la voz del dominico Fray Domingo de Betanzos.

Sus tenaces empeños fueron de tal suerte, que después de largas y difíciles tareas, consiguió que en aquellos desventurados se respetasen los fueros de la humanidad.

Los ayes de los desvalidos llegaron pronto hasta los oídos del padre común de los cristianos, y el Papa Paulo III, horrorizado con la cruenta tira-



nía que se estaba desarrollando en todo el nuevo Continente, dió una Bula de nueve de junio de mil seiscientos treinta y siete, declarando que los indios como hombres que eran debían ser tratados con las consideraciones debidas a todos los cristianos.

Con no menores energías, se levantó también en América en favor de los indios la defensa del Obispo de Chiapas, el Ilmo. Don Fray Bartolomé de las Casas.

Aunque no con todos los aciertos que se desearan, éste propuso en su sentir, que supuesto que los indios eran por su naturaleza débiles, y por sus arraigadas costumbres de siglos, poco resistentes a los trabajos duros y prolongados, el que fuesen substituidos por esclavos negros más resistentes a las rudas faenas, máxime en las regiones tropicales y en las costas; y así es que pronto la nueva España se vió pletórica de negros esclavos arrancados a las Antillas y al Continente Africano, en condiciones tales, que la gente de color vino a ser una nueva amenaza para los blancos, porque aumentándose como queda dicho la esclavitud en México, con este nuevo factor social, palpitantes como estaban las continuas vejaciones contra los indígenas, todos aquellos oprimidos unieron sus agravios y haciendo causa común asechaban una oportunidad para vengarse con la explosión del volcán.

La nueva faz de las cosas se comprueba con los hechos de que, cuando el Conquistador Cortés emprendió la exploración marítima de las costas de Sinaloa o del Nuevo Aragón, era relativamente reducido su contingente de blancos, pues llevó para colonizar aquellas tierras cuatrocientos negros esclavos, estableciéndose después ahí presidios con gente de color, la más a propósito en las regiones ardientes para soportar los rigores de la campaña.

Dada la notoria superioridad del etiope sobre el indio mexicano, e instigados por la misma aspiración de libertad, se ligaron íntimamente, encontrándose por lo general al frente de aquellos combatientes, negros o mulatos atrevidos, contra los que nada o poco conseguían las fuerzas virreinales, palpitante en todos los ámbitos de Nueva España, aquella guerra de castas sin cuartel, cuyo peligro inminentísimo en más de una ocasión puso al borde del abismo los intereses de la moderna sociedad.

A ese pesar, la raza blanca seguía acumulando esclavos negros, al grado de que no solo en las haciendas e ingenios se miraban a millares, sino que en los centros de población más importantes, los hogares más modestos de hidalgos españoles o de criollos de procedencia peninsular, tenían por servidumbre negros o mulatos sujetos a la esclavitud, cuyos señores en nada se preocupaban del mejoramiento intelectual, moral y físico de aquellos desamparados de la suerte.

Y no es que el negro no sea susceptible de adelanto, porque si por largos siglos ha permanecido en cierto nivel, ha sido por la despiadada presión del blanco que en este respecto solo ha sabido tenerlo en la abyección.

He aquí una anécdota que muestra ese inveterado cáncer social.

Hubo en México un negro cuyo recuerdo ha llegado hasta nuestros días, y a quien todos conocían con el nombre del Negro Poeta.

Adornado por la naturaleza con las más prodigiosas dotes, la musa de Don Francisco de Quevedo y Villegas habría envidiado la inspiración de aquel desvalido, que en el arte del bien decir era de fácil rima, de profunda concepción y de suma gracia, al grado de provocar el pismo no ya de los pecheros

sino también de los personajes más encumbrados desde el Virrey Don Juan de la Cerna y Casafuerte.

Vivía por ese entonces en la ciudad de México un sacerdote de muchas letras y gran orador sagrado, el cual era conocido con la denominación del Padre Samudio.

Como éste oyese hablar repetidas veces del incomparable ingenio del Negro Poeta, a quien no conocía personalmente, le entró curiosidad por tratar con él en alguna ocasión, y como esta se presentase, en el acto le dirigió la palabra, formándose con la pregunta y la inmediata respuesta la cuarteta dialogada que va a continuación:

—*¿Eres el Negro Poeta?*  
 —*Lo soy aunque sin estudio,*  
*y a no ser por esta geta*  
*fuera otro Padre Samudio.*

Desde luego se ve que aquel sacerdote era conocido del improvisador.

Las palabras de aquel desheredado de la fortuna, dan a conocer de un modo triste y profundo, la tiránica presión en que se tenía en México a la esclavizada raza negra y con las últimas frases del poeta, éste con su aparente resignación daba a entender a los oyentes que si no fuera por su natural condición de negro esclavo sería por su despejado ingenio, tan prócer como el mismo Padre Samudio.

Todavía a principios del siglo XIX, cuando se dió la célebre constitución de 1812, bajo el liberal principio de la igualdad social para la vasta Monarquía española, en dicha constitución se excluyó a los mulatos, y por mayoría de razones a los negros, de los derechos políticos, con todo y que a los indios se consideraban en las condiciones que a los mismos españoles.

Los Diputados a Cortes por la Nueva España se opusieron a esa odiosa e injustificada distinción, pero sin resultado alguno.

## II

Terminada la conquista española, en pocos años la costa Veracruzana se vió cubierta de una multitud de haciendas, cortijos e ingenios de azúcar, donde un número considerable de colonos blancos, con ayuda de los esclavos negros, explotaban con bonancibles creces los cafetales, la vainilla, la caña de azúcar, y los demás productos de las regiones tropicales.

Mas por las difíciles circunstancias de la época, con todo y ser la gente de color el elemento más importante del desarrollo de aquella riqueza, públicamente eran los negros mal tratados por sus amos, al grado de que muchos de ellos se escapaban, refugiándose en las serranías y barrancas, prefiriendo la existencia miserable de las fieras a la abyección del oprimido.

Para principios del siglo XVII, esos negros cimarrones, a centenares empezaron a concentrarse en esa región privilegiada y que se llamara entonces Lomas de Huilango (lugar de palomas), donde llevaban una vida enteramente salvaje, ocupándose tan solo en salir a robar y asesinar a los viajeros, que a diario se dirigían de Veracruz a México en pos de fortuna.

El lugar escogido por guarida por los negros cimarrones resultó ser extraordinariamente feraz, porque desde luego se notó que producía el café de

la mejor calidad, razón por la cual más tarde, en 1617, vino a ser el cimiento de la ciudad de Córdoba, mandada fundar por el Virrey Don Diego Fernández de Córdoba.

A principios de la centuria citada, algunos españoles habían conseguido establecerse en Huilango, entre esos negros; pero los colonos blancos cayeron bien pronto en sus cruentas tiranías en condiciones tales, que en 1609 los negros se vieron precisados a tomar las armas, empezando tan desastrosa lucha de castas, que el rico florón de Nueva España estuvo a punto de caer en el abismo. He aquí los más culminantes detalles.

Vivía en Córdoba un negro esclavo nombrado Yanga, que en cuanto cabe se encontraba conforme con su suerte dedicado a cumplir con sus obligaciones de bracero.

Era padre de una joven como de quince años de edad, una mulatilla de facciones frescas y agradables, fascinadora, pues no tenía en su cara las características deformidades de su raza.

Era de aspecto jovial y sonriente, de ojos vivos, ardientes y penetrantes, de expresión inteligente, de modales sencillos y decentes con todo y su humilde condición, y al ser por naturaleza inclinada a la actividad y al bien obrar, todos los habitantes del pueblo estimaban aquella mulatilla como a la merecedora de las más sinceras simpatías.

Una alegre mañana de primavera, la graciosa muchacha rebotando contento y bullicio y entonando una canción de la costa, se dirigía con un cántaro en el hombro a la fuente de la hacienda que estaba en la plazuela principal con objeto de llevar a su habitación el precioso líquido.

La canción decía así:

*Tengo mi hamaca tendida  
sobre la orilla del mar,  
y mi cabaña escondida  
en medio de un platanar.*

*¡Que bella es la vida  
meciéndose así,  
cual se mece mi hamaca tendida,  
de aquí para allí, de allí para aquí!*

*Mi mansión es de palapan  
más cañitas de bambú,  
y con sus flores la tapa  
un aromoso Abedul.*

*Yo vivo en las playas  
de tenue rumor,  
con mi red de mayas  
y tu casto amor.*

*Sombras me da el bosque,  
brisas me da el mar,  
trinos el zenzontle,  
¡que bello es amar!*

*En bote ligero  
yo busco la luz,  
para verte cruzar el estero  
de aquí al caimanero, brillante y azul.*

Como la joven mulata notase que también se encaminaba a la fuente el capataz de los negros con el fin de dar de beber a su caballo, apresuró el paso para llegar primero porque no deseaba recoger agua revuelta.

Llegó en efecto y detrás de ella el capataz, quien con voz iracunda le dijo:—¿Cómo, mulata atrevida, pretendes disputar el agua a mi caballo?— y en el acto descargó sobre la cara de la joven un latigazo que le destrozó las facciones con una profunda herida.

La pobre niña, bañada en sangre y derramando lágrimas abundantes, regresó a su hogar, donde conmovida por el dolor y los sollozos, refirió a su padre la escena triste del capataz.



Yanga, ante la tremenda vejación, dió un rugido como de pantera, y ciñéndose en el acto a la cintura su filosa palapa veracruzana, fué de casa en casa relatando a sus hermanos los negros lo que acaba de ocurrir a su cariñosa hija. Todos juraron morir antes que continuar sujetos a la incomparable opresión de los blancos.

Como sonase la campana de la hacienda que llamaba al trabajo, ninguno de los negros concurrió porque todos se marcharon a las serranías y cañadas inmediatas.

Poco después los blancos son pasados a cuchillo, y el caserío quedó sujeto a los horrores del incendio, no mirándose ahí después piedra sobre piedra. La rebelión cundió con la velocidad del rayo.

El negro Yanga y su hija, con la rabia y el rencor en los corazones, se pusieron al frente de los alzados, y la última, pletórica de actividad y de espíritu guerrero, respirando venganza como deidad ultrajada, lleva a todas partes el terror y la victoria para los suyos.

Con el fin de sofocar el levantamiento, ocurren al teatro de los hechos las tropas peninsulares, pero son batidos en todas partes los tercios del Rey por la Mulata de Córdoba.

Ante aquellos desastres, el Virrey Don Luis de Velasco el deseado se penetra de la justicia y gravedad del asunto, y ordena al Capitán Don Pedro González de Herrera, que imbuido en la eficacia que aconseja la prudencia y desprendiéndose de las persecuciones terroríficas, ofrezca a los rebeldes el indulto real, garantizándoles para el porvenir una manera pacífica de vivir como hombres libres.

No laboró en vano el enviado, porque Yanga y la mayor parte de los suyos se volvieron a sus faenas de trabajadores.

En cuanto a la Mulata de Córdoba no quiso ampararse a la gracia del indulto, porque lastimada tan profundamente como estaba, había jurado morir primero que volver a vivir entre los blancos.

A Yanga y a los cimarrones que lo acompañaban se les cumplió fielmente lo prometido, y al otorgárseles tierras donde se estableciesen, se echaron las bases del pueblo de negros nombrado San Lorenzo.

Por su parte la Mulata robusteció su resolución porque recibió noticias de otras regiones del país de que continuaban las crueldades contra los negros, comprendiendo con su natural clarividencia que un momento de debilidad podría costarle la vida.

Y así era en efecto, pues en la misma Capital del Virreinato, en mil seiscientos once, se despertó un descontento general entre los negros, al grado de que los señores todo lo esperaban de sus esclavos.

Los amos aguardaban que de un momento a otro empezase un terrible degüello contra los blancos y el saqueo e incendio de la ciudad de México.

Baste decir que en cierta noche que se introdujo a la población una piara de cerdos, habiendo metido éstos grande ruido, creyó el vecindario que ya había empezado la matanza de gente.

Al siguiente día todo el mundo se convenció de lo que había ocurrido; mas con todo y ello, fueron cruelmente ahorcados veintinueve negros y cuatro negras.

Algún tiempo más tarde, en el interior de la Nueva España o sea en la Nueva Vizcaya, empezó un general levantamiento de los indios tepehuanes, encabezado por algunos negros, levantamiento que costó a los indios muchos

millares de vidas; al iniciarse debería comenzar en el pueblo de Santa Catarina de Tepehuanes, en los momentos de verificarse la bendición de una imagen de la Concepción Inmaculada.

A la ceremonia deberían concurrir diecisiete españoles y setenta negros esclavos; por ello se conocerá la enorme desproporción en que se encontraban la raza blanca y la de color.

El alzamiento se anticipó, poniéndose esos setenta negros del lado de los indios, empezando en seguida las matanzas bajo la dirección del mestizo Mateo Canelas y de los mulatos Francisco Oñate y Cancha.

Después de la pacificación, los blancos solo pudieron rescatar cuatro mulatas esclavas y ello debido tan sólo a la sorpresa que en Teneraca se dió a los rebeldes.

Con tan terribles precedentes, la Mulata de Córdoba continuó en la costa veracruzana con las armas en la mano, acompañada únicamente de unos cuantos negros del carácter más feroz.

Pero andaba alzada con pocos elementos y no era posible pudiese sostenerse por largo tiempo en contra de las fuerzas realistas.

El contingente de la Mulata fué acabando poco a poco, y llegó un día en que quedó enteramente abandonada.

Se le persiguió como a una fiera, aunque sin podersele dar alcance hasta que después de algún tiempo se dijo que aquella celebérrima mujer había fallecido en una caverna; y como ya por ninguna parte se presentaban sus huellas, se dió por concluida la obstinada persecución.

### III

Vamos ahora a entrar en el relato del período legendario de esa notabilidad mexicana, en que desprendiéndose de las formas de la vida real, aparece ante las presentes generaciones como un sér esencialmente mitológico, en condiciones tales, que a impulsos de la fantasmagoría del recuerdo, muchas y muchas personas la consideran como una creación fantástica.

Esa figura ha llegado a ser uno de los más hermosos temas de la leyenda nacional, habiendo él inspirado las más palpitantes estrofas a los eximios literatos mexicanos, señores General Don Vicente Riva Palacio y Lic. Don Justo Sierra.

Mas siendo un hecho enteramente cierto el de la existencia de la Mulata de Córdoba, en ese período, cuando menos se esperaba empezó a decirse que esa extraordinaria mujer había reaparecido.

La noticia cundió por todas partes con velocidad inusitada, y aunque el gobierno virreinal procuraba desmentirla, temblando por el temor de que llegase a ser una verdad, pues de ser así, la popularidad de la Mulata podría llevar las cosas a los más cruentos resultados, ya que latentes como estaban los agravios en contra de los oprimidos, podrían repetirse los terribles levantamientos de antaño, costando ello el sacrificio de muchas vidas en millares y millares de blancos.

Con todo y ese temor, la Mulata de Córdoba, en esta ocasión no se presentó en la escena del mundo como la airada deidad vengadora que lleva en la mano derecha la palapa costeña y en la izquierda la tea incendiaria con que aniquilara los pueblos y cortijos de los blancos.

En esta vez se le contempla agradable y sonriente, con la faz juvenil



siempre fresca, intacta como una moderna Hebe a los desperfectos del tiempo.

Nadie sabe donde vive, pero inclinada siempre al bien, si algún desventurado la necesita y la evoca confiado en su eficacia, pronto la encontrará en su camino solícita en prestarle sus servicios.

Si un enfermo se encuentra desahuciado e implora los socorros de la Mulata, de seguro que recobra la salud de la manera más maravillosa.

Si alguien siente en su corazón penas de amor, ella moverá resortes secretos con que hará concluir su ansiedad.

Es una omnipotente pitonisa, y su decidida inclinación al bien la ha convertido en el más firme ariete de todos los menesterosos del suelo mexicano. De aquí aquella incomparable popularidad y ciega fe que se tenía en la magnánima virtud y suma eficacia de la Mulata de Córdoba.

Pero esta nueva faz de su existencia vino a provocar otros desvelos.

La dura intransigencia de aquellos tiempos se sintió sacudida sobre su solio, y así como sacrificara por la hechicería las vidas de Juana de Arco en Francia y de Esperanza Badía en España, la Inquisición de México temió que menguara su prestigio, si dejaba el que continuara tomando creces la aureola de aquella benefactora de las multitudes mexicanas.

Entonces conferenciaron con el mayor sigilo el Virrey, sus Consejeros y los dominicos del Santo Oficio, dándose tal habilidad, que aquella extraordinaria mujer que rebosaba de su corazón el espíritu de libertad y el bien obrar hacia los desvalidos, que abrigaba en su cerebro toda la firmeza de una raza digna de mejor suerte, a la postre vino a caer en las filosas garras de los inquisitoriales, que perseguían la purificación de las almas ya por el fuego que consume las carnes, ya por el hierro que tritura los huesos.

Nadie dudó ni por un momento que la querida Mulata de Córdoba tendría que ir a parar al "quemadero" en cumplimiento del correspondiente auto de fe; pero la Inquisición tropezó con el inconveniente grave de que en el pueblo se marcaba la intención de que sería arrancada por la fuerza en los momentos de ser presentada en público para escarmiento del futuro.

Los dominicos que conocían perfectamente bien la sociedad en que vivían, al ser poseedores de la política más fina, no se dejaron sorprender, y fraguando una fábula sobrenatural en consonancia con las preocupaciones populares de la época, la Mulata de Córdoba no volvió a verse, diciéndose que había desaparecido de su prisión del modo más sorprendente.

El pobre la lloró, y la sencillez de aquel aletargado siglo creyó en la superchería.

Lo probable es que ejecutada en secreto, fuese emparedada, poniéndosele al lado alimentos como era costumbre en tales casos. O bien puede haber sido que por la vía de Acapulco fuese deportada al Archipiélago Magallánico, en el galeón de Filipinas, como se hacía entonces con muchos de los considerados grandes criminales, porque no faltó quien inmediatamente después asegurase en México que había vista en Manila a la Mulata de Córdoba.

Sea de ello lo que fuese, la verdad de las cosas es que esa mujer excepcional ha logrado sobreponerse al olvido de las centurias, y en alas de las remembranzas no hay quien no conserve en la conciencia vivo el recuerdo de la Mulata de Córdoba.

Sintetiza su existencia legendaria, el contenido de las estrofas inéditas siguientes, que no podemos menos que reproducir porque completan la materia:

*Tenaces mil esbirros penetran al desierto,  
buscando la Mulata, pero hallan que ya ha muerto,  
pues huellas de su vida no llegan a encontrar.  
Mas despertando asombros después de algunos años  
en toda Nueva España, curando cruentos daños  
apareció sibila que a todos hace hablar.*

*Nombrada por el vulgo Mulata Cordobesa  
los tiempos no destruyen su juvenil belleza  
porque posee el encanto de un eterno vivir.  
Ningún humano sabe qué sitio agreste mora,  
mas si un necesitado la llama, protectora  
de pronto se le muestra solícita en servir.*

*Es medio incomprendible. Su efluvio misterioso  
le dá la omnipotencia de espíritu radioso  
que entraña bajo formas de extrema ubicuidad.  
Duende es valladolino, de Córdoba es Mulata  
y en las enhiestas cumbres es bruja de Maltrata  
que todo lo trasciende su enigma de deidad.*

*Por eso juguetona doquier saca de juicio  
los múltiples empeños de todo el Santo Oficio  
sin que atraparla puedan sus vívidos traspiés.  
Si llévanla de mano se vuelve ojo de hermiga,  
si estréchanla en cadenas cual sombra se desliga  
mirándose a lo lejos sarcástica después.*

*Pero una vez se duerme. Con eficaz conjuro  
le dan los alguaciles el más terrible apuro  
llevándola en sus redes derecho a la prisión.  
No hay duda, la Mulata tendrá en su día postrero  
que soportar las llamas del duro quemadero  
quedando así triunfante la férrea Inquisición.*

*Del auto venidero se versa en todas partes,  
no habiendo quien no llore las sorprendentes artes  
de aquella mulatilla de rostro juvenil.  
La implora el desvalido y el ambicioso en gloria  
y el que sufrió pobreza, pues nunca fué ilusoria  
la protección que diera por una vez y mil.*

*Como el guardián que tiene la bruja cordobesa  
sintiese en su desgracia la más sutil tristeza,  
las simpatías que inspira le hicieron ir la a ver,  
y al descorrer prestillos y abrir el calabozo,  
hallóselo ocupada, radiante de alborozo  
pintando en las paredes un barco a su placer.*

*Y como el carcelero de frente a la pintura  
miráselo perfecta, la negra en su ternura*

le preguntó: — “¿Qué falta por suerte a mi creación?”  
—“Bogar,—le dijo al punto. Replicale en seguida:  
—“Fuera eso lo de menos, más si hace la partida  
no irá sin el piloto que dele dirección.”

*Y ante el influjo extraño que nadie conociera  
transparentose el cuerpo de aquella aventurera  
quedando el carcelero petrificado en pie.  
Y al contemplarse libre reduce sus tamaños  
y activa como pulga va a dar a los escaños  
del barco que bogando para un rincón se fué.*

*Y aquella navecilla con tizne figurada  
se evaporó en lo obscuro, la bruja bien amada  
sensible en los agravios y en libertad tenaz,  
que incomprendible en formas de su querer fecundo  
los míseros ampara; por el extenso mundo  
después de aquella broma no ha vuelto a verse más.*









Sor Juana Inés de la Cruz. (La Décima Musa).







## Sor Juana Inés de la Cruz, (La Décima Musa)

### I.

Hacia el Oriente de la ciudad de México y como a cuatro leguas de la población de Ameca, a mediados del siglo XVII, se levantaba pintoresca y agradable la Hacienda de San Miguel de Nepantla, hoy perteneciente al Distrito de Chalco, del Estado de México, desde cuyos fértiles sembrados se contempla aún sobre su lecho colosal de granito la legendaria MUJER BLANCA, que encubriendo su mórbida silueta bajo su deslumbrante sábana de nieve, parece que pretende continuar ocultando el enigma sempiterno que en vano se empeña en traslucir el pensamiento humano. (El Ixtlalsihuatl.)

Ahí, en ese período histórico vivía satisfecho dedicado a las faenas campestres, un español apellidado Cantillana, feliz al lado de su familia, y más dichoso todavía porque el cielo bendijera su hogar, dándole por hija a la joven Isabel, de sorprendente hermosura física y de mayores virtudes morales, por cuyas dotes dicha joven provocaba la admiración de todos cuantos la conocían.

Sucedió por altos fines, que en cierta vez llegara a la hacienda otro español llamado Don Pedro de Arbeje, natural de la población de Vergara, de la Provincia de Guipuzcoa, en España, persona que en la tierra caliente se dedicaba al lucrativo trabajo de la fabricación de azúcar, y como viese a la señorita Isabel, quedó tan agradablemente prendado de su belleza, que prendido en las redes del amor, no pudo menos que tomar una resolución irrevocable: la de unir su suerte a la de aquella beldad que llenaba todos sus ensueños.

Habló del asunto a su paisano, y éste solo puso por condición que había de establecerse el nuevo hogar en dicha hacienda, porque no quería verse privado del encanto de seguir viendo a su amada hija, en lo cual ningún inconveniente puso el señor de Arbeje.

Celebrado ese matrimonio, la bendición celeste coronó de dicha a los re-  
MUJERES CELEBRES.—3.

ción desposados, primero con el nacimiento de una niña, y después con el de otra que vió la primera luz en dicha hacienda el doce de Noviembre de mil seiscientos cincuenta y uno, y que siendo llamada en la pila baptismal Juana Inés, corridos los tiempos había de llegar a ser un verdadero prodigio.

Cuando la madre Doña Isabel de Cantillana comprendió que ya era oportuno que su primogénita se educase, la envió a la escuela del lugar, y como encontrase que la niña Juana Inés no tenía aún tres años, no pudiendo todavía pronunciar bien las palabras, como se empeñase en acompañar a su hermana mayor, conociendo dicha señora aquel deseo, le permitió ir para que se distrajese, máxime cuando con ello le dejaba libre el tiempo para las faenas domésticas.

La niña Juana Inés observó durante algunos días de lo que se trataba en la escuela, y llamada desde luego por una irresistible vocación a los más excepcionales destinos, se sintió fuertemente atraída por aquel foco de luz que alumbraba las conciencias infantiles.

Con ello la pequeña Juana Inés formó su resolución apenas concebible en su tierna edad: manifestó a la maestra que su madre quería el que también a ella la dedicase al estudio.

La profesora, más bien por consecuentarla que porque la creyese en condiciones de que pudiese aprovechar, empezó a darle sus lecciones; pero al instante se llenó de pasmo por sus incomparables adelantos; y como la niña había obrado en ese particular sin dar conocimiento de ello a los autores de sus días, por temor al castigo, se guardó bien de decir cómo estaba obrando en la escuela.

Como meses después sus padres hablasen con la profesora, recibieron un júbilo sin igual; su segunda hija aprendió a leer cuando ellos no lo sabían y en condiciones en que apenas iba a cumplir tres años de edad.

Así siguió desarrollándose la niña Juana Inés, siendo el pasmo de todos los habitantes de la comarca, de tal suerte que su singular memoria, su inteligencia despejada y su firmísima voluntad, daban a entender que corrido el tiempo llegaría a ser un alma tan poderosa que muy pocas llegarían a presentarse a su nivel.

Y efectivamente así fué, porque cuando la niña Juana Inés apenas tenía siete años, devorando a hurtadillas cuantos libros encontraba a la mano, llegó a poseer tal suma de conocimientos, que cuantos la oían se asombraban con aquel caudal de luces, en condiciones tales, que muchos de los hombres más adelantados entre la intelectualidad de aquella época, no habían podido reunir la ciencia que atesoraba aquel infantil cerebro.

Ella misma dice que siendo aún de corta edad, se abstenía de comer queso porque había oído decir que provocaba la rudeza, y al imponerse voluntariamente tareas en su aprendizaje, se cortaba el pelo cuando a pesar de su dedicación no aprendía lo señalado.

Era tan grande su vehemencia por el estudio, que habiendo sabido que en la ciudad de México existía un establecimiento donde se impartía la educación, nombrado Universidad, rogaba diariamente a su madre doña Isabel, la mandase vestida de hombre a dicho plantel a cursar mayores estudios.

Ya por entonces empezaban a esbozarse en su espíritu sus contornos de inspirada poetisa, habiendo dado forma a su primera producción en una loa dedicada al Santísimo Sacramento, que llenó de placer a cuantos la conocie-

ron, porque llegaron a traslucir que aquella niña iba a ser bien pronto una esperanza para las letras nacionales y un lustre de gloria para los criollos mexicanos.

## II

Los padres de Juana Inés entendieron que no debían por más tiempo re-frenar los incomparables bríos de su vocación; a los ocho años de edad la mandaron a México para que emprendiese estudios más elevados, yendo a la casa de su abuelo materno el señor Cantillana, donde encontró muchos libros cuyo contenido no tardó en devorar.

Fué su primer maestro el Bachiller Don Martín de Olivas, quien habiéndole enseñado solo veinte lecciones de latinidad, después ella con su extraordinaria dedicación y aprovechamiento, terminó sus estudios de mínimos, menores, medianos y mayores, y con tal perfección que llegó a traducir los clásicos latinos y a componer las más bellas estrofas en el difícil idioma de Virgilio y de Horacio.

Hizo más en el aprendizaje de las lenguas, porque llegó a dominar por completo la portuguesa y la nahualteca.

A la vez desprendiéndose del todo de las rutinas aristotélicas, se dedicó la niña prodigio con verdadera obstinación al estudio de la lógica, la metafísica, la filosofía, la ética, la retórica, la aritmética, las matemáticas, la mecánica, la historia natural, la física, la química, la geografía, la historia, la cronología, la teología, el derecho, las bellas artes y las bellas letras; es decir, se dedicó al aprendizaje de todos aquellos ramos que el saber humano podía proporcionar al empeño más exigente.

Y fueron tan grandes sus adelantos, que a pesar de la modestia de la señorita Juana Inés de Arbeje, todos admiraron en ella sus profundos conocimientos, y la atronadora trompeta de la fama llevó su nombre muy lejos de la Nueva España.

Todos querían conocerla y escucharla cual si se tratase de una nueva Hypatia; todos la ensalzaban a porfía, y en consecuencia de renombre tan universal, el Virrey Don Antonio Santillán de Toledo Molina y Salazar, segundo Marqués de Mancera, habiendo oído la galanura y facilidad de su dicción y notado los destellos de su pasmosa inteligencia y el acopio de su vasta erudición, creyó lo mismo que otras muchas personas: que tantos conocimientos en la mente de aquella delicada joven, no podían menos que proceder del celeste don de ciencia infusa.

Con tal idea, aquel encumbrado personaje ordenó que se celebrase en la Corte Virreinal una solemne conferencia, en que las más eminentes lumbres de la Universidad, los maestros más profundos en humanidades y ciencias divinas, examinasen el saber de aquella extraña joven que era tenida por iluminada.

Ella sin afectación ni hinchamiento y con la lucidez del positivo mérito, supo dar contestaciones las más satisfactorias a las difíciles y capciosas preguntas de cuarenta de los más sabios profesores de dicha Universidad, y el dictamen favorable de aquellos eruditos al abrirle nuevos horizontes en los mundos de la ciencia, fué su más poderoso estímulo en la tortuosa carrera que le trazara el destino.

Había llegado a ser la más esclarecida doctora de su tiempo, no por



borlas universitarias que muchas veces poco o nada significan, sino por el luminoso saber que había conquistado con la potencia de su espíritu. Había conseguido como nadie, oficiar en los altares de Minerva, saciarse en los destellos de la eterna luz, y por ello, los intelectuales de su época, ornando su frente despejada con los lauros de la inmortalidad, la nombraron justiciero "La Décima Musa."

### III

Vamos a entrar ahora en el período de la existencia de aquella incomparable joven, en que palpando los hechizos de la gloria, tenía también que sufrir las decepciones y angustias de la vida real.

La Virreina Doña María Leonor de Carreto, Marquesa de Carreto, escuchó también las mágicas palabras de la señorita de Arbeje, y en el acto quedó prendada de sus brillantísimos méritos, haciendo que entrase a su corte como favorita dama de honor.

Era la señorita de Arbeje de rostro agradable, de color tierno y apiñonado, de talle airoso y esbelto, de líneas delicadas y perfectas.

Sus grandes y negros ojos brillaban con la expresión de la serenidad que medita y de la inteligencia que escudriña.

Su rara hermosura y sorprendentes cualidades llevaron a la Décima Musa al pináculo de la notoriedad, tributándole sus encomios muchos enamorados donceles.

Mas con todo y ello, se presentó un día en que su propia dedicación tenía que empañar sus mismas aspiraciones de gloria, porque su remarcable espíritu analítico, empezó a presentarle la ciencia humana con vaguedades poco satisfactorias, mirando que la envidia, al penetrar en el caos donde se confunden la luz y la sombra, iba luego a su corazón a despertarle lucha dolorosa.

Todo lo ha penetrado su empeño, y a ese pesar palpa que es muy poco lo que aventaja su conciencia.

Son sus anhelos el llegar a poseer la clave del eterno enigma, el tener entre sus manos la esencia pura y el genio sutil que vivifican el universo, el alcanzar el rompimiento de la tenebrosa carcel que sus ideas levantan en su redor, el vencer las reticencias y salvedades que le presentan esos mismos libros, sus mejores confidentes de ayer.

Quiere con la rapidez del pensamiento penetrar en las regiones de lo infinito, para saciar su sed hacia lo desconocido en las inefables fuentes de un mundo mejor.

Pero ¡ay, pobre soñadora! ¿por qué palpita su corazón cual de gentil mariposilla, pretendiendo romper los hilos de la flaca naturaleza, para recibir a la postre el desengaño de que es del todo inútil el saber del hombre?

Comprende entonces la Décima Musa, que la ciencia que pretendieran acumular los descendientes de Adán, no dá las fuerzas suficientes para vencer el dolor, para esclavizar el mal, ni para destruir los embates que a diario amenazan la vida.

En virtud de su ansiedad, al hojear volúmenes y pergaminos siente que desfallecen sus pulmones y pretende conseguir la ciencia increada, para robustecerlos tomando el remedio en el aire libre de sus montañas natales que en días ya pasados la llenaron de contento.



Su cuerpo aprisionado en la Corte Virreinal, quiere ir más allá del espacio donde se forman las nebulosas, ascender y descender como la materia cósmica, vibrar en las notas de las inefables armonías y vencer el imperio de las quimeras.

Aspira en sus anhelos a comprender por qué nunca se muestra en su plenitud al pensamiento humano, ni la bondad absoluta, ni la belleza suprema, ni la verdad infinita.

Con ello el genio de la Décima Musa siente que penetra en las sinuosidades de lo incógnito, y al vacilar su fe la atormentan los esbozos de la rebelión.

Batalla entonces con la conciencia amedrentada, porque mira convertidas en girones las hechiceras galas de sus creencias.

Luego la duda asoma a su pecho como serpiente monstruosa que le muerde y envenena el corazón, despertando en él, ansias impalpables, pesares aletargados, y reminiscencias imposibles.

No fué eso lo bastante para su sin igual tormento.

Algunos de sus biógrafos afirman que en su interior sintió las penas de las decepciones amorosas, y algo debió haber de ello, porque si las personas se conocen por sus obras, la notable poetisa mexicana escribió una producción dramática intitulada: LOS EMPEÑOS DE UNA CASA, en la que, a las claras se comprende por la inducción conjetural, que mucho debe haber pasado en sentido de ese aserto. En el siglo XIX, esa pieza dramática fué arreglada a la estética del teatro moderno por los literatos mexicanos Don Gustavo Baz y Don José Joaquín Pesado.

Hubo más: bien conocido es el terrible antagonismo que existió desde los días de la conquista española hasta el período de la Independencia entre los peninsulares y los criollos.

Si un mexicano sobresalía entre las multitudes por don especial del cielo, en alguna materia de la actividad humana, los iberos le negaban todo mérito no más que por haber visto la primera luz fuera de España.

Eso sucedió con el insigne poeta dramático natural de Tasco, Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, a quien nunca perdonó la intolerancia de los peninsulares el pecado de ser criollo mexicano, y a quien, no obstante que tenía las más reelevantes prendas, por ser de corazón hidalgo, generoso, caballeresco, fiel, delicado, desprendido y veraz, al no poderle poner en ridículo respecto a sus trabajos literarios, la misma intransigencia europea le criticó despiadada defectos naturales en los que no podía tener la menor culpa. La historia justiciera ha conservado algunas de estas mordacidades para el pleno conocimiento del asunto. He aquí una de las más principales:

*Tanto de corcova atrás  
y adelante Alarcón tienes,  
que saber es por demás  
de donde te corco vienes  
y a donde te corco vas.*

¿Y si tan mal tratado fuera todo un ingenio como Alarcón y Mendoza, qué podía esperar aquella débil mujer de la acerada crítica española?

La envidia se levantó implacable en contra de ella en la misma Corte Virreinal, dejándole en el corazón con sus afilados dientes, cicatrices que no se le borraron en el resto de su vida.

Con ello parecía que todos los males se acumulaban en su cerebro: el desencanto científico, las rebeliones de la duda, las decepciones amorosas, y las maledicencias de la envidia.

No había aún quien pensara en llevar a la práctica la radical y gigantesca labor que después encarnara la difícil gestación nacional de la desespañolización.

Mas aquella débil señorita, con la virilidad de su excepcional espíritu, se levantó, nuevo Anteo, sintiendo multiplicadas sus energías, y sin el menor vacilar toma una resolución irrevocable, escuchando los consejos de su prudencia y de su director espiritual el notable jesuita Fray Antonio Núñez.

¡Quién lo creyera! Aquella joven bellísima, en cuyas deliciosas facciones brillaran con el hechizo de la fragancia los diecisiete abriles, arrojó lejos de sí las perlas y diamantes que adornaban su negra cabellera.

Se desliga los deslumbrantes atavíos que la convierten en la mujer más seductora de la rica Corte Virreinal, considerando cuan grande fuera el peso que en la senda de la vida, la Divinidad pusiera sobre sus espaldas con sus incansables anhelos de sabiduría, y se retira a un convento bajo el nombre de SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

#### IV

Estudiemos ahora la nueva faz de la existencia de la señorita de Arbeje. Primero entró de novicia al convento de San José, que con posterioridad fué nombrado de Santa Teresa la Antigua.

Mas como la Décima Musa enfermase gravemente, salió de ese convento para ir al de San Gerónimo, fundado por religiosas de la Concepción, donde al cabo pudo profesar.

Pensó que en su nueva vida iba a tener la tranquilidad que tanto deseaba para su espíritu; pero halla con desconuelo que es impalpable aún en el retiro del claustro.

Inútiles son los ruegos de sus hermanas ni las exhortaciones de sus superiores, para que en bien de su alma atienda sus deberes de religiosa, dejando sus preferencias científicas y literarias.

Pero como con ello poco se consiguiese, se pusieron constantemente a su lado, monjas que estorbasen sus estudios, alcanzándose con este suplicio el que volviese a enfermar en condiciones tales que por prescripción médica hubo necesidad de permitírsele que volviese a las tareas de sus libros.

Aún en este nuevo asilo tan retirado del mundo veía que llegaban muchas personas, unas para conocerla, otras para escucharla y las más para admirarla.

También a aquel sacro recinto llegó la envidia para morderle de nuevo su corazón y su cerebro privilegiados.

No era ya la mordacidad vulgar de la intolerancia española la que pretendía poner cadenas a su pensamiento.

Sucedió que por buena o mala suerte, el notable orador sagrado Padre Vieira pronunció un sermón que fué rebatido por la ilustre monja, cuya refutación produjo general asombro en virtud de los muy profundos conocimientos de la autora.

El Obispo de Puebla Ilmo. Don Manuel Fernández de Santa Cruz, salió a la palestra, naturalmente defendiendo al Padre Vieira, y al rebatir a la re-

futante con el pseudónimo de Sor Filotea, con despiadado acento y dura intransigencia increpó a la eminente religiosa el abandono de sus deberes conventuales, por atender sus empeños de divagada bachillera.

Grande como era el genio de la Décima Musa, no se dejó doblegar tan facilmente, contestando con respeto a aquel prelado, y emprendiendo entonces para sempiterna gloria, el defender con desbordantes bríos los fueros preciosos de la mujer.

Por aquellos días fué cuando en pro de ésta escribió su célebre letrilla que por sí sola le habría conseguido la inmortalidad.

*Hombres necios que juzgáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que que soís la ocasión  
de lo mismo que culpáis, etc.*

No obstante esa contestación, Sor Juana Inés de la Cruz sintió sumamente lastimada su suceptibilidad, y como alguna de sus superiores al exhortarla le dijese, que si reincidía en sus desvíos literarios y científicos, que no podían ser sino tentaciones del infierno para perder su alma, como un descargo para su conciencia de superiora, se vería en la precisa necesidad, para su consiguiente purificación, el denunciarla al Santo Oficio. Cuando un miembro de la Iglesia está enfermo, la Iglesia padece.

Con aquella terrible amenaza, la ilustre mexicana comprendió que estaba en peligro de desaparecer de la tierra, arrastrada por la inquina del Santo Oficio, como desapareciera no pocos años antes de un modo misterioso, ante los golpes de la intolerancia política, otra mexicana no menos conocida: la Mulata de Córdoba.

Con ello no pudo menos que atender las indicaciones del Obispo de Puebla, y dispuesto como estaba siempre su corazón al bien obrar, se desprendió de su librería compuesta de más de cuatro mil volúmenes, de sus instrumentos de arte y de sus aparatos científicos: todo lo vendió y el producto lo repartió entre los enfermos y los desvalidos.

Ni aún así consiguió ella misma matar sus sorprendentes vocaciones, porque entonces Sor Juana Inés de la Cruz continuó leyendo en el gran libro de la naturaleza.

El bailar de un trompo le hace meditar en la mecánica; el curso de los astros le muestra los problemas cosmográficos; los temblores de tierra tan comunes en la ciudad de México, absorben su espíritu en el estudio de la geología; los calores, los vientos, las tempestades y las escarchas le muestran los arcanos de la física, y el trato de las gentes que la rodean la hacen pensar en la filosofía y demás ciencias morales.

Pero su alma no podía soportar por largo tiempo una prisión tan ruda y dolorosa y su salud fué languideciendo poco a poco.

No obstante ello, la insigne sabia continuó viviendo con resignación, consiguiéndose para alivio de sus penas el que se le permitiera el ejercicio de la santa caridad.

Sucedió que por aquellos días una terrible epidemia azotó la Capital del Virreinato, penetrando hasta el sagrado recinto donde moraba Sor Juana Inés de la Cruz.



Sus hermanas sucumbían cotidianamente, y ella con abnegación evangélica se dedicó a auxiliarlas hasta el último momento.

Con tal motivo, la infausta suerte quiso que tomara un contagio que no pudo resistir a causa de su salud quebrantada, desprendiéndose su espíritu de la cárcel de esta vida, el diecisiete de abril de mil setecientos noventa y cinco, a los cuarenta y cuatro años de edad y veintisiete de existencia conventual.

## V

Esa fué la eminentísima Doctora en ciencias divinas y humanas que tanto asombrara al mundo.

Como esclarecida poetisa, sus producciones son verdaderas joyas del bien decir, exentas del decadentismo de su tiempo, ya que formaran sus fuentes en materia de buen gusto los más inspirados ingenios del siglo de oro de la literatura española, como Fray Lope de Vega Carpio, Tirso de Molina y Pedro Calderón de la Barca.

Como filósofa, su lucidez brilló como astro de primera magnitud, pues que al profundizar muchos temas que al presente se encuentran sin solución, por sus atrevidos vuelos se adelantó a la época.

Sus obras son buscadas con verdadero cariño en todos los ámbitos donde se habla el difícil idioma de Cervantes. La edición más completa que de ellas se ha hecho, fué en Santa Fe de Bogotá, de la América Meridional, habiéndose arreglado otras de no menos importancia en el siglo XVIII, en México, Madrid, Barcelona y Zaragoza.

Son muchas las individualidades que en distintos tiempos se han ocupado de la Décima Musa, dentro y fuera del suelo que la vió nacer, recordando como las más principales al Padre Feijó, Don José de Jesús Cuevas, Don Francisco Pimentel, Don Salvador Quevedo y Zubieta, Don José Rosas, Don E. Fuentes y Betancourt, Don Gustavo Baz y Don Aurelio María Oviedo y Ramos.

En honor a su mérito, el año de mil ochocientos setenta y cinco el Liceo Hidalgo celebró una significativa velada literaria, en la que con éxito magistral el sabio Don José María Vigil supo hacer brillar la sin igual gestión de ese ingenio femenino.

Don Francisco Sosa, con empeño digno del mayor elogio, trabajó tanto en la tribuna como en la prensa, porque a tan eminente mujer se levantase una estatua en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México, habiendo una calle de ésta población que se nombra de Sor Juana Inés de la Cruz.

Por último, en la Capital de la noble madre España, con motivo del primer centenario de la Independencia Mexicana, el año de mil novecientos diez, se celebró una solemne reunión, en que el distinguido vate mexicano Don Amado Nervo, habló con verdadero estro en honor de la incomparable mujer que es prez merecida de los pueblos hispano-latinos.

Con tal ocasión, el periódico de Madrid "La Epoca," en su edición correspondiente al veintinueve de abril de dicho año, hizo la apoteosis de la singular Décima Musa, llevando una reparación a la verdad y a la justicia, a causa de los agravios inflingidos a sus merecimientos, más de dos centurias atrás, por el elemento peninsular de antaño. Sus expresiones pulcras y galantes son de este tenor: "La figura de la inmortal poetisa, no tan conocida de los pueblos pan-americanos como debiera, no podía tener otro cantor

que un poeta de la inspiración de Nervo. ¡Es tan difícil reconstruir el alma de una mujer que, de las lindas delicadezas y ternuras, sirve a Dios con angélicos sentimientos y es a la vez poseedora de una cultura extraordinaria!

“Pero todas esas dificultades ha sabido, en su libro, vencerlas el poeta, con solo considerar a Sor Juana como mujer, separando todo género de exclusivismos y especializaciones, procediendo como verdadero psicólogo analíticamente.

“Y así mostrándonos a la niña voluntariosa, de acerado temple que aprendió a leer a los tres años de edad, y a los ocho sentía sed de cultura, escudriñando con positivo éxito, si en las mocedades de Sor Juana hubo quereres que se anegaran en su alma inmensa, nos lleva Nervo entusiasmados, seducidos, hasta el instante en que, brillando como sol de ensueño la poderosa inteligencia de la poetisa, brota en los demás el cardo de la envidia, el áspid de la insensatez humana, y nace en la insigne monja aquel arrebatado misticismo, que tiene tanto de propio aniquilamiento como de profunda misericordia por quienes intentaron lastimarla.

“Con esa manera tan sugestiva y tan nueva de bosquejar una vida, logró Amado Nervo hacernos adorable a la ilustre mexicana.

“Seguros estamos de que la conferencia de anoche sirvió para que las obras de la Décima Musa ocupen lugar preferente en nuestras bibliotecas, en las de las damas, ante todo, porque ningún poeta tiene para la mujer tanto derecho a sus devociones, no solo por aquella vehemencia varonil, ágil, justa y razonada defensa que hace siempre de la mujer, sino porque los versos de Sor Juana Inés de la Cruz son filigranas, preciocerías sutiles que tienen la no igualada virtud de conmover el corazón y de recrear el pensamiento; son de un misticismo muy humano; flores excelsas, cernidas en arcilla deleznable y regadas con lágrimas de pasión.....”









## Sor María Isabel de Jesús.

### I

En el período histórico del Emperador Alejandro Severo, existió en Roma una joven de sorprendente hermosura, rica como pocas en bienes de fortuna y perteneciendo como patricia a una de las más antiguas estirpes romanas.

Con todo y esas reelevantes dotes, más llamaba la atención del público por sus incomparables virtudes.

De alma tierna y afectuosa, inteligencia despejada y genio reposado, recibía constantemente una transfiguración moral, aquella transformación que desarrollándose poco a poco dentro y fuera del Imperio Romano, vino a hacer que en el espíritu público no se sintiese ya la menor fe por los dioses paganos, los cuales se vieron precisados a precipitarse vertiginosos a las regiones fantásticas de la poesía y del recuerdo.

De aquí que al palpar de cerca aquel cuadro prodigioso efectuado entre todas las clases sociales, una fe desconocida a la par que gigantesca se presentaba pretendiendo llenarlo todo: hasta el mismo palacio del César.

La noble Cecilia había observado cuán consolador era para las conciencias oprimidas el bálsamo de las nuevas creencias, y por ello, radiante de júbilo, con el amor que inspira la caridad, aliviaba las desgracias de los desvalidos, y al ser conducida por una fuerza providencial a las catacumbas, ahí recibió la purificación del naciente cristianismo.

La familia de la joven, opulenta sobre toda ponderación, era constantemente agasajada por su ilustre progenie, viviendo en medio de los ritos de los paganos.

Mas Cecilia que en secreto miraba con horror aquellas prácticas, continuaba respetando en apariencia la religión de sus padres, porque adoraba entrañablemente a éstos y no quería causarles pesadumbres.

Pero como la niña llegase a la pubertad, sus parientes se preocuparon de su porvenir resolviéndose darle estado, fijándose al efecto en el noble joven

Valeriano, gentil por sus viejas tradiciones de patricio, mas sin sentir en su sér ningún afecto por la religión politeísta.

Por otra parte, dotado Valeriano de las más bellas cualidades, era estu-  
dioso, reflexivo y meditabundo, así es que, cuantos conocían a la joven pareja  
le auguraban tesoros de felicidad perenne.

Celebrados con gran pompa los desposorios conforme a los ritos de la  
religión pagana, los novios pasaron a la esplendente cámara nupcial.

Una vez que se encontraron enteramente sólos, Cecilia, con la alegría  
celestial en el semblante y rebosando de su mirada el fuego más excelso, se  
acercó cariñosa y afable a su amado, manifestándole con voz tierna y divi-  
nal que era inmensa la dicha que sentía con encontrarse unida a su suerte, y  
que como desde aquel momento era su más firme apoyo le iba a revelar un  
secreto, si por su parte le juraba guardarlo y hacía lo que le indicase.

Cecilia le dijo entonces que era cristiana y que había jurado antes de-  
dicar su virginal pureza a los ideales del cristianismo; que por lo tanto, si  
le respetaba ésta, la dicha celestial se encontraría entre ellos, y que de no ser  
así, la existencia de Valeriano desaparecería como sombra.

El joven recién casado la escuchó con atención suprema, sin que lo que  
le acababa de revelar le produjese la menor contrariedad, y tomando a su  
vez la palabra, con su buena índole le dijo: que quería conocer los misterios  
del cristianismo para cerciorarse de si eran santas sus intenciones.

Ella rogó a su esposo fuese en el acto al interior de las catacumbas, don-  
de se ocultaba de las persecuciones el Sumo Pontífice de los cristianos, a  
quien se dió a conocer en nombre de Cecilia.

El Papa Urbano II lo recibió con paternal unción, y leyendo en su co-  
razón sus más íntimas intenciones, luego comprendió que era de los favoreci-  
dos por la ley de gracia.

En seguida le dió a conocer los tesoros de felicidad y de consuelo de la  
nueva creencia, y cayendo conmovido Valeriano ante los pies del venerable  
Padre, le pidió con místico anhelo la purificación de los neófitos.

El joven patricio volvió al lado de Cecilia, y manifestándole que ya era  
cristiano, palpó un fulgor divino que llenaba la cámara nupcial, no pudiendo  
entonces menos que convencerse de que él y su esposa eran los séres más felices  
del orbe.

Los venturosos sintieron que sobre sus frentes era colocada por una vi-  
sión beatífica una guirnalda de celestiales flores de fragancia tan deliciosa,  
que por su hechizo durante el resto de sus días gozaron del más prodigioso  
encanto hasta el momento en que tuvieron la recepción de un martirio glo-  
rioso.

Ahora bien: relatamos lo expuesto porque deseamos salvar del olvido  
una remembranza que tiene asombrosos caracteres de similitud con el epi-  
sodio más culminante de la existencia de la inmortal Cecilia.

Durante el período Virreinal ocurrió en México un caso muy parecido a  
una joven criolla mexicana, que deseaba con alborozo dedicarse a la vida del  
claustro y cuya vocación contrariaban los autores de sus días.

Por lo excepcional y ruidoso del hecho, éste llevó a dicha joven tan gran  
celebridad, que su nombre durante lustros y lustros de años, se conservó vivo  
como la flor del no me olvides.

Ajenos nosotros por completo a las preocupaciones de todo fanatismo, y  
no tomando en consideración el indiferentismo con que la época moderna re-

cibe todo lo que atañe a la existencia claustral; más si en las pretéritas edades esa vida importara uno de los factores más valiosos del desenvolvimiento social, es nuestro deber en la difícil tarea que nos hemos impuesto, sintetizar con la más sana crítica los distintos elementos de la colectividad humana, aprovechando los varios contingentes históricos que se nos van presentando, aunque ellos se refieran a débiles mujeres, si por sus virtudes y sentimientos morales que puedan encarnar, se dignifica y enaltece la mujer mexicana colocándola en el lugar que le corresponde, aunque aquellas hayan pasado sus días dentro de las apartadas y reducidas paredes de una celda!

Con esos precedentes pasemos al asunto.

## II

Hacia el año de mil quinientos setenta, en uno de los barrios de la entonces naciente Capital del Virreinato de Nueva España, había una capilla nombrada de San Cosme, San Damián y San Amaro, junto a la que una piadosa señora y ocho hijas suyas fundaron una beatería, y como esta institución progresase notablemente, nueve años más tarde, o sea en mil quinientos setenta y nueve se substituyó con un convento regido bajo la regla de Santa Clara, entrando en él veintidos monjas, cuyo número al poco tiempo se aumentó considerablemente con personas de las más distinguidas familias de México.

Muchos años después vivía en esta ciudad una familia criolla, poseedora de una gran fortuna.

Los jefes de ella depositaban todo su encanto en una hija suya, bellísima joven llena de gracias que la hacían un arquetipo de fascinación.

Era además un dechado de las más reelevantes virtudes, anhelando tan sólo para su conciencia como fruto de la educación cristiana que había recibido, la mística tranquilidad de un claustro.

Pero sus padres que miraban las cosas bajo otro prisma, sin que por ello fuesen menos apegados a sus principios religiosos, pues que en atención a sus riquezas deseaban para su hija una brillante colocación en el mundo que aumentase su elevación social, querían que contrajese un enlace ventajoso.

No dilató largo tiempo en aparecer el pretendiente ante la magia de una fortuna importante, y ya concertada la unión, los padres sin contar previamente con la voluntad de la joven, como era la mala costumbre de aquella época, al fin le manifestaron de lo que se trataba; pero ella les contestó que su querer no era otro que el de los autores de sus días, mas en su fuero interno sentía las más terribles angustias al contemplar como caerían por tierra los ideales y ensueños de su vocación cristiana.

Llega por último el día de los desposorios, y la novia, con los blancos atavíos que la hacían más y más seductora, estuvo afable y contenta recibiendo las innumerables felicitaciones que le dirigían sus amigas y los convidados a la fiesta.

Los brindis, la alegría del banquete y los hechizos del baile, terminaron como acaban todas las cosas de esta vida, y los recién casados se encontraron a la postre en el tálamo nupcial enteramente solos.

Entre ellos ocurrió algo sorprendente y misterioso que hasta ahora no ha podido ponerse en claro; algo que no podemos decir sucediera como lo

refieren las leyendas maravillosas de los cristianos inbuidos en lo sobrenatural.

Sí podemos asegurar que lo que pasó fué un hecho extraordinario, como se desprende del aserto del historiador Don Manuel Ramírez Aparicio, que en este respecto dice: "Era la primera noche que iba a pasar en compañía de su mujer, (el novio), el amor embriaga su corazón con la idea de una dicha desbordante, y cuando terminado el baile y los festejos correspondientes, se quedó a solas un momento en su recámara, oye un ruido terrible que lo hace estremecer. Nadie supo lo que expuso esa voz imponente; pero lo cierto es que el mancebo se presentó al día siguiente en el arzobispado solicitando una entrevista con el previsor, de la que resultó la separación de los casados, ingresando la joven al convento de Santa Clara."

Sea lo que fuere, la verdad de las cosas es que, el proceso eclesiástico que se abrió por delegación del Ilmo. Sr. Arzobispo, debe haber reunido los más interesantes datos de aquel suceso excepcional, que deben haber tenido el suficiente peso toda vez que rompieron aquel ruidoso matrimonio.

Ello fué bastante para que la joven violentada adquiriese un gran nombre, al grado de que de todas partes concurrían a diario a dicho convento gran número de personas con el fin de conocerla.

Concluido su noviciado pudo por último confesar, llevándose así los más puros y fervientes anhelos de su espíritu, y habiendo adoptado al retirarse para siempre del mundo el nombre de SOR MARIA ISABEL DE JESUS.

Durante su existencia de monja, consideró las riquezas como uno de los principales obstáculos para la salvación de su alma, por el poderoso contingente que prestan al desenvolvimiento de las pasiones del corazón humano.

Por ello, con la mayor prudencia empleó las suyas en proteger a los desvalidos.

Como cada día que corriera aumentara su popularidad y fama, en vista de la conducta ejemplar que siempre llevara, mereció que después de su desaparición de la tierra, respecto a ella se conservaran las más justas memoranzas y los más merecidos elogios. Todavía cuando la inquina política exclaustró las monjas existentes en la República, y la revolución con su piqueta destruyó el convento de Santa Clara, en la ciudad de México se conservaba adoración y respeto hacia el nombre de tan célebre religiosa mexicana.







## Sor Isabel de San Diego.

---

Durante el período virreinal, vivió en México una familia criolla, cuyos consortes eran Don Martín López de Gaona y Doña Petronila Niño.

Este matrimonio era dueño de una fortuna considerable, constituyendo su mayor dicha el ser los padres de una joven soberanamente hermosa, llena de gracias y encantos, elegante, dotada del trato social más fino, y teniendo como corona de sus muchas cualidades el ser por inclinación natural sobre manera virtuosa.

La Señora de López Gaona, era como la mayor parte de las damas de su tiempo, muy religiosa.

Y ante tal prisma, comprendía que el desenvolvimiento de la época era muy perjudicial al porvenir y buen establecimiento de las señoritas que estaban en condiciones de tomar estado, deseando por tanto con vehemencia que su muy amada hija abrazase la vida del Claustro.

El Sr. D. Martín, no deseaba otra cosa sino complacer a su señora.

Varias veces los padres iniciaron a su hija, la conveniencia que había para la salvación de su alma de que ingresase a un convento; mas se excusaba manifestándoles su carencia de vocación, las graves responsabilidades que pesarían sobre su conciencia si resultaba una mala monja a causa de su corta edad, y que en tales condiciones esa sería la manera de que su espíritu se perdiese. Agregaba por último que no quería privarse del placer de cultivar las relaciones de sociedad que la distinguían con su mayor estimación.

Como los padres insistiesen sobre el particular, hubo explicaciones más formales entre ellos y su hija, al grado de que ésta en su buen criterio les manifestó con el mayor respeto, no apenasen su existencia dándole estado contrario a su voluntad.

Que si el móvil era el de los intereses de fortuna, a causa de un matrimonio apenas posible en su persona, porque nunca había pensado en él, se encontraba dispuesta a renunciar en favor de los autores de sus días todo derecho por razón de riquezas.

Don Martín y Doña Petronila se sintieron avergonzados con aquella lección y no volvieron a tratar del asunto a la joven.

Mas sucedió que en cierta vez, ésta y su señora madre fueron a hacer una visita al convento de Santa Clara, y mientras la segunda conversaba con alguna religiosa de su intimidad, la señorita que iba ataviada con un vistoso traje de seda, con un rico mantón de Manila y con las perlas y diamantes más esplendentes, se entretuvo en admirar algunos cuadros al oleo con que estaban adornadas las paredes y corredores del claustro.

Cuando terminó aquel pasa tiempo, notó que Doña Petronila no volía aún a reunírsele como habían quedado, y entonces se dirigió al centro del patio, donde se encontraba una hermosa y limpia fuente que rebosaba el líquido delicioso.

En su juvenil vanidad de niña seductora, al mirarse sola, a orillas de la fuente, se le ocurrió para su satisfacción, mirar el retrato de su rostro sobre la linfa, así como el de las delicadas líneas de su esbelto talle.

Mas, ¡oh sorpresa!

La señorita Gaona no miró reflejado como era lo natural que sucediese, sobre la dormida superficie del agua, la belleza de su persona con todos los atavíos de seda, diamantes y perlas.

Vió, sí, su rostro y su cuerpo, pero cubiertos con una toca y el hábito de las religiosas de Santa Clara.

Ella misma dudó de lo que estaba contemplando sobre la transparencia del agua.

Insiste en fijar su atención sobre el particular, porque nunca ha sido ilusa, ni jamás ha tenido pensamientos de iluminada.

Se restrega los ojos y a ese pesar, se reproduce lo que ella en un principio consideró como una quimera. Sus contornos continúan cubiertos con el hábito severo de las profesas de Santa Clara.

Vuelve la señora López de Gaona, y su hija en breves frases le comunica lo que acaba de ocurrirle.

Luego se puso meditabunda, y con la celeridad del pensamiento comprendió que aquello no era ni podia ser sugestión, porque nunca había sido su ideal el triste porvenir de un claustro.

Entiende que no se trata de una obsesión morbosa de su cerebro porque sabe que tanto su vitalidad y buena salud, así como su educación, extraña a las sombras del obscurantismo, no le permitía la desviación de su espíritu por la senda de las ficciones.

Sabe que no se trata de una decepción amorosa, porque nunca su virginal corazón sintió los dardos del tirano amor, ni menos que se juegue en ello una superchería de sus padres, porque el cariño que le tienen aleja toda sospecha de que fraguasen algo en contra de su felicidad.

Toma en seguida una resolución irrevocable, trasluciendo que se trata de un aviso inusitado.

Toma el hábito de novicia y después de un año de meditación y de prueba, profesa con el nombre de SOR ISABEL DE SAN DIEGO.

Desde su ingreso al claustro observó una existencia incomparable.

Siempre, con alma pura y corazón sencillo obedeció las más pequeñas indicaciones de sus superiores.

Servía en el convento los oficios más humildes, ella que en el mundo había estado acostumbrada a las comodidades de un numeroso cortejo.

Sierva fiel de sus hermanas las religiosas, se desvelaba por serles grata en todó, y cuando sufrían, jamás, como la más ejemplar enfermera, se apartaba de su lado rebosando caridad por el amor a Dios. Tan casta como la blanquísima azucena, su modestia se parecía a la de las doncellas de los primeros tiempos del cristianismo.

La fama de las virtudes de Sor Isabel de San Diego, trascendió como un celeste aroma más allá de los mares, y todavía, cuando en el siglo XIX se desarrolló en México su desquiciamiento religioso, en el sagrado recinto de Santa Clara se recordaba con admiración el nombre de esa esclarecida monja.







## Doña María Josefa Vergara y Hernández.

---

Existía en la histórica ciudad de Querétaro durante la segunda mitad del siglo XVIII, la distinguida dama cuyo nombre encabeza estas líneas, perteneciendo a la más selecta sociedad, y siendo sus virtudes y nobles sentimientos tan brillantes que han logrado imponerse al olvido que trae consigo el transcurso de los años.

Doña María Josefa Vergara y Hernández era dueña de la fortuna más considerable, y comprendiendo que no puede haber satisfacción mayor sobre la tierra que el ayudar en sus necesidades a los desamparados de la suerte, ya que la tumba todo lo iguala y que del presente solo se lleva al más allá las bendiciones que produce el bien obrar, dispuso al término de su existencia, que sus riquezas valiosas de más de ochocientos mil pesos, se empleasen en obras de beneficencia, nombrando como a su ejecutor testamentario al Ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Querétaro.

Habiendo fallecido tan gran altruista el veintidos de Julio de mil ochocientos nueve, en esa población, su última disposición no se cumplió del todo, pues parte de esos bienes se dedicaron al fomento de la guerra de Independencia, y parte en sostener la lucha en contra de la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

Los restos de la insigne benefactora se encuentran depositados en un sarcófago en el templo de Santa Cruz, cuyo sarcófago arregló dicho Ayuntamiento en mil ochocientos sesenta y ocho.

Su retrato se guarda en el salón de sesiones de esa Corporación que se halla en el Palacio Municipal.

Como un merecido tributo de gratitud, el Hospital de esa población se nombra de MARIA JOSEFA VERGARA Y HERNANDEZ.







## Doña Ana María Gallaga de Hidalgo y Costilla

### I.

Como un acto de estricta justicia, debemos dedicar algunas líneas a una ilustre dama de la privilegiada tierra michoacana, ya que ella es y debe ser timbre de admiración y de respeto para la mujer mexicana, tanto por el esclarecido desenvolvimiento que de las virtudes domésticas efectuó durante su existencia cual verdadera sacerdotisa del hogar, como por que la misma dama tuvo por don del cielo la feliz suerte de ser la madre del Libertador de México.

Doña Ana María Gallaga nació en Jererumba, perteneciente al Distrito de Puruándiro, del Estado de Michoacán, el año de mil setecientos treinta y uno, siendo bautizada el ocho de Marzo de ese año.

Fueron sus padres Don Juan Bautista Alcántara Gallaga Mandarte y Mora y su esposa Doña Joaquina Villaseñor y Lomelí, ambos españoles de estirpe hidalga, aunque parcos en bienes de fortuna.

La niña Doña María tuvo la desgracia de perder en tierna edad a los autores de sus días, y debido a ello fué amparada por sus abuelos maternos Don Juan de Villaseñor y su esposa Doña Elena Cortés Enríquez de Silva.

Habiendo fallecido éstas personas, dicha joven fué recogida por su tío Don Antonio Gallaga, quien vivía en el rancho de San Vicente, cuyo caserío se encuentra en la márgen oriental del río Turbio, y era entonces ese rancho perteneciente a la hacienda de Corralejo, de la jurisdicción de Pénjamo, del Estado de Guanajuato.

La señorita Doña Ana María Gallaga tenía para el año de mil setecientos cincuenta, diecinueve años y se encontraba en toda la flor de su edad.

Sucedió que por aquellos días, fué nombrado como Administrador de Corralejo, el joven Don Cristóbal Hidalgo y Costilla, quien era natural de la Huerta de las Juntas, lugar situado una legua al Sur de Tejupilco, del Estado de México.

Don Cristóbal Hidalgo y Costilla por su condición de soltero deseaba

contraer matrimonio, máxime cuando por su vida de campo y por sus hábitos de persona ordenada lo necesitaba urgentemente.

No faltó quien le dijese que en San Vicente vivía Don Antonio Gallaga, padre de dos jóvenes muy hermosas, y que cualquiera de ellas era un buen partido para la formación de un nuevo hogar.

El tomar buena nota de la noticia y el resolverse a pasar a dicho punto fué todo uno, así es que, el Sr. D. Cristóbal en la primera ocasión que se lo permitieron sus ocupaciones se presentó en la habitación de Don Antonio con objeto de hacerle una visita, aunque en realidad con el fin de conocer a las niñas Gallaga, cuya fama de doncellas encantadoras y hacendosas había llenado su corazón de interesantes simpatías.

El Sr. D. Cristóbal fué recibido naturalmente muy bien, pues que era el administrador de la hacienda.

Se le agasajó como a cuerpo de rey y se le invitó a que se quedase a comer, que era lo que él más deseaba.

Al ir a sentarse a la mesa, el dueño del hogar presentó a Don Cristóbal a su esposa y a sus dos hijas, éstas frescas y lozanas como una mañana de primavera, iban muy ataviadas rebosando gracias y encantos con la fascinación peculiar a las criollas mexicanas.

El Sr. Hidalgo y Costilla quedó muy bien impresionado con el trato fino, hermosura y buenos modales de las dos hijas de Don Antonio, cuyas jóvenes, con la intuición propia de su edad, conocieron desde luego las intenciones del visitante, trasluciendo igual cosa los padres de las señoritas.

En tales condiciones las cosas empezó a servirse la mesa, y el Sr. D. Cristóbal recibió la más grata sorpresa al mirar que quien llevaba los platillos era una joven lindísima, efectuando aquellas faenas domésticas con una gracia y candor incomparables.

Servía aquella convivialidad familiar con el pelo suelto, y cubiertas sus bellas formas con un vistoso y característico zagalejo.

Era de color rosado, de frente espaciosa, fisonomía agradable y risueña y de índole suave y tranquila.

Durante la conversación, el Sr. D. Cristóbal preguntó con mal disimulado interés, quién era aquella joven, y se le dijo que era una pobre huérfana sobrina del señor Don Antonio, a quien éste por su cercano parentesco había recogido.

La plática durante el resto del día fué cordial y agradable, rodando sobre distintos temas, pensando en su interior los dos consortes como después lo manifestaron, que el Sr. D. Cristóbal era un precioso partido para alguna de sus dos hijas bien amadas.

Por la tarde, el señor Administrador se despidió de la familia Gallaga entre muchos ofrecimientos y cortesías, dando la mano a cada una de las dos señoritas hijas de Don Antonio; y como notase que la joven que había servido la mesa se encontraba humildemente algo retirada del grupo, como cohibida por su condición de simple amparada, se encaminó a ella y le dió afectuosamente la mano en señal de despedida.

Cuando él se retiró, la señorita Doña Ana María fué al grupo donde estaban hablando sus tíos y sus primas, y les dijo que no sabía como se llamaba el señor que se acababa de retirar; pero que al despedirse le había dejado en la mano una medalla sin ojo que se apresuraba a entregarles. Era una onza de oro.

Todos los circunstantes se rieron de la candorosidad y rústica senci-

llez de la doncella preferida, y comprendiendo que aquello no era otra cosa que una declaración de amor, despechados los tíos y las primas manifestaron a Doña Ana María que esperase las resultas, cuyas frases de pronto no entendió, pero pocos días después el Sr. Gallaga recibió una carta del Sr. D. Cristóbal en que le pedía la mano de su sobrina.

## II.

Los felices desposorios de aquellos dos jóvenes no se dilataron.

Con toda solemnidad y en medio del mayor regocijo, el quince de Agosto de mil setecientos cincuenta se verificó en Pénjamo el enlace de Don Cristóbal Hidalgo y Costilla y de la Señorita Doña Ana María Gallaga.

Durante los doce años que duraron unidos, el cielo bendijo aquel hogar con un idilio de felicidad perenne.

Doña Ana María, siempre amante y cariñosa, siempre tierna y afable, siempre religiosa y creyente, no se dedicaba sino a cumplir con todos los anhelos de su alma los santos deberes de su nuevo estado.

No se ocupaba sino en labrar la dicha de su esposo, en adivinarle sus pensamientos, en cuidarle el fruto de su trabajo con las prudentes economías y en atender a la formación intelectual y moral de sus hijos que idolatraba entrañablemente.

Todas sus virtudes las concentraba en formar el corazón de sus niños que encarnaban su mayor ideal y eran su mayor esperanza para el porvenir.

Fué su primogénito Don José Joaquín, quien debido a las saludables máximas que supo inculcarle su madre desde su más tierna infancia, se sintió con una vocación verdadera hacia la carrera eclesiástica. Ya ordenado de sacerdote, fué cura del pueblo de Dolores, cuya parroquia desempeñó hasta su fallecimiento.

Fué su segundo hijo Don Miguel, persona a quien señala como primogénito el Sr. D. Luis González Obregón en uno de sus trabajos históricos.

El Señor Don Miguel nació el ocho de Mayo de mil setecientos cincuenta y tres, es decir, el día en que la liturgia romana celebra la aparición del Arcángel San Miguel.

Parece que la aparición de ese infante era anunciada con la remembranza de esa celeste visión, porque muchos años después como por destinos providenciales echó por tierra con su flamígera espada de dos filos el principio del mal que afianzara una secular opresión a semejanza de lo que ese Arcángel efectuara en contra del espíritu de Satanás.

Vamos a insertar la acta de bautizo del expresado infante Don Miguel, porque ella dá más detalles de los primeros días del Padre de la Patria.

Dice así: "Yo el Ciudadano Teodoro Degollado, encargado del Curato y Juzgado Eclesiástico de este pueblo de Pénjamo y su Partido, con asistencia del presente Notario Nombrado, doy fe que en el libro de bautismos de esta Iglesia, forrado en pergamino que registré, en el año de mil setecientos cincuenta y tres, fojas diez y siete vuelta, se halla una partida del tenor siguiente: "En la Capilla de Cuitzeo de los Naranjos a los diez y seis de Mayo de setecientos cincuenta y siete, el Br. D. Agustín Salazar, Teniente de Cura, solemnemente bautizó, puso oleo, crisma, y por nombre Miguel, Gregorio, Antonio, Ignacio, a un infante de ocho días, hijo de Don Cristóbal Hidalgo y Costilla y de Doña Ana María Gallaga, cónyuges y vecinos de Corralejo: fueron padrinos Don Francisco y Doña María Cisne-

ros a quienes se amonestó el parentesco de obligación y lo firmó con el actual cura.—Bernardo de Alcozer.”—Concuerta con el original de dicho libro a que me remito. Va cierta, fiel y verdadera corregida y confrontada para que conste donde convenga, la saqué hoy diez y siete de enero de Mil ochocientos veintidos.—Teodoro Degollado.—Felipe de Jesús Cisneros, Notario Nombrado.”

La Señora Doña Ana María Gallaga imbuida en el bien de la moral cristiana, formó la conciencia de su segundo hijo Don Miguel, a quien al sucumbir dejó con solo ocho años de edad. No obstante ello, sus palabras se habían grabado tan profundamente en su corazón que no las olvidó en el resto de su existencia, y ellas fueron el móvil principal para que el adolescente abrazase, como su hermano mayor, la carrera del sacerdocio, substituyendo a su citado hermano cuando murió en el curato de Dolores.

El lugar donde nació el ilustre Don Miguel Hidalgo y Costilla fué el citado rancho de San Vicente.

En él existe una modesta columna del orden toscano, en la que se mira ésta sencilla inscripción: “Don Miguel Hidalgo nació aquí el 8 de mayo de 1753.”

El tercer vástago de Doña Ana María fué Doña Josefa María de Loza, el cuarto Don Alberto y el quinto Don Manuel, de cuyo parto falleció tan esclarecida señora el quince de abril de mil setecientos cincuenta y dos, en la hacienda de Corralejo.

Fué generalmente sentida su desaparición de la tierra, habiendo dejado entre los suyos un hueco difícil de llenarse.

El mencionado Don Manuel cuando fué hombre abrazó la profesión del foro.

Don Cristóbal Hidalgo y Costilla contrajo después segundas nupcias con Doña Guadalupe Ramos Pichardo y luego terceras nupcias con Doña Gerónima Origel.

Entre los parientes del Caudillo de Dolores que figuran en la Historia Nacional, existe Don Mariano que fué vástago de las citadas terceras nupcias, habiendo sido fusilado en Chihuahua en los días en que fué sacrificado en el mismo lugar su medio hermano Don Miguel.

El Presbítero Don Ignacio Hidalgo Muñoz, que fué fusilado en Durango, es señalado como sobrino del dicho Don Miguel, pero no hemos podido precisar quien sea su padre.





**TERCERA PARTE.**  
**DURANTE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.**





Maxia Josefa Cecencias Ortíz





## Doña Josefa Ortiz de Domínguez, (La Corregidora)

### I

Era el período histórico de mil ochocientos ocho a mil ochocientos diez, en que la humanidad presenciaba los más terribles y trascendentales acontecimientos, tanto en los grandes centros de la política, como en los estratégicos campos de batalla.

El Emperador Napoleón el Grande, con su genio avasallador e incontrastable, había comprendido que para sus ulteriores fines, debía de ocupar en la península Ibérica el Reino de Portugal, y entrando sobre el particular en negociaciones con la Corte de Madrid, traspasa las fronteras, cruza la España en toda su extensión, quedando con tal motivo ocupadas sus más importantes plazas fuertes.

El pueblo español viril y potente cuando se le toca la fibra del patriotismo, vió con profundo descontento aquella ocupación armada, y el Príncipe de la Paz Godoy, favorito del Monarca reinante Don Carlos IV, obrando con una política propia a la par que imprudente, dió una proclama al mundo, en que manifestaba sus intenciones hostiles hacia los soldados de la Francia.

El número de Bonaparte traslució cuán importante tenía que ser el papel que desempeñara la España en la escena de la vida política y social de la Europa, y al encontrarla regida por una dinastía gastada, llevando en las sienes una diadema enmohecida por el transcurso de los tiempos; al ver que en la misma España imperaban una nobleza y un clero minados de decrepitud, que el Rey Don Carlos IV y el Príncipe de Asturias Don Fernando daban a los pueblos el escándalo de echar por tierra con sus bajas pasiones el prestigio de la potestad real; que el favorito Godoy pretendía engañar las altas concepciones del citado Emperador, a tiempo que todos los reyes del orbe lo reconocían como centro de primera magnitud, su gran resolución y firmeza pensó que la Monarquía Española solo podía salvarse de



aquel inminente desquiciamiento, desarrollando en ella una radical regeneración y propagando entre sus habitantes los principios democráticos de progreso que entrañara la revolución francesa.

Fué entonces cuando el vetusto trono de España se conmovió en sus cimientos.

El brioso pueblo español se desató en contra del favorito, siendo puesto en prisión y confiscados sus bienes con motivo de los humillantes y estrepitosos acontecimientos de Aranjuez.

El anciano Rey Don Carlos IV, obligado por las aflictivas circunstancias del momento, se vió precisado a abdicar el trono, ocupándole luego el Príncipe de Asturias con el nombre de Fernando VII.

Se comprendió desde luego que ante la gigantesca oleada que iba bajando desde las cumbres de los Pirineos, no había más salvación para la dinastía borbónica, que seguir los pasos de la casa de Braganza en el Reino de Portugal, es decir, escaparse de Europa y esperar hasta que las cosas de la política cambiasen, estableciéndose en el imperio colonial de América.

Se pensó en ello, y aún se empezó a trabajar en el viaje correspondiente a Nueva España, donde quedando el Rey y la Corte al abrigo de la invasión francesa, mejores tiempos traerían un retorno favorable hacia la Península.

Mas tal proyecto, que habría influido poderosamente en la marcha de los acontecimientos anteriores, no se llevó a la práctica por los temores y dudas de una política decadente.

El Rey Don Carlos IV, después de su abdicación escribió al Emperador Bonaparte implorando su clemencia.

Don Fernando VII, para sustraerse a los efectos de esa comunicación, escribió también al árbitro de la Europa solicitando su potestad y ofreciéndole en mengua que abdicaría en su favor.

Con ello el Emperador de los franceses comprendió en qué grado de vilipendio se encontraba la postración y caducidad del Gobierno Español, mirando de cerca que para su futuro esplendor necesitaba prontos y eficaces cauterios en contra de las arbitrariedades del feudalismo, y magnas energías para el desarrollo de la agricultura, de la industria y de las artes.

Mas para obrar en consecuencia era preciso conocer de cerca a Don Carlos IV y a Don Fernando VII, por lo que, citándolos a Bayona, él por su parte también se dirigió a ese punto.

Napoleón el Grande llegó al castillo de Marraca, de esta ciudad.

Los contrincantes reales acudieron presurosos a la cita, y ahí, aquel instrumento de la Divinidad, cuyas pujantes águilas se habían cernido victoriosas sobre Italia, Egipto, Siria, Austria, Prusia, Alemania, Holanda, Bélgica y Rusia, vió de rodillas, plétóricos de pasiones rastreras, a un padre y a un hijo cubriendo de lodo la legendaria tizona del Cid.

Como resultado de esa conferencia el Emperador Bonaparte formó completo juicio de las dos personalidades reales de España, habiendo manifestando sobre el particular lo siguiente: "Cuando los ví a mis pies y para enterarme por mí mismo de toda su incapacidad, me compadecí de la suerte de un gran pueblo, avaloré la coyuntura que me ofrecía la fortuna de regenerar la España, arrebatándola a Inglaterra y enlazándola íntimamente con el conjunto nuestro."

Pero las cosas estaban escritas de otro modo.

El denodado pueblo español con su heroísmo sin precedente se levantó

enardecido en contra de las terribles huestes francesas tenidas hasta entonces como invencibles, y en más de una ocasión las hizo morder la tierra como allá en Roncesvalles.

Era que clamaba por su tradicional independencia.

## II.

Entre tanto que en Europa se precipitaban esos acontecimientos, en Nueva España continuaba desarrollándose un antagonismo de muerte entre los peninsulares y los criollos.

Y no podía ser de otro modo, porque vivas como estaban las causas, los efectos no debían de ser sino los mismos.

Los peninsulares no podían desprenderse en bien del porvenir, de su caracter avasallador y tiránico.

Se consideraban como señores de la tierra por el derecho de conquista, y todo lo querían dominar: agricultura, comercio, minería, industria, artes, política, literatura, intelectualidad.

Por otra parte, entre los criollos, desde la época de la conquista de Cortés, no había muerto la idea de independencia ni el principio de nacionalidad y Patria.

Ellos comprendían que a la altura a que había llegado el desenvolvimiento de los pueblos existían intereses esencialmente tópicos, y al sacar de Nueva España el producto de las rentas de tan vasta región, quedaban abandonadas por completo sus necesidades materiales e intelectuales más ingentes: vías de comunicación, escuelas, seguridad pública, deteniéndose así las aspiraciones naturales de progreso de un pueblo naciente, a tiempo que aquellas rentas iban a consumirse más allá de los mares en los vicios de una Corte gastada por seculares aberraciones.

De ello provino que la sociedad del Virreinato de México, estuviese siempre dividida en dos bandos políticos.

El partido nacional o avanzado que manejaba principios autónomos. Sus partidarios apenas se atrevían a manifestar sus ideas en lo íntimo de los hogares y en las conferencias de la más estrecha amistad; pero poco a poco esos principios fueron tomando cuerpo en las escenas ordinarias de la vida real, al grado de llegar, encarnando los ideales de la justicia y del pueblo, hasta los peldaños del trono virreinal, sin importar el sacrificio de existencias como la del Lic. Don Francisco Primo Verdad, Síndico del Ayuntamiento de la ciudad de México.

Con la manifestación de las ideas democráticas, se excitó a su vez el partido monárquico, apoyado en el principio del derecho divino.

Entonces por el lado de los criollos empezaron las agrupaciones secretas, tomando forma en Valladolid una conspiración en la que germinó la aspiración de independencia, bajo la dirección de los Señores Lics. Michelena y Soto y Capitán Señor García Otero. Desgraciadamente esta tentativa fracasó.

Hubo en Nueva España un joven perteneciente a una distinguida familia, de muy buen personal, de talle esbelto, color blanco, pelo rubio, afable con los hombres y galante con las mujeres.

Ese joven era el criollo Don Ignacio Allende, militar de profesión, que prestaba sus servicios con el grado de Capitán en el Regimiento de la Reina.

Con todo y ello, sus convicciones políticas eran sinceras y profundas, y nadie como él deseaba el mirar a México libre, soberano e independiente.

Dolíale entrañablemente el fracaso que tuviera la conjuración de Valladolid; pero a semejanza de los antiguos romanos no desesperaba de la salvación de la Patria.

En sus constantes meditaciones tuvo una inspiración divina, que en su desarrollo había de producir los más trascendentales resultados.

Se procedió en Querétaro a la formación de una sociedad literaria, compuesta de lo más granado de la intelectualidad de aquel tiempo y con miembros no solo de esa ciudad, sino de otras muchas poblaciones del Virreinato.

Tomaron participio en esa sociedad, personalidades pertenecientes a la milicia, al sacerdocio, a la jurisprudencia, a la minería, a la agricultura, al comercio y a la medicina.

El nacimiento de esa junta se recibió con universal aplauso.

¿Y quién pudiera estorbar esas reuniones, cuando en ellas se trataba de bellas letras, poesía, artes liberales, humanidades, discursos, temas científicos y todo aquello que no podía sino redundar en bien de las clases sociales?

Mas también, tras de aquellas reuniones selectas, seguían conferencias más íntimas y secretas, más delicadas, en que se trataba de algo más práctico para el bien general, en que se versaba sobre la salvación de la Patria.

Aquellas Juntas Literarias tenían sus sesiones en Querétaro, en la casa de los Lics. Parra.

Eran sus miembros más principales el citado Capitán Don Ignacio Allende, el Cura de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla, el Capitán Don Joaquín Arias, Don Mariano Galván, el Capitán Don Francisco Lanzagorta, Don Epigmenio y Don Emeterio, González, el Señor Altamirano y Lazo, el Doctor Iturriaga, el Capitán Don Juan Aldama, el Tambor Mayor de Guanajuato Don Ignacio Garrido, el Corregidor de Querétaro Don Miguel Domínguez y su esposa Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

Veamos ahora cómo terminaron esas juntas literarias.

### III.

En tales circunstancias las cosas, sucedió que el veinticinco de Junio de mil ochocientos diez, llegó al puerto de Veracruz procedente de España, la barca "La Esperanza" llevando pormenores de los heroicos hechos del pueblo español, a la par que la vergonzosa debilidad de la dinastía, con motivo de todo lo cual en Sevilla y en Oviedo se habían organizado juntas nacionales que ejercían la soberanía.

La barca "Atrevida", llegó al mismo puesto procedente de la mencionada España, conduciendo más detalles de los acontecimientos escandalosos de Aranjuez ya referidos, del desprestigio que el favorito Godoy imprimía sobre la frente de la Reina y de los odios y rencores levantados a impulsos de una ciega ambición entre el agotado monarca Don Carlos IV y su inexperto hijo Don Fernando VII.

Esas noticias circularon por todos los ámbitos de Nueva España con la velocidad del rayo.

Los peninsulares y miembros del Gobierno constituido, se apresuraron a aprestar sus elementos en sentido de afianzar la Colonia en pro de la causa dinástica borbónica, independiéndola de España mientras ahí imperase el invasor francés, y consrvándola para el Rey Don Fernando VII, si se conseguía que éste pasase a México.



Los criollos también trabajaban afanosamente, pero no querían ningunas ligas con el elemento tradicional español, porque éste solo deseaba para la Colonia la paralización y el enervamiento de sus jóvenes energías, a tiempo que sus aspiraciones tendían a una regeneración pronta y eficaz de sus factores democráticos, es decir, aspiraba a la formación de un gobierno nacido del pueblo y para bien del pueblo, con una desespañolización completa y una independencia radical sin que por asomo se pensase en la nueva dinastía del rey intruso Don José Bonaparte.

Mas sucedió que con el súbito despertar de las pasiones políticas, las cosas de México iban tomando un aspecto grave, y en la Sociedad Literaria de Querétaro, si había muchas personas que tenían convicciones profundas respecto a las ideas americanas, también las había que estaban ligadas con el elemento peninsular por consideraciones utilitarias.

En consecuencia de esa heterogeneidad muchas de esas personas se llenaron de temor por las conferencias reservadas, empezando entonces la traición a desarrollar su labor nefanda.

En Guanajuato el Tambor Mayor Don Ignacio Garrido, denunció al Intendente Don Juan Antonio Riaño, como conjurados, a los miembros de la Sociedad Literaria de Querétaro.

El español Don Eustaquio Bueras, que estaba enterado del asunto, hizo una denuncia semejante.

El Doctor Iturriaga que se encontraba en estado agónico, para descargo de su conciencia, delató a los partidarios de la causa patriota.

Don Mariano Galván fué otro de los denunciantes.

En San Juan de los Lagos, lugar donde anualmente se reunía una importante feria, debía estallar el movimiento armado el primero de Octubre de mil ochocientos diez; pero ahí, el Capitán Don Joaquín Arias hizo una nueva denuncia ante el Administrador de Correos, Don Joaquín Quintana. El Capitán Arias, con todo y esa delación, continuó al servicio de los insurgentes, muriendo en las Norias de Baján, al ser aprehendido el Señor Hidalgo y Costilla.

La conjuración de Querétaro no era otra cosa sino una ramificación de la de Valladolid.

#### IV.

El Cura de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla, que por su prestigio había sido nombrado para que se pusiese al frente del movimiento insurreccional proyectado, guiado por los impulsos de su corazón tuvo una inspiración extraña, de que algo grave y delicado se estaba tratando en contra del plan de referencia, así es que mandó llamar a San Miguel el Grande al Capitán Don Ignacio Allende, quien inmediatamente ocurrió sin tener la menor noticia de las citadas delaciones.

Entre tanto, eran las once de la noche de uno de los últimos días de la primera quincena del mes de septiembre de mil ochocientos diez.

El Comandante Militar de Querétaro señor García Robello, llama violentamente a la puerta de la casa del señor Corregidor Don Miguel Domínguez y hace que inmediatamente se le abra.

Penetra agitado y dice a dicho señor Corregidor que en el instante de-

sea hablar a solas con él. por lo que su señora Doña Josefa Ortiz de Domínguez, se retiró a una de las habitaciones inmediatas.

Luego el Comandante Militar saca algunos papeles y cuando se convence de que se encuentran enteramente solos, le manifiesta que acaba de recibir del Intendente de Guanajuato aquellos documentos, le ruega que se entere de sus detalles, y que tratándose de una conjuración, lo excita a que cumpla con su deber, procediendo en seguida a hacer las aprehensiones del caso.

El señor Domínguez sin perder su serenidad expuso al señor García Robello, que no debía procederse con violencia porque podrían resultar actos sin justificación, que pudiera haber exageraciones en las denuncias, y que lo más prudente era esperar a que llegase el nuevo día.

El objeto era ver si conseguía algunos instantes para poner a salvo la vida de los conjurados; pero como el Comandante Militar insistiese con vehemencia, para no hacerse sospechoso le manifestó que estaba a sus órdenes y le suplicó que le esperase un momento, pasando a sus habitaciones interiores a tomar su sombrero y su bastón. Al pasar por junto a su esposa le dijo en voz baja: "Todo se ha descubierto."

Los señores Domínguez y García Robello salieron de la casa, y el primero conociendo el carácter de su señora, su excepcional valor y su actividad en el obrar, temió que con el aviso que acababa de comunicarle podía en su ausencia hacer algo inconveniente, por lo que, al salir, cerró con llave la puerta de la calle y se la echó al bolsillo, dejando en consecuencia encerrada a la señora Ortiz de Domínguez.

La Corregidora con aquella nueva quedó como petrificada, pero la fuerte impresión solo le duró bien poco tiempo.

Persona de todas las confianzas del señor Hidalgo y Costilla, la señora Ortiz de Domínguez era uno de los más fervorosos partidarios de las ideas de independencia, habiendo dedicado todos los anhelos de su vida a trabajar en cuantas oportunidades se le presentaban, por llegar a ver a su patria querida libre del yugo ferreo de los europeos.

Por ello es que la misma señora estaba en todos los secretos de la conjuración y del próximo movimiento insurreccional: era como el angel bueno que daba vigor a los que desfallecían, animándolos con esta palabra: "Adelante!"

Por ello el mencionado jefe le encomendó que en caso de que hubiese algún apuro para los patriotas se lo comunicase inmediatamente para contrarrestar la acción de los realistas.

Con este compromiso trata en seguida de obrar, proponiéndose inmediatamente algo eficaz y ejecutivo.

Pretende salir de la casa, pero se encuentra encerrada.

Recuerda en el acto que el Alcaide de la Cárcel Don Ignacio Pérez, tiene sus aposentos precisamente abajo de las piezas que ella habitaba.

Era uno de los más fieles partidarios de la libertad mexicana y un gran admirador de la señora Corregidora, de suerte que en las conferencias que habían tenido, Pérez estaba al tanto de los sucesos de la conjuración, y había ofrecido a la señora Ortiz de Domínguez, ayudarle en la primera ocasión que se presentase en todo lo que estuviese de su parte, aún exponiendo su existencia si fuese necesario.



La colaboradora Doña Josefa dá con el pie tres golpes en el piso y en el acto el Alcaide señor Pérez ocurre al llamado.

Aquellos tres golpes eran la señal convenida para un caso grave y urgente.

Como se encuentra encerrada, le comunica lo que está pasando haciendo uso del agujero de la cerradura de la puerta.

Le ruega que en el mismo instante parta sin pérdida de tiempo, primero a San Miguel el Grande y luego a Dolores, con el fin de que comunique la sensacional ocurrencia a los señores Allende e Hidalgo y Costilla respectivamente, dándole la contraseña que necesita para que el último lo oyese.

El Alcaide Pérez parte; está dispuesto a sacrificarlo todo por la salvación de su causa.

Se encamina a pie fuera de la población, sin amedrentarle la enorme distancia que tiene que recorrer.

No importa; comprende que los instantes son preciosos y cualquier retardo puede tener fatales consecuencias para los americanos.

Por fortuna, en su tránsito pasa por una barbería, y en la puerta se encuentra el caballo ensillado de un cliente.

Toma su resolución, monta en la cabalgadura y desaparece como sombra.

Corre con la vehemencia del vértigo, el sombrero se le cae pero no se detiene, y a toda rienda no descansa hasta que llega a San Miguel el Grande.

No se encontraba ahí el Capitán Allende, pero no por eso se desanima.

Va en busca del Capitán Aldama a quien comunica lo que está sucediendo, y este patriota, sin detenerse un momento, acompaña a Pérez y parten a todo correr, consiguiendo llegar después de una larga y penosa marcha, ya en la noche, a la habitación del Señor Cura Hidalgo y Costilla.

No se detiene, y con la precipitación que el caso exige penetra al interior, encontrándose ahí al Caudillo, rodeado de algunas personas, entre las que se encontraba el Capitán Allende.

El Alcaide Pérez, que todavía iba sin sombrero, da al señor Cura la contraseña: "Hidalgo, se pasa el correo y son perdidas las Indias."

Hidalgo en el acto deposita toda su confianza en el emisario, porque realmente lo envía Doña Josefa, disponiéndose a oír la nueva fatal.

Enterado del suceso no se inmuta, y dispuesto como está a pasar por las circunstancias más amargas que se vayan presentando, dice a todos los presentes que lo rodean: "Somos perdidos, y no nos queda aquí más remedio que ir a tomar enemigos."

Y saltando por una ventana, se lanzó a la lucha que en breve había de conducirle a un martirio glorioso.

En cuanto a los delatores, están sintiendo aún el eternal castigo de los réprobos, porque todavía los está señalando el dedo de la justiciera historia.

## V.

Mientras ese torbellino de acontecimientos se precipitaba como las primeras aspiraciones de la vida independiente, en fuerza de una presión constante y secular, en la ciudad de Querétaro se efectuaron muchos arrestos acompañados de las crueldades consiguientes.

El ojo avisor de la pesquisa peninsular bien pronto se enteró de toda la labor de los patriotas, llegando a comprender cómo el descontento general había echado profundas raíces en la popular conciencia, y que a la postre, no existiría poder humano que llegase a enfrentarlo, pues que después consiguió salir victorioso de una lucha homérica de once años.

Entonces se puso en claro que el Corregidor Don Miguel Domínguez se encontraba de acuerdo con los conjurados, mandándosele preso al convento de San Francisco.

Igualmente tomó cuerpo una noticia más sorprendente todavía: la de que su esposa Doña Josefa Ortiz de Domínguez, había sido uno de los factores más importantes de la conjuración descubierta, levantando en todas partes el espíritu público y procurando en toda hora como firme vestal sostener vivo el santo fuego de la Patria, así es que, por sus excepcionales dotes, se le consideró uno de los elementos más peligrosos en contra de la causa del realismo, por cuyo motivo, y con todo y ser una distinguida dama de la sociedad, se le mandó arrestada al convento de Santa Clara.

Mas ¿quién era aquella singular mujer, que sin más fe que la que dá una justa causa, no teme la terrible sacudida de un trono sostenido por la ferrea tradición de los siglos, de un trono que tiene para su sostenimiento sobre el orbe las fuerzas acumuladas de generaciones y más generaciones, que procura con solo esa fe y su personal denuedo, salvar a la naciente Patria mexicana, las vidas de un puñado de sus mejores hijos en quienes depositara todas sus esperanzas, y los pocos elementos con que cuenta la misma Patria para retar y vencer al formidable león de Castilla?

La notable Corregidora Doña Josefa Ortiz de Domínguez, nacida en México, era de origen humilde.

Una familia de buena posición social y pecuniaria la amparó desde sus primeros años, y la señorita Ortiz, con su inteligencia despejada y marcadas tendencias al mérito, supo despertar en su favor desde su tierna juventud tal cúmulo de cariño y consideraciones, que todas las personas que la conocían le profesaban las simpatías mayores, al grado de que en la casa donde se formaba viesan en ella la más valiosa joya de la familia.

Entre los miembros de ésta había varias señoritas que tanto por su buen trato social y fina educación, como por su belleza y acopio de fortuna, eran cortejadas con asiduidad por lo más selecto de los jóvenes de aquella época.

Por entonces Don Miguel Domínguez era un mancebo de muchas esperanzas a causa de la brillantez de su carrera literaria que estaba desarrollando.

Fué presentado a la repetida familia, y todos creían que dirigía sus afectuosas inclinaciones a una de las expresadas señoritas, razón por la que era recibido con sumo agasajo y sobra de mimo; pero al ser un joven desinteresado, de sentimientos puros y sinceros y apreciador de las verdaderas cualidades que forman la dicha de un nuevo hogar, prefirió por compañera de su existencia a la joven recogida, a la pobre que no llevaba a su nuevo estado más tesoro que el de sus virtudes, acumulado por la Providencia en su extraordinario corazón.

Cuando ya la juvenil pareja se presentó en la vida real, Don Miguel Do-

mínguez pasó a Querétaro a prestar sus servicios, desempeñando con notable acierto el cargo de Corregidor, tanto en lo judicial como en lo político y administrativo, hasta el momento en que la historia se ocupa de su personalidad.

La Corregidora poseía las más raras dotes, uniendo a su instrucción poco común una firmeza de caracter incontrastable, así es que, por la superioridad de su genio, ejercía el mayor ascendiente sobre su esposo el Señor Domínguez, de lo que resultaba que éste la consultaba en los más delicados negocios de su cargo, siendo ella su mejor consejera.

Cuando se le mandó presa al convento de Santa Clara, no perdió ni el valor ni la serenidad, y aprovechando todas las oportunidades que se le presentaban, expresaba que jamás se arrepentiría de haber trabajado por la libertad de su tierra natal, y que estaba dispuesta a sacrificar hasta su vida por contemplarla próspera y feliz.

De esa suerte, procuraba sin ambaje desde el interior de su calabozo, reanimar el sentimiento de los americanos que se sentían desfallecer, exhortando a otros a que despertasen a la vida del civismo, para que empleasen sus energías en favor del porvenir de México.

Los peninsulares comprendieron que con temples como el de la señora Ortiz de Domínguez no podían combatir, y fué trasladada a la Capital del Virreinato, sufriendo por algunos años varias prisiones, la primera en el Colegio de las Vizcaínas, siendo también amenazada seriamente su persona con los horrores de la Inquisición, y teniendo que sufrir esas penalidades hasta que se consumó la Independencia.

No valieron en contra de la entereza de sus principios, ni ofrecimientos de fortuna, ni promesas de honores, ni la privación de lo más indispensable para la vida, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte.

Todo lo supo soportar la heroína con la fe y el valor de que no habría sido capaz el ánimo más varonil.

Años y años corrieron y al fin cambiaron las cosas.

El pueblo mexicano con el apoyo de la verdad y de la justicia consiguió romper sus cadenas, derribando como consecuencia el secular edificio que levantara la tiranía.

La Corregidora, como la más ilustre mexicana de su tiempo, en todos los ámbitos de Anahuac, tuvo la feliz suerte de contemplar realizados sus más fervientes anhelos.

Sus coetaneos la presentaban como el modelo más inmaculado de civismo y admiraban a porfía sus sacrificios y abnegación.

Por eso ella al bajar a la tumba, llevó en su conciencia grabado como con caracteres indelebles de diamante, el sentimiento purísimo de que su memoria viviría mientras existiesen mexicanos agradecidos sobre la tierra.

Murió el año de mil ochocientos veintinueve, y sus restos como un recuerdo grato se conservan en la ciudad de Querétaro, teatro de sus más excelsos timbres.

Mas como por la flaca naturaleza humana todo lo mundano es perecedero y pronto lo destruye la carcoma del tiempo, en bien de una gloriosa y merecida remembranza, la posteridad ha levantado a la insigne Corregidora una estatua en la plazuela de Santo Domingo, de la ciudad de México.

En el Palacio Municipal de Querétaro se encuentra la inscripción siguiente:

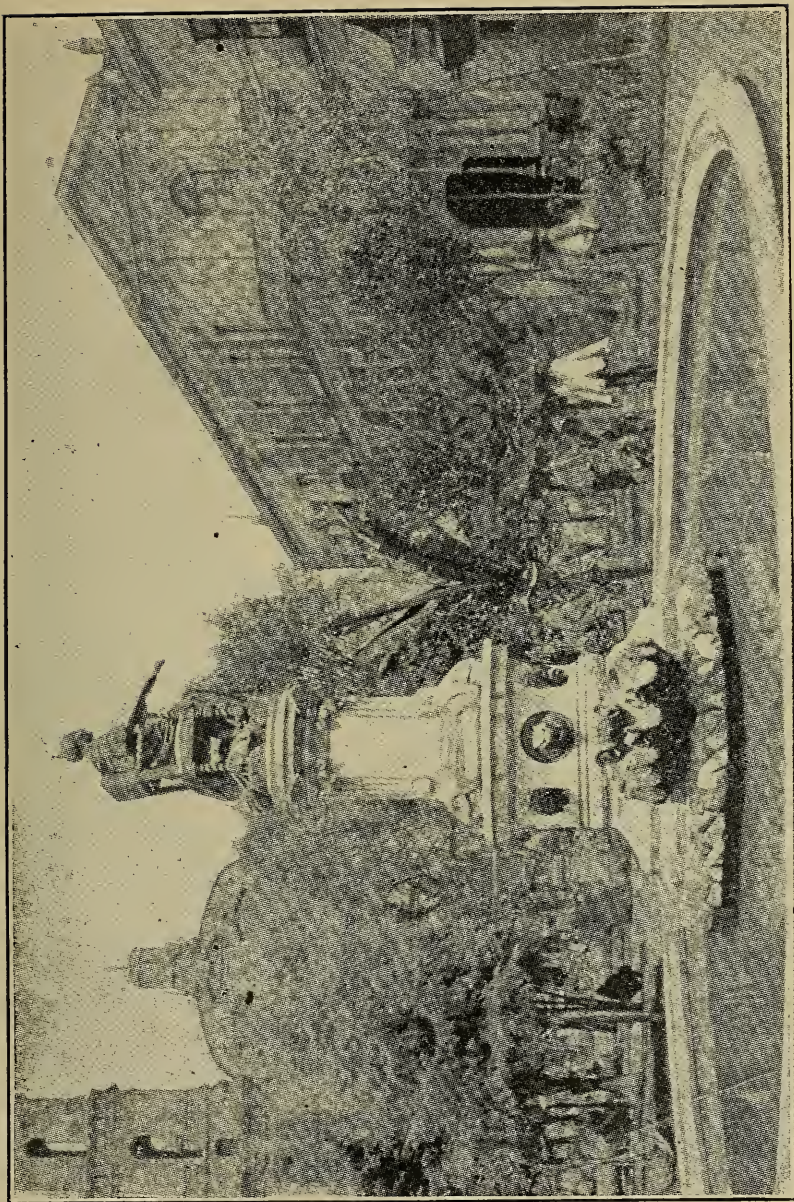
*“En este palacio habitó la distinguida heroína Josefa Ortiz de Domínguez.”*

*“Desde él, dando aviso oportuno al patriota Ignacio Allende apresuró la Independencia Nacional haciendo se distinguiera en la obscuridad de los tiempos y brillara en la historia de México la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810.”*

Por último la H. Legislatura del Estado de Querétaro, mandó esculpir en el salón de sus sesiones, el nombre de la denodada Corregidora, con letras de oro.







Estatua de la Corregidora en la Plazuela de Santo Domingo, de la Ciudad de México.







## Doña Josefa Alvarez Prendis de Royo.

### I.

Son bien conocidos los sombríos y tristes acontecimientos desarrollados por la traición del ex-Administrador de Correos de Durango, Don Ignacio Elizondo, en las apartadas Norias de Baján.

A consecuencia de ellos, los más importantes prisioneros insurgentes fueron conducidos hasta la Hacienda de la Cadena, de la región de Mapimí, de donde a unos los remitieron a la ciudad de Chihuahua y a otros a la de Durango, en cuyas poblaciones a la mayor parte de ellos se les aplicó, por causa de insurrección, el último suplicio.

Los prisioneros conducidos a Durango fueron llevados a este lugar, porque siendo sacerdotes, al encontrarse ahí el Obispo Ilmo. Don Francisco Gabriel de Olivares y Benito, se abreviaría el proceso con la pronta degradación, y luego se ejecutaría la ya señalada pena de muerte.

Pero ese Ilmo. prelado estuvo siempre amparando las vidas de esos infortunados sacerdotes, dilatando la degradación anhelada por el realismo; mas parece que la fatalidad pesaba sobre ellos, porque su protector bajó a la tumba, llegando pocos días después el trágico suceso.

Entre los sacerdotes prisioneros figuraba el clérigo Don Ignacio Hidalgo Muñoz, que generalmente es considerado como sobrino del Caudillo de Dolores.

Ese sacerdote estuvo a punto de recobrar su libertad debido a las abnegadas gestiones de una dama duranguense, Doña Josefa Alvarez Prendis de Royo, decidida partidaria de la causa americana, y a quien no amedrentaron ni las privaciones, ni los arrestos, ni las molestias consiguientes.

Con motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia Mexicana, en Durango vieron sobre el particular la luz pública los curiosos datos que van a continuación:

## II

“Preso el señor Don Ignacio Hidalgo en las Norias de Baján, fué conducido a esta ciudad (Durango) en unión de otros prisioneros, y encerrados en la cárcel de que era Alcaide Don Onofre Hernández, excelente patriota y partidario acérrimo de los insurgentes.

“La señora Doña María Alvarez Prendis, esposa del entonces Secretario del Gobierno de Durango, Don José Ramón Royo de Iberri, tenía grandes simpatías por la causa de la Independencia, a la que había prestado ya algunos servicios, y desde luego consiguió entenderse con el Alcaide Hernández, concertando con él la fuga del señor Hidalgo, que convenientemente preparada se efectuó entre siete y ocho de la noche del 23 de Septiembre de 1811.

“A ese efecto, el señor Hidalgo deshizo el colchón de su cama, se envolvió con la funda de éste, y acompañado del alcaide, haciéndose pasar por uno de los individuos de la guardia, salió de la cárcel por una puerta excusada y se unió a un mozo llamado Florencio, de todas las confianzas de la señora Royo, que lo esperaba fuera y lo condujo a la casa de ésta, a donde llegaron; a la sazón se encontraba de visita Don Angel de Pinilla Pérez, auditor interino de guerra en la Provincia de Nueva Vizcaya, cuya capital era Durango.

“Al entrar el señor Hidalgo al zaguán de la casa, que es la misma que ahora existe marcada con el No. 11 de la Segunda calle Mayor (hoy calle 20 de Noviembre) pasaba por dicho zaguán una hija de la señora de Royo, y al ver al señor Hidalgo envuelto en la funda del colchón, lo tomó por un aparecido, según dijo después, y asustada dió un gran grito y cayó desmayada. Con este motivo se produjo alguna alarma en la casa, sin que bastaran los esfuerzos que hizo la señora de Royo para que pasara inadvertida por el visitante Pinilla Pérez.

“En medio de esta confusión el criado Florencio aconsejó rápidamente al fugitivo se ocultase en la acequia que pasaba y aún pasa por el costado poniente de la casa, lo que hizo luego, permaneciendo ahí muy poco tiempo, pues en seguida Florencio fué a abrir la puerta del baño que estaba situada en dicho costado y por la que introdujo al señor Hidalgo, conduciéndolo hasta la huerta, donde lo ocultó en un sótano preparado al efecto.

“En estos momentos Pinilla Pérez, que aún permanecía de visita, recibió la noticia de haberse fugado el señor Hidalgo, y como conociere de antemano la adhesión de la señora de Royo a la causa insurgente y no olvidando el trastorno habido poco antes en aquella casa, tuvo la sospecha de que ahí se encontraba el fugitivo protegido de la señora de Royo; hizo que se pusiese presa e incomunicada en su recámara a dicha señora y que se practicase un minucioso reconocimiento en la casa, reconocimiento infructuoso, pues no se encontró al que se buscaba.

“La señora de Royo, a causa de su incomunicación, quedó inhabilitada de entenderse directamente con el señor Hidalgo; pero como la incomunicación no rezaba con sus pequeños hijos, eligió de entre ellos a una niña, por medio de la cual se comunicó con su protegido. Este, inquieto por la alarma que su presencia produjo, no se creyó seguro en su escondite, temeroso de ser descubierto de un momento a otro, y resolvió salir antes de ahí, haciendo saber tal resolución a su protectora, quien no pudiendo convencerlo de que ahí estaba más seguro que en cualquiera otra parte, le envió tres-

cientos pesos para sus gastos de viaje y un anillo de brillantes, y a sus criados Florencio y una anciana de toda su confianza, cuyo nombre nos ha sido imposible averiguar, así como el apellido de Florencio, para que lo condujesen a la Hacienda de la Sanmartina, muy próxima a la ciudad, propiedad del señor Ryo, a cuyo administrador, que conocía mucho el anillo de brillantes, debía mostrarle éste, a fin de que se pusiese a sus órdenes y le proporcionase cuantos más elementos le fuesen necesarios para escapar de sus perseguidores.

“Llegada la noche del veinticinco de Septiembre del citado año de mil ochocientos once, el señor Hidalgo, acompañado de los dos sirvientes, salió de la casa de su protectora y se dirigió a la Sanmartina; pero a causa de la vigilancia de la guardia española situada en la garita del oriente, por la que debían salir para su destino, no pudieron pasar y se dirigieron entonces a la del norte, que pasaron sin contratiempo, hasta llegar al Cerro del Mercado, donde pasaron la noche en una cueva con el propósito de continuar al día siguiente su camino.

“El señor Hidalgo quiso continuar su camino al amanecer del día veintiséis; pero los criados le hicieron ver los grandes inconvenientes que traía consigo el caminar de día, y él pronto cedió a los dos sirvientes; pero al medio día, no pudiendo ya contener su impaciencia, abandonó a los criados y se dirigió al rancho de Morga, que es el que existe actualmente con el mismo nombre, a las orillas de esta población. Una vez en ese rancho se dirigió a las casas de los peones solicitando le vendiesen un caballo a cualquier precio y alguno de los peones lo condujo ante el dueño del rancho, que lo era un mexicano de apellido Morga, y cuyo nombre no nos ha sido posible averiguar. Este, al oír las pretensiones del comprador, sospechó tal vez por su aspecto, por el interés que tenía en adquirir el caballo, o por cualquiera otra circunstancia, que pudiese ser el prisionero Hidalgo, y se ingenió de tal modo que consiguió al fin que éste le confiase quién era. Entonces Morga le habló del riesgo que corría si era conocido y aprehendido, lo hizo subir al piso superior de la casa y lo instaló en un cuarto, diciéndole que podía permanecer ahí mientras iba a llevarle el caballo. Pero lejos de hacer lo que había ofrecido, el traidor Morga vino a esta población y denunció al señor Hidalgo, que fué aprehendido en el rancho dicho la tarde de ese mismo día. Morga obtuvo en pago de su infamia los trescientos pesos que el señor Hidalgo había recibido de la señora de Ryo y que le fueron recogidos al reaprehendersele. En cuanto al anillo de brillantes lo ocultó en la boca en los momentos de su reaprehensión, y después en la cárcel lo tuvo también oculto hasta que encontró una persona de confianza para devolverlo a la señora de Ryo; esta persona fué un hijo de la misma señora llamado Don Mariano de Ryo.

“Un amigo nuestro (Don Justino Herrera) posee este anillo y nos lo ha mostrado ultimamente.

“Por fin, a las nueve de la mañana del diecisiete de Junio de mil ochocientos doce, fué fusilado el señor Ignacio Hidalgo, en unión del presbítero Don Mariano Balleza y de los religiosos Fray Carlos Medina, Fray Bernardo Conde, Fray Ignacio Jiménez y Fray Pedro Bustamante, en el punto conocido actualmente por Cuesta de la Cruz.”







## Doña Josefa Taboada de Abasolo.

### I

Vamos a presentar una historia impresionable por mil títulos, una historia triste y melancólica porque muestra en sus protagonistas la dicha con todos sus esplendores, con todos sus ensueños, las ilusiones con todos sus atractivos; pero después el paisaje color de rosa en que se destaca la felicidad y el bien, lo transfigura un hado fatal, colocando al lado de la dicha la desgracia y junto a la bondad el cruento mal.

Esa historia es la de dos jóvenes distinguidos que se idolatraban con la fe y el entusiasmo del primer amor, de dos jóvenes de la buena sociedad mexicana, que poseedores de grandes riquezas, jamás se figuraron que su pasión les llevaría largas y difíciles horas de penas que servirían para templar sus almas en el crisol de las vicisitudes.

Nosotros hemos visto en la historia de la heroicidad de las mujeres, casos muy parecidos al de que vamos a ocuparnos, como los de Madamas de la Fort, Davaux y Claviere, pero ninguno de ellos es tan conmovedor por la abnegación, constancia en el cumplimiento del deber, idealidad en el amor y resignación en el sufrimiento.

Vamos al asunto.

### II.

Había en México dos familias criollas, nobles y ricas, que gozaban de la estimación pública por sus bellas cualidades y elevada representación social. La una era la familia Abasolo, la otra la familia Taboada.

La una cifraba todas sus esperanzas para el futuro en el joven Don Mariano; la otra depositaba todas sus ilusiones en la bellísima señorita Doña Josefa.

Aquellos dos apuestos mozos se conocieron y desde aquel instante se amaron.

Su pasión amorosa fué conocida de sus padres, y éstos bendijeron al cie-

le, porque con un vínculo tan puro conocieron que llegaría un momento en que más y más se estrecharían sus relaciones. Ese fué el origen del idilio afectuoso que existió entre Don Mariano Abasolo y Doña Josefa Taboada, conocida también en la historia con el nombre de Doña Manuela Rojas Taboada.

Pero el genio del mal que tanto se complace en arrojar ponzoña sobre la felicidad humana, hizo que en aquellos días empezaran a desarrollarse las pasiones políticas sobre el suelo de la Nueva España, al grado de comenzar la intervención armada con los más cruentos horrores.

Don Mariano, como patriota que era y perteneciendo a la clase consciente de los criollos, no vió con indiferencia aquella agitación, que entrañaba nada menos que la independencia nacional, contrayendo por ende muy graves compromisos.

Ello le trajo muy serias dificultades que fueron aplazando su enlace con la señorita Taboada; mas como el amor tiene una susceptibilidad y penetración sin límites, la joven trascendió desde luego el origen de la moralidad, y con una prudencia apenas concebible en su edad, con dulces frases y tiernas quejas expuso a Don Mariano sus sospechas.

Este oyó con afabilidad los delicados desahogos de su amante, y no pudiendo ya ocultarle la verdad de las cosas, le reiteró toda la idolatría que le profesaba, pero le manifestó al mismo tiempo, cuán grandes eran los sagrados deberes que tenía para con la Patria.

Entonces aquella joven comprendió con su rara inteligencia, de cuánto peso eran las consideraciones que le acababa de esbozar Don Mariano, y sin dejar de decirle cuán peligrosa era la empresa en que se había metido, procediendo a desbordar toda la grandeza que abrigaba en su pecho, concluyó por repetirle sus juramentos de amor, manifestándole que su enlace proyectado deberían verificarlo cuanto antes, y le exigió la promesa solemne, en prueba de su adoración, de permitirle acompañarlo a todas partes para velar por su seguridad, porque estaba dispuesta a dar por él mil vidas si las tuviese.

Aquel matrimonio se realizó, empezando para los nuevos consortes la triste faz de una angustiosa existencia.

### III.

Iniciada la revolución de Independencia, Don Mariano Abasolo se lanzó a la lucha acompañado siempre de su esposa Doña Josefa; mas como pasada la primera exaltación del entusiasmo de los pueblos, fué a menos la revolución, ya por el consiguiente desprestigio que los excesos imprimieron al movimiento insurreccional, ya porque los realistas habían logrado reparar sus pérdidas con la superioridad de su organización militar, los caudillos americanos se vieron en la precisión de dirigirse hacia los Estados Unidos del Norte; pero fueron sorprendidos y reducidos a prisión en las Norias de Baján por la traición de Don Ignacio Elizondo.

El Gral. Abasolo fué uno de los aprehendidos.

Se le condujo a Chihuahua, y ahí, el Comandante Militar de las Provincias Internas, e Intendente y Gral. Don Nemesio Salcedo y Salcedo, lo consignó para que le instruyese el correspondiente proceso, al Alférez de la Guardia Española Don Angel Avella, un asturiano de origen que había

sido Administrador de Correos en Zacatecas y que era muy entendido en la formación de causas criminales.

El resultado de ese proceso no se hizo esperar y el Gral. Abasolo fué condenado a la pena de muerte.

Como su esposa la señora Taboada comprendiese por el encono que se tenía en Chihuahua en contra de los insurgentes, que aquel corría grave e inminente riesgo de perder la existencia, se armó de una gran resolución, dirigiéndose al dicho Gral. Salcedo y Salcedo, en solicitud de amparo para con su consorte.

En un principio el jefe realista apenas recibió a la señora de Abasolo casi sin escucharla; pero ella con sus esfuerzos supo despertar tal interés, que al fin el señor Salcedo y Salcedo se sintió impresionado.

El Comandante General pidió informe al Juez de la causa Sr. Alférez Avella, y rendido, resultó de él, que el Gral. Abasolo había abrazado la revolución por mero compromiso, que nunca había tenido mando efectivo en las fuerzas insurgentes, que cuando éstas ocuparon a Guadalajara, el Sr. Abasolo se portó con sobra de humanidad, salvando la vida a más de cien españoles, condenados a la muerte más segura, porque penetraba a las prisiones y privado del alto puesto que tenía al lado del señor Hidalgo y Costilla, al salir sacaba a los peninsulares, sin que las guardias le objetasen cosa alguna, haciendo luego que dichos peninsulares quedasen en plena libertad; por último, que cuando el Gral. Abasolo se encontraba en el Saltillo, dirigió una carta a Guadalajara al Brigadier Don Felix María Calleja del Rey, solicitando lo indultase.

Justiciero el señor Comandante General, halló de peso las razones expuestas por la señora Taboada en favor de su esposo y mandó se suspendiese la ejecución de la sentencia de muerte, mientras el Virrey Don Francisco Javier Venegas disponía lo que debería hacerse en definitiva.

La señora de Taboada se animó con aquel primer resultado, y recabando los documentos correspondientes, resolvió sin pérdida de tiempo encaminarse a Guadalajara, a fin de hablar con el Sr. Calleja del Rey, quien si era amante de la verdad, debería ministrarle datos importantísimos para la salvación de la existencia de su esposo.

No le importan las penalidades de una travesía tan peligrosa, ni que tenga que atravesar más de doscientas leguas, unas veces a pie, otras a caballo y en ocasiones en carretón o en burro.

Atravesó primero el desierto de Mapimí, de la Nueva Vizcaya, plagado de los indios salvajes de las tribus comanches, apaches y tarahumaras, dedicados exclusivamente a robar y asesinar a los viajeros.

Luego penetró en la nueva Galicia, llena aún con la actividad del bandolerismo y de sus horrores, consiguiendo al fin llegar sana y salva a la ciudad de Guadalajara.

Ahí el Sr. Brigadier Calleja del Rey la recibió con frialdad y aún con desprecio en atención a su fanatismo político; pero no pudo menos que mandar se recabasen los informes que de él se solicitaron; y como el lenguaje de la señora Taboada era siempre conmovedor, aquel concluyó por interesarse en favor de la distinguida dama que con tanta abnegación exponía su vida en defensa de su sagrado ministerio de noble esposa.

De los datos recogidos resultó que efectivamente el Gral. Abasolo cuando estuvo en Guadalajara salvó la existencia de muchos españoles sujetos



al furor del terrible bandido Marroquín, y era cierto había solicitado al vencedor de Calderón, le concediese la gracia del indulto real ofrecido.

La señora Taboada llegó bien a la capital de la Nueva España, y corrió en seguida a echarse a los pies del Virrey señor Venegas, quién por algunos días estuvo inflexible sosteniendo la sentencia de muerte; mas al cabo se compadeció de los lamentos de aquella suplicante, otorgándole su clemencia. ¡Mas qué clemencia!

Al Gral. Abasolo se le conmutó la sentencia perdonándosele la vida; pero en cambio, se le condenó a prisión perpetua, desterrado de su tierra natal Nueva España. Se le condenó a los horrores de la pobreza confiscándosele todos sus bienes; por último se le llenó el rostro de oprobio y de baldón, no sólo a él sino a toda su descendencia, con la nota de infamia por traidor a su Rey.

#### IV.

Con aquel nuevo resultado, la desventurada señora Taboada comprendió que su esposo corría grave peligro al ser trasladado de Chihuahua a la ciudad de México, porque en el camino podía ser sacrificado por el ciego furor realista.

Entonces con actividad suprema corrió a la primera de dichas poblaciones, consiguiendo llegar a ella antes que los pliegos del Virrey.

La excepcional Sra. Taboada de Abasolo tenía los sentimientos más generosos, sin importarle el que se tratase de amigos o enemigos y sin interesarle tampoco las circunstancias difíciles porque atravezaba, como lo demuestra el hecho siguiente:

La ejemplar dama por aquella sazón estuvo en el pueblo de Dolores arreglando algunos asuntos referentes al destierro de su esposo. Entonces ocupó el lugar una partida de insurgentes que cegados por la pasión política cometieron toda clase de crueldades y horrores, cayendo en poder de ellos algunos realistas a los que se les esperaba una muerte segura.

La Sra. Taboada de Abasolo, guiada por sus sentimientos humanitarios se empeñó en salvar la vida a los prisioneros y a pesar de que se encontraba su fortuna casi agotada, dió por la existencia y la libertad del Capitán Don José Mariano Ferrer dos mil pesos tan solo en consideración a que era hermano del abnegado mártir Lic. Ferrer, y por las de otros servidores del Rey otras cantidades de menor importancia.

Cuando fué el momento oportuno, partió sirviendo de escudo al Gral. Abasolo, hasta que llegaron entre la brutal soldadesca a la población de México.

De ahí se llevó al condenado a Veracruz para ser conducido a su destino.

La señora Taboada, triste porque no había conseguido la completa libertad de su esposo, pero resignada con la esperanza de futuras gestiones ante el mismo Monarca de las Españas, o bien ante sus Cortes o Juntas Soberanas, lo fué siguiendo hasta ese puerto insalubre, sin llevar más compañía que su pequeño hijo Rafael.

Era su más vehemente empeño el seguir a su consorte hasta el fin de la tierra; pero le faltaban ya los recursos, porque la despiadada confiscación virreinal le dejaba sentir ya sus horrores.

Mas no por ello se desespera: recuerda haber salvado de la rapacidad de los confiscadores, un cofrecito que contiene algunas de sus joyas,

recuerdos de sus mejores días: corre al capitán del buque que ha de trasportar a su destino al Gral. Abasolo, y lo coloca en sus manos. Así con siguió el pasaje de ella y de su pequeño niño.

La embarcación llegó por fin a Cádiz.

El condenado fué conducido a la fortaleza de Santa Catalina de este puerto, de donde no volvió más a salir con vida.

Fué asegurado entre grillos y encerrado en un calabozo.

Tuvo el tormento de escuchar constantemente a sus rejas los ayes de su esposa y de su hijo.

Sus carceleros eran duros como las rocas de granito, pero a la postre se compadecieron de aquel cuadro desgarrador y permitieron a Doña Josefa y a su hijo, el que pasasen a vivir en la misma prisión del señor Abasolo. ¡Cuánta felicidad sintieron en ello, aunque perdiesen la luz del sol!

El ajusticiado, ya por la carencia de higiene, ya por su condena de infamia que como fuego le quemaba la faz, ya por la ausencia de la Patria, no tardó largo tiempo en enfermar de triste melancolía.

Lo que más torturaba su espíritu, era el considerar que por sus debilidades políticas, por salvar una frágil existencia que ya se le desprendía del pecho como un vago aliento, sin tener en cuenta que solo tenía que perdurar el severo juicio de la historia entre los suyos, los más exigentes patriotas mexicanos también, como los realistas, lo increpaban de traidor.

La cruel nostalgia lacera de preferencia el corazón del Gral. Abasolo y en breve plazo se le acabó la existencia.....

Por largos días, en el cementerio donde fueron depositados sus restos no se mira sino a su fiel consorte que a diario vá a regar con sus lágrimas la tumba de su bien querido y mal logrado esposo.

Después..... después aquella tumba amparada por los brazos de una modesta cruz de pino, quedó enteramente sola, porque teniendo aquella extraordinaria señora necesidad de repatriarse para cumplir con sus sagrados deberes de madre, se le negó el consuelo de llevar consigo, como deseaba, las cenizas del sér a quien tanto idolatraba.

Pero no quedó solo por completo aquel sepulcro.

Al pie de la insignia redentora estaban constantemente las flores del corazón de la ejemplar esposa, sus cariñosos pensamientos.

Tal fué la admirable Doña Josefa Taboada, que a impulsos de los más heroicos sacrificios, todo lo agotó por alcanzar la salvación del infortunado compañero de su vida, sin haber sabido nunca pedir algo para ella.







## Doña Mariana Rodríguez Toro de Lazarín.

### I

Acontece que durante el estío, el viajero contempla sobre el límpido y tranquilo azul del horizonte, aparecer diáfanas nubecillas que poco a poco se van acumulando.

Luego aquellos blanquísimos vapores van cambiando de color hasta llegar al plomo oscuro, formando en su agitación constante, siluetas caprichosas, o bien monstruos gigantescos que parece se preparan a singular contienda.

La nube colosal sigue creciendo, y sin que a la vista del observador se presente la violencia, presto la misma nube se divide, y entonces aquellos espantables monstruos como si se fraccionasen en dos bandos, cual si rebosasen iras comprimidas, al acechar un momento propicio se preparan a indómita refriega.

Así se muestran tan extrañas vaguedades de la forma, pero llega un instante en que de uno de aquellos nubarrones salta una chispa diminuta.

Una inmensurable serpiente de fuego que todo lo deslumbra se retuerce entre las nubes, sembrando entre ellas el estrépito más atronador.

La atmósfera se agita, se abren las cataratas del cielo, y la tempestad, rodeada por las furias del averno, se lanza sobre la tierra, sin que haya freno que pueda contener su salvaje irritación.

Pues bien: las mismas leyes que rigen el mundo físico, se presentan entre los pueblos mostrando sus similitudes asombrosas.

Acumulados durante siglos horrores y agravios, en el suelo de la Nueva España, bastó la débil agitación de un anciano, el grito de Dolores, para que el edificio que la conquista española levantara sobre nuestra tierra se conmoviese en sus cimientos.

En breves días, turbas de famélicos, desnudos y airados, más numerosos que las nubes de langostas que asolan los campos del Norte Africano, seguían al Sr. Hidalgo y Costilla, llevando por todas partes la devastación y el terror, sin que hubiese poder humano que consiguiese detenerlas.



Van como las ondas embravecidas, respirando el exterminio y la matanza de los europeos, el saqueo de sus hogares y la violación de sus hijas y de sus esposas.

El Generalísimo insurgente camina a su pesar como la paja diminuta que arrebatata el torbellino, y así es como triunfa en San Miguel el Grande, Guanajuato, Valladolid, Las Cruces.

Pletóricos de pavor los ejércitos realistas, apenas pueden comprender lo que está pasando: pero repuestos del primer embate, se descarga la tempestad de las pasiones comprimidas, y a los terribles efectos siguen reacciones iguales y contrarias.

Entonces aparece por el otro bando, como un vengador incontrastable el Brigadier Don Félix María Calleja del Rey, y sin grandes dificultades militares, logra detener aquellas indisciplinadas turbas sedientas de sangre española, vencíendolas en Guanajuato, Aculco y Calderón.

Amedrentados están los pueblos ante aquel desquiciamiento social, los patriotas insurgentes miran con tristeza que su prestigio rueda como fantasmagoría, cayendo a la postre de aquella primera campaña, en Chihuahua, las cabezas de los Sres. Hidalgo y Costilla, Allende, Jiménez y Aldama.

El Cura Don José María Mercado, primero prefiere despeñarse en un abismo que rendirse a sus perseguidores, y todo, todo indica que la agitación noble que ayer se despertara en favor de la Independencia Nacional, hoy se encuentra próxima a sucumbir.

No hay duda ya de la nueva faz que van tomando las cosas, porque en todo el territorio mexicano se destaca la figura del Sr. Calleja del Rey, llevando en una mano su cuchilla ensangrentada y en la otra el amplio perdón para los criollos levantados en armas.

No hay remedio; el indulto llevará a las familias, a los campos y a las ciudades la paz apetecida y será un hecho la restauración de la calma.

Mas todo ello no fué sino una ilusión pasajera.

Se trata únicamente de una tregua en aquella lucha titánica en que solo se conocía la primera etapa.

Cuando despierta la conciencia de un pueblo enardecido ante la reivindicación de sus derechos de soberanía, no se conforma éste con llevar sobre las espaldas el peso de su abyección, no faltando entonces nuevos espíritus que aleccionados con los errores pretéritos, se presenten en el prosencio de la vida real en defensa de los fueros de la libertad y de la justicia.

## II.

Vivía en la población de México por el año de 1813 una familia mexicana de que era jefe Don Manuel Lazarín, Alguacil Mayor de Guerra, siendo su esposa la señora Doña Mariana Rodríguez Toro de Lazarín.

Fieles patriotas como eran los dos consortes, comprendían todos los derechos que amparaban a los pueblos americanos para que aspirasen a tener en la vida de las naciones la soberanía correspondiente a los factores sociológicos.

Así es que esas dos personas recibieron un gran júbilo cuando tuvieron la feliz nueva del grito de Dolores, y a diario dirigían sinceros votos al Dios que rige la formación de los Estados libres, porque mirase con ojos de piedad, la labor que entrañara la gestación y alumbramiento de México.

Pero algunos meses después, en la Capital del Virreinato se recibió la desastrosa noticia de que los primeros caudillos insurgentes, habían sido hechos prisioneros por una infame traición, y mientras las campanas de la ciudad se echaban a todo vuelo, los esposos Lazarín cubrían de luto sus corazones.

Como personas de buen trato social, en su hogar reunían un gran número de amigos, que como ellos comulgaban con las ideas de independencia, de suerte que en todas esas reuniones, no se trataba de otra cosa sino de que cuanto antes se viese la Patria libre y feliz, acabando siempre su plática Doña Mariana, con que muerto el Sr. Hidalgo y sus demás compañeros, era una vergüenza para la generación existente, no hubiese ya hombres capaces de tomar las armas en contra de los peninsulares.

Luego hacía fervientes votos porque cuanto antes se encendiese de nuevo el civismo, pues con ello como una consecuencia forzosa tendría que desaparecer la tiránica opresión.

Y tanto habló sobre el particular la señora Rodríguez Toró de Lazarín, que al fin quedó su espíritu enteramente sugestionado con la idea de la emancipación, hallándose en lo personal dispuesta a la realización de los mayores sacrificios.

Ella entonces con el mayor entusiasmo propuso a sus amigos llevar a cabo una conjuración, cuyo principal objetivo era apoderarse de la persona del Virrey señor Venegas, en el paseo de la Viga, a donde tenía costumbre de ir diariamente, apoderándose así del gobierno, y darle de este modo la forma correspondiente a las aspiraciones de la mayoría de los habitantes de Nueva España.

Todos aquellos contertulianos acogieron la idea con alborozo, quedando la señora de Lazarín como directora y principal consejera de gestión tan arriesgada.

Ella por su lado tomando el asunto con toda actividad, no se conformó con meras conferencias, sino que empezó a trabajar, relacionándose con los jefes y oficiales del campamento que el Virrey tenía listo para salir a combate a la menor indicación en el Paseo Nuevo de la citada Capital.

Sus esfuerzos no resultaron vanos, porque consiguió después de muchas y muy delicadas entrevistas, que no pocos de aquellos oficiales le ofreciesen su cooperación y el de las tropas de sus mandos; pero una vez más la fatalidad, valiéndose de la negra traición, echó por tierra todo lo hasta ahí adelantado.

La señora Rodríguez Toro de Lazarín fué delatada, y el veintinueve de abril de mil ochocientos once se le condujo presa a la cárcel de Corte.

Ya se comprenderá cuál tendría que ser la amarga suerte que se esperaba a aquella abnegada patriota.

Entregado como estaba el edificio del Gobierno Español a los embates de la oposición política, ocurría a los medios del rigor extremo, que siempre hacen valer los gobiernos próximos a desaparecer, habiendo por ello organizado una Junta de Seguridad, compuesta de los realistas más exaltados e inquisitoriales, que se ocupaban de enrojecer con sangre todos los ensueños de libertad.

La señora de Lazarín fué consignada a esa Junta, teniendo que sufrir como comienzo de su sacrificio una terrible incomunicación de siete meses.

Era Presidente de esa Junta, el Oidor Bataller, y ya se comprenderá por qué consideraciones había alcanzado el primer lugar.

La procesada quedó sujeta a cuantas incomodidades pueden imaginarse: disminución de alimentos, y los que se le daban eran de la peor calidad; casi se le privó del aire y de la luz; se desarrolló con ella un especial refinamiento de crueldad sacándola a declarar al peso de media noche en los instantes en que se verificaban los fusilamientos pendientes que nunca faltaban.

Por último, permanecía firme como el hombre más valeroso, sin que delataste a sus compañeros con todo y las despiadadas amenazas de muerte.

Uno a uno de los complicados en el proceso de conjuración fué confesando, y después de los correspondientes careos, cuando comprendió que ya era ineficaz su silencio, dijo a su juez: "Puesto que los nenes no han tenido carácter, es inútil que guarde silencio: es cierto lo que ellos confiesan."

Ya se conocerá por lo expuesto cuál tenía que ser el final de aquel enjuiciamiento, condenándose a la inculpada a una prisión de muchos años.

Una ramificación de los planes de la señora de Lazarín fué descubierta al Virrey señor Venegas, la noche del dos de agosto de mil ochocientos once, por Don Cristóbal Morante.

La mañana del veintinueve de ese mes, por conjuración en contra de la persona del Virrey Don Francisco Javier Venegas, en la plazuela de Mixcalco de la ciudad de México, fueron ejecutados como reos de distinción con la pena del suplicio de garrote los criollos guadalupes, o sea partidarios de la causa insurgente, Lic. Don Antonio Ferrer, cuya cabeza pedían por ser letrado los chaquetas o criollos partidarios de la causa realista, y el cabo Don Ignacio Castaños.

En el mismo acto y por el propio cargo fueron ahorcados el militar Don José María Ayala, Don Félix Pineda, Don José María González y Don Antonio Rodríguez Dongo, en cuya casa se verificaban juntas de conspiradores, perteneciendo a la familia de este ajusticiado Doña Mariana Rodríguez Toro de Lazarín.

Esas condenas nada importan al valor y constancia de dicha señora.

En el interior de su encierro continuó haciendo presente a todos los que del gobierno se le acercaban, el glorioso porvenir que se esperaba a México con el triunfo de los principios independientes, exhortando a los carceleros a que abandonasen el servicio realista que no les daba ni fortuna, ni prez, ni honor.

Con esa conducta, que fué, si se quiere imprudente, pero digna de estimación, los sicarios del realismo comprendieron cuán peligroso era el contacto de aquella mujer, y fué conducida a una celda más aislada, en un patio más interior y más apartado del roce humano.

A más del encierro que presenta el calabozo, la ajusticiada se encuentra sujeta por grillos que apenas le conceden un corto espacio para moverse, sosteniéndole seguramente la vida la esperanza que en el porvenir le inspira la Divinidad.

Dentro de aquella mazmorra difícilmente penetraba la luz.

Apenas se oían por la claraboya del techo los gritos de los pájaros salvajes, que eran más dichosos que ella porque no se encontraban privados de la libertad.

Levemente llegaba al fondo de su prisión el rugido de la tempestad que

abate los rudos elementos de la naturaleza, sintiendo que las más delicadas fibras de su pecho vibraban con una tensión próxima al rompimiento.

Y aquella prolongada noche continuaba precipitándose sobre el inmensurable abismo de la eternidad.

Y así transcurrieron cerca de diez años, hasta que una mañana de mil ochocientos veinte, en que la heroína languidecía de muerte, oyó en el patio ruido como de hombres armados.

Era una centena de soldados que llegó hasta su puerta, viejos soldados del realismo que simpatizaban ya con las ideas modernas, y sin esperar por la ansiedad la llegada del llavero, rompieron el cerrojo y con impulso estrepitoso penetraron hasta el fondo de la prisión.

Acercándose entonces el jefe a aquella infortunada víctima le rompió las cadenas que la ligaban, y conmovido le dijo: "Señora: recobrad vuestros derechos. Ya sois libre, y pronto México será libre también."









## Doña María Tomasa Esteves y Salas.

### I

Son bien conocidos por los anales de la historia, los duros acontecimientos verificados en los primeros días de la Independencia Mexicana.

Ocurridos los primeros combates de San Miguel el Grande, Guanajuato, Valladolid y Las Cruces, a causa de los inconcebibles desmanes que se desarrollaron por parte de los insurgentes, empezó una reacción realista, que bien pronto puso a los peninsulares en condiciones de tomar la ofensiva.

Entonces fué cuando en Zacatecas, el Conde de la Cadena, Don Manuel Flon, levantó un cuerpo de tropas, con hombres decididos, bien asalariados y que imbuidos en el arte militar, sus ginetes en defensa del Rey, bien pronto fueron el terror de los patriotas.

El Conde de la Cadena tomó una participación muy activa con su incontrastable caballería en el memorable hecho de armas del Puente de Calderón, pues fué segundo en jefe, pero ese realista fué herido de gravedad y sucumbió.

Ese noble personaje tenía un hijo a quien pudo profundamente la trágica muerte del autor de sus días, y como en su corazón se abrigasen las más airadas pasiones, juró vengar la muerte de su padre, derramando en cuantas ocasiones se le presentasen la sangre de los patriotas mexicanos, lanzándose a la lucha con furor de Euménida.

Ese era el terrible Coronel Flon!

### II.

En todas partes los insurgentes iban perdiendo terreno, y los realistas a su vez iban recuperando las más importantes plazas de Nueva España.

Salamanca, hermosa población de la Provincia de Guanajuato, situada a las orillas del caudaloso Lerma, fué evacuada por los americanos.

Los realistas a tambor batiente se acercaron a ella, y cuando sus habi-

tantes supieron que el jefe de la columna era el Coronel Flon, se llenaron de terror, porque comprendieron que en el acto iban a empezar los feroces actos de su venganza con que pretendiera hacerse tristemente célebre.

Algunos de esos vecinos abandonaron el caserío, refugiándose en despoblado; otros, confiados en la Providencia, se encerraron en sus hogares, no sin temer que de un instante a otro podrían ser conducidos al fusilamiento o a prestar sus servicios forzados en las filas realistas. La entrada del Coronel Flon se verificó a la caída de la tarde.

Cerradas a remache las puertas de las casas, por suerte nefanda en una de éstas sus moradores dejaron su entrada entreabierta, y al verlo dos de los soldados de la columna, se desprendieron de ella sigilosamente, sin ser notado el hecho ni por los oficiales, ni por los sargentos o cabos.

Ya en el interior aquellos dos desventurados, ocurrieron a la dueña de la casa, la joven de sorprendente hermosura Doña María Tomasa Esteves y Salas, echándose a sus pies y suplicándole encarecidamente los ocultase.

Eran dos mexicanos arrancados del lado de sus pobres familias por la presión de la leva realista, y aunque en el momento no se encontraba en la casa el esposo de dicha joven, al simpatizar ésta con las ideas de independencia y ser partidaria decidida de la causa de los americanos, con alma bondadosa acogió a los desertores.

En vano la madre de Doña María Tomasa le hizo patente el peligro inminente a que se exponía, en vano le manifestó el riesgo con que comprometía a su esposo que en aquel instante se hallaba ausente, en vano hizo valer su ascendiente de madre.

Todo fué inútil.

Ella dijo a la autora de su existencia, que aunque perdiese la vida estaba dispuesta a salvar las de aquellos dos mexicanos víctimas de la tiranía.

Entre tanto, las fuerzas de los realistas se alojaron en sus cuarteles, y como se notase la desaparición de aquellos dos soldados, se dió parte de lo ocurrido al Coronel Flon.

Este ordenó que inmediatamente se practicara un cateo y no fué difícil encontrar a los prófugos.

Llevados a la presencia del coronel juntamente con la señora Esteves, los lastimó duramente y en su cólera mandó que fuesen pasados por las armas.

La noticia cunde con la velocidad del rayo y todos los vecinos se llenan de consternación al saber que será fusilada una persona tan estimada por sus virtudes como Doña María Tomasa.

Su esposo se ofreció con objeto de recibir por ella la muerte, pero nada consiguió.

Los vecinos más caracterizados hicieron valer sus gestiones con el fin de libertar a la condenada, pero todo resultó ineficaz.

El Coronel Flon solo obraba al recuerdo de la muerte de su padre, el Conde de la Cadena.

### III.

Al tercer día se procedió a ejecutar el fatal fusilamiento.

Los dos desertores al ser conducidos a la plaza principal, sitio señalado para el suplicio, perdieron el conocimiento, y hubo necesidad de que en la marcha dos hombres los ayudasen prestándoles su apoyo.

La señora Esteves, serena y con la mirada fija en el cielo, camina con paso firme sin dar a conocer la menor debilidad.

Una vez formado el cuadro, empezó a soplar viento, y como la ajusticiada notase que le descomponía sus vestiduras, pidió unos alfileres con que se las aseguró.

Luego se hincó entre sus dos compañeros y suplicó a los soldados no se le apuntase a la cara.

Los soldados con las lágrimas en los ojos recibieron la orden de fuego y la atroz descarga se dejó escuchar.

Mientras eso sucedía, la madre de la señora Esteves, rodeada de las personas de su familia y de su intimidad, al oír las señales de la ejecución, sin derramar llanto ni exhalar una queja, les dijo que ya era hora de levantar sus preces al Todo Poderoso por el descanso de aquella mártir.

Por su parte el Coronel Flon dispuso que la cabeza de la señora Esteves y Salas fuese cortada de su cuerpo, y traspasada con una escarpia enorme se le afianzó a la extremidad de una viga, colocándosele en la citada plaza principal, para ejemplar de encubridores de insurgentes que aspiraban a tener libertad.

Ahí permaneció por mucho tiempo la cabeza, provocando la admiración y el asombro de cuantos la contemplaban.

Aquella testa hermosa, no presentaba en sus delicadas líneas los duros caracteres de una fusilada, sino la apacible tranquilidad de una excelsa beatitud. Ligeramente pálida, mostraba la tenue calma de un reposado dormir, velado por los cadejos de una abundante y juvenil cabellera, cual si para despertar esperase la solemne hora de la justicia divina.







## Doña Leona Vicario de Quintana Roo.

### I

La notable patriota mexicana Doña Leona Vicario, nació por el año de mil setecientos setenta y nueve, y habiendo muerto sus padres cuando ella se encontraba en su pequeña edad, le dejaron una fortuna de consideración, pasando durante su infancia a vivir a la casa de su tutor el señor Lic. Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador.

Desde sus juveniles años dió a conocer que la naturaleza le había dotado de un talento prodigioso, de una sensibilidad vehemente, de una voluntad irresistible y de una actividad a toda prueba.

Pcseedra de una singular belleza, era virtuosa por complexión, y al mirar de cerca en su tierra natal las durezas y arbitrariedades de los poderosos y las miserias y abyecciones de los oprimidos, dolíanle en el corazón aquellas monstruosidades de la sociedad mexicana, resultado de las meditaciones que sobre el particular le inspiraba su espíritu, que en su fuero interno tomó deslumbrante forma un sentimiento: el amor a la Patria.

Fueron dos los elementos que de un modo especial contribuyeron a aquilatar y dar pureza en su alma a ese sentimiento: la admiración e íntima confianza que profesó a un joven del más esplendente porvenir que comulgara con sus mismas ideas, y las contrariedades que recibió de su tutor, con motivo de que ella, de corazón cándido, sincero y generoso, a nadie ocultaba la verdad y el entusiasmo que sentía en favor de los principios de autonomía e independencia de México, a tiempo que dicho tutor era un realista puro e intransigente, que cuando oía a la señorita Vicario su modo de pensar, terminaba con hacerle recriminaciones mostrándole duro el ceño.

El joven a que nos hemos referido, era un estudiante en derecho, al que tanto maestros como condiscípulos señalaban como una futura gloria nacional, por sus grandes virtudes, su dedicación al trabajo, su apego al orden, su carácter brioso y resuelto y su empeño porque alguna vez llegase México a figurar dignamente en el proscenio de las naciones cultas.



Ese pasante de jurisprudencia fué el Lic. Don Andrés Quintana Roo, quien ya entrado en la vida pública, no pudo menos que abrazar con idolatría la causa de la revolución de mil ochocientos diez, habiendo figurado como Vice-Presidente en el primer Congreso Nacional reunido en Chilpancingo, al hacerse la respectiva Declaración de Independencia.

Continuó prestando sus más importantes servicios al país, siendo para el año de mil ochocientos cuarenta, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y por su labor proba, más tarde se ha inmortalizado su nombre, poniéndose a una de las regiones de la Península Yucateca.

Pues bien: el joven Quintana Roo tuvo la dicha de conocer a la señorita Vicario, y fué tan franca, espontánea y ardiente la simpatía que entre ellos se estableció, que en el acto sus almas quedaron fundidas en una sola, resultando unas relaciones amorosas y decentes, que los llevaron a ofrecerse unión matrimonial en la oportunidad primera.

Los dos prometidos se miraban con frecuencia, y la afabilidad en el trato, las cualidades de la señorita Vicario, la desbordante y pulcra ilustración del joven Quintana Roo, hicieron que aquella profesase a éste tal pasión, que no llegó a pensar sino como él pensaba.

El era el sol que iluminaba y daba vida a su inteligencia; de ahí que al ir a la luz de sus conocimientos se había formado ideas particulares que la conducían a las cumbres de la libertad.

Ella en el estudio y la meditación que se le insinuaban no veía sino infortunios para las multitudes que la rodeaban.

Ella observaba en el pueblo miseria, indigencia, las amenazas que se le hacían con el patíbulo. Miraba a la realeza y los caracteres de su organización asociada con el encomendero que con el látigo pretenden abatir el espíritu nacional, y a sus ojos no se presentan por parte del mismo pueblo sino sacrificios estériles, su cólera enfrenada, su desesperación fustigada, y dominando sobre todo ello el odio y el crimen hacia el opresor.

Si la verdad era uno de sus más hermosos ideales, aborrecía el que la nulificara la opresión.

Si sobre la frente de los ancianos se cernía el hambre, sobre el pecho de los niños la debilidad y la ignorancia, y sobre el corazón de la virgen la prostitución, comprendía cuán ingente era la necesidad de aplicar pronto cauterios a males acumulados durante tres centurias.

Contemplaba hombres que pedían trabajo para sus brazos ociosos, pero que nadie los oía por la expectativa de una latente lucha preparada por el viejo antagonismo.

Contemplaba con repulsión, cómo la animosidad se acumulaba entre las multitudes agobiadas por la pobreza en un suelo pletórico de riquezas naturales, cómo los potentados befaban a las mismas multitudes con lo incógnito del porvenir velado por las sombras del enigma.

Así miraba inútiles los esfuerzos populares, debilitadas las familias de la sociedad, apareciendo al fin la opresión y el desorden.

De todo ello resultaba como una deducción forzosa la desproporción para el necesitado apuntada burlescamente por el dedo del magnate.

Surge entonces en la conciencia de aquella vehemente joven el convencimiento de que el poderoso ha desfigurado los basamentos de la vida social, de la justicia, de la razón y de la verdad.

Y trasciende con la clarividencia de una iluminada, que el verdugo arranca lenguas de cabezas humanas para arrojarlas al fango.

Pero asombrada mira como ellas, cambiando la ruta que se les quiere imponer, se transfiguran en lenguas de fuego que convierten las tinieblas en luz y que anuncian la proximidad de una catástrofe.

Bajo tales impresiones se formó en el corazón de la señorita Vicario el vivificador sentimiento de su patriotismo. Continuemos ahora dando a conocer su existencia excepcional.

## II.

Desde a principios del Siglo XIX, las aspiraciones democráticas y autónomas de Nueva España iban constantemente en aumento, de tal suerte que para Septiembre de mil ochocientos ocho, no había fuerza que pudiese contener el desbordamiento de las pasiones políticas.

Mas como con las medidas absolutistas del poder monárquico no era posible que éste pudiese sostenerse, el Virrey Don José de Iturrigaray fué depuesto y asegurado en una prisión.

Para ese período histórico la señorita Vicario contaba diez y siete años de edad, y como ya tenía pleno conocimiento de las cosas públicas, su espíritu recibió una terrible sacudida al mirar cómo se trataban los asuntos referentes al porvenir de México.

Siguió el tiempo en su vertiginosa carrera y el año de mil ochocientos diez empezó la lucha de Independencia.

La misma señorita no pudo ya contenerse: todos sus empeños se dirigían a trabajar por la realización de sus ideales de libertad.

En todas las ocasiones que se le presentaban, censuraba con su palabra persuasiva la conducta cruel del Gobierno y las torpes propagandas con que se quería sostener el obscurantismo.

Pretendió ponerse en contacto con los señores Hidalgo y Costilla, Allende y demás caudillos de Dolores; pero no lo consiguió debido a que los acontecimientos se precipitaban con la rapidez de un meteoro.

Iniciada la segunda época de la guerra de Independencia, la señorita Vicario fué más afortunada.

Se puso en contacto con uno de los principales jefes del movimiento insurreccional: con el señor Lic. Don Ignacio López Rayón.

Debido a la posición social de tan esclarecida mexicana, ella servía de comunicación entre los insurgentes que combatían en los campos de batalla y los patriotas que habitaban en la capital del Virreinato.

Ella, por el importante capital que poseía, facilitaba a los alzados, municiones, armas, parque, vestuario y demás recursos de guerra; ella prestaba elementos y facilidades a todos los que querían ir a tomar las armas en el ejército libertador.

En comunicación la señorita Vicario con la Junta de Zitácuaro, ésta había mandado acuñar monedas con el sello nacional independiente, y como una prueba de la estimación que se le profesaba, se le honró dedicándosele las primeras piezas que se acuñaron, una de oro y otra de plata.

El nombre de la señorita Vicario iba de boca en boca como el de la mujer más patriota de América y todo el mundo ensalzaba su desprendimiento y civismo.

El señor Lic. Fernández de San Salvador tuvo conocimiento de todo

lo que hacía su tutoreada, y dado el fanatismo realista que lo cegaba, al considerar como traición el disimulo, tomó su resolución poniéndose en acecho para atrapar pruebas fehacientes en contra de la esclarecida joven.

No tardó en encontrar lo que deseaba, habiendo interceptado una carta que la patriota dirigía al señor Lic. Rayón y en la que le ofrecía toda su fortuna para el triunfo de la Independencia de México.

El señor Lic. Fernández de San Salvador celebró una conferencia con la señorita Vicario, e increpándola terriblemente le dijo que iba a arrojarla de su casa y dar cuenta al Virrey para que fuese encerrada en algún colegio o convento.

La señorita Vicario conoció la firmeza de la resolución, y abandonó la ciudad de México, encaminándose a uno de los campos insurgentes establecido en Tlapujahua, donde estaba su prometido el Sr. Quintana Roo; pero habiendo permanecido antes algunos días con algunas de sus criadas en un punto inmediato a la Capital, fué alcanzada por algunos de sus parientes, quienes la convencieron de que nada debía temer, que las palabras de su tutor no habían sido sino para amedrentarla, y que por tanto no debía exponerse a las molestias y penalidades de la campaña, debiendo regresar a la Capital, ya que el Lic. Fernández de San Salvador no tenía intención de llevar sus amenazas a la práctica.

Confiada la señorita Vicario regresó; pero luego fué conducida al Colegio del Convento de Belén, en donde se le empezó a instruir un proceso por el juez señor Veracruzeta, en el que, tratándosele con suma dureza, había el empeño marcado de inquirir quiénes eran los que en el seno de la Capital ayudaban a los insurgentes levantados en armas.

La joven nunca quizo delatarlos, manifestando con singular energía que estaba dispuesta a morir antes que cubrirse con la nota de infamia con que pretendía sellarla el Gobierno.

Sin embargo, éste no desesperó, porque confiaba en que las incomunicaciones, las asechanzas, las amenazas y demás tormentos propios de aquella época doblegarían aquel carácter tan varonil.

Pero fueron burladas sus esperanzas, porque a los treinta días justos de estar recluida la señorita Vicario, una noche se presentaron al Convento de Belén, tres enmascarados, y con la mayor audacia consiguieron salvarla de las garras de sus enemigos.

En el acto la condujeron a un lugar seguro, donde les esperaban un sacerdote y un personaje insurgente, uniendo a éste y a la señorita salvada en indisolubles lazos.

Ese personaje no era otro que su prometido el Sr. Quintana Roo.

Por mucho tiempo en México fué un misterio la desaparición de la señorita Vicario.

### III.

Después de la celebración del matrimonio de tan insigne mexicana, fué conducida por su esposo a un escondite de la ciudad de México, donde permaneció oculta por algún tiempo, y desde donde continuaba comunicándose con los defensores de la causa americana; pero como aquella clase de vida la atormentaba, consiguió salir de dicho escondite y se fué a Tlapujahua, donde se encontraba el Sr. Quintana Roo, llevándole una imprenta como regalo de boda.



Luego que el Generalísimo Don José María Morelos supo en Acapulco que dicha señora había pasado a la antigua ciudad de Antequera, hoy Oaxaca, ordenó a todas las oficinas de hacienda dependientes del Gobierno Americano, le facilitasen los recursos pecuniarios que solicitara; pero ella por delicadeza nunca hizo uso de tan amplísima disposición.

Entonces el H. Congreso de Chilpancingo le concedió una pensión vitalicia de quinientos pesos mensuales, de la que solo una vez percibió la partida correspondiente.

Era tal el culto y la estimación que le tenían los mismos realistas, que los jefes Concha y Aguirre muchas veces le escribieron ofreciéndole el perdón más amplio, pero ni siquiera se ocupaba en contestarles.

Como el jefe Concha insistiera sobre el particular, por creer que lo atendería en virtud de haber sido antes cajero de su casa, le contestó diciéndole que si continuaba hablándole del asunto, se vería en la necesidad de hacer que sus emisarios fuesen pasados por las armas.

El mismo Virrey le mandó ofrecer el indulto más amplio que le pidiese, manifestando que le dolía sobre manera el mirar que una persona tan distinguida como la señora Vicario se viese expuesta a tantos peligros, con tantas necesidades, privada de las consideraciones sociales que merecía su alto rango, y sobre todo, el que profesase ideas tan extraviadas como tantos y tantos infidentes al Rey.

En Tlapujahua iba a establecerse una fábrica de armas para el servicio del ejército americano. La señora Vicario se dedicó con la mejor voluntad a facilitar el hierro que fuese necesario para la obra y demás recursos que eran indispensables para la apertura de la fábrica, ministrando a las familias de los obreros que ahí fueron a trabajar los elementos necesarios para su sostenimiento, para lo que tuvo que vender sus joyas.

Ella fué la gran mujer que por mirar a México libre no desmayó ni un solo momento de su existencia.

Ella, desde sus juveniles años, cuando las personas de su sexo apenas sabían que existe en el mundo la ciencia de la política, dedicó todas sus energías a la realización del ideal de Patria.

Consolaba y favorecía a los que gemían en las cárceles por la naciente libertad, daba auxilio a los enfermos que en el campo de la lucha habían derramado su sangre por el porvenir glorioso de México y fortalecía abnegada a los moribundos que habían sabido sacrificar sus vidas por la venturosa Independencia Nacional.

Por último, ella sin pretenderlo fué la dignísima émula de Leona la ateniense, incorruptible ante las fascinaciones del vivir muelle y opulento.

Y tuvo por don celeste la satisfacción de contemplar realizados sus anhelos.


Por labor tan pura, hasta el presente sus conciudadanos reconocidos, no cesan de dedicar alabanzas a su memoria.

En Coahuila, los recuerdos hacia ella formaban una verdadera idolatría, y no mucho tiempo ha, que la Capital de esa Entidad Federativa fué nombrada LEONA VICARIO DEL SALTILLO.

El vate más popular de México, Don Guillermo Prieto, le dedicó uno de sus más hermosos romances, y con motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia Mexicana, Don Eduardo Gómez Haro escribió una pieza escénica intitulada: LEONA VICARIO.







## Doña Rafaela López Aguayo de Rayón.

### I.

Existió en la población de Tlalpujahua, perteneciente al Estado de Michoacán, una familia criolla digna de las consideraciones de todos los que la rodeaban:

Estaba compuesta de la madre, Doña Rafaela López Aguayo de Rayón, a quien comunmente se nombraba *Madre de los Rayón*, y de cinco hijos suyos llamados Don Ignacio, Don Ramón, Don Francisco, Don Rafael y Don José María.

Esa distinguida señora era una mujer dotada por la naturaleza con las más incomparables prendas.

Poseedora de muy buena educación y del mejor trato social, cuando sus hijos estuvieron en la infancia, procuró inculcarles la verdad en toda su pureza, señalándoles como norma de su futura vida la religión de la honradez, la constante dedicación al trabajo y el continuo respeto al derecho de tercero; y cuando ya se encontraban en las bregas del mundo, siempre les estaba recomendando el cumplimiento de los deberes que impone el civismo, y con especialidad les decía que, supuesto que habían nacido mexicanos, en su amor nunca debían olvidar las sagradas obligaciones para con la Patria; que si una madre puede olvidar a sus hijos, la Patria nunca olvida a los suyos, porque los recibe cariñosa cuando nacen, los alimenta mientras viven y los recoge en su seno cuando mueren.

Y no en vano la madre de los Rayón fundaba en sus hijos sus esperanzas, quien como Cornelia, la Madre de los Gracos, cifraba su mayor orgullo en expresar que ellos eran las joyas más valiosas de su corazón.

Así corrieron los años, y los mancebos se hicieron hombres, teniendo para con la autora de sus días los más afectuosos miramientos.

No hubo persona que no los ensalzase, y era tal la influencia que aquella mujer ejercía sobre las conciencias de sus hijos, que en cien leguas a la redonda la familia Rayón era citada como un dechado de merecimientos.

En la carrera del tiempo llegó el año de mil ochocientos diez, y empezada la lucha de Independencia con todos sus furores, mientras muchísimas madres sobrecogidas por el egoísmo o el temor recomendaban a sus hijos la abstención en el movimiento armado tan lleno de peligros, la de los Rayón no encubrió a los suyos toda la importancia que entrañaba la revolución iniciada en Dolores, reclamadora de la autonomía nacional.

Así lo comprendieron, y desde sus primeros años dieron a conocer con su caracter pundonoroso y viril resolución que iban a dar verdaderos días de gloria a la causa americana que defendían.

La índole de nuestro trabajo nos excusa de pormenorizar la vida del Sr. Lic. Don Ignacio López Rayón, bastándonos decir que después de haber hecho una brillantísima carrera en la ciencia del derecho, primero fué en su tierra natal, Talpujahuá, jefe de la Oficina de Correos antes de que se iniciase la Guerra de Independencia, y ya comenzada fué secretario del Caudillo de Dolores. Concurrió a la célebre batalla del Puente de Calderón, de donde se retiró rumbo a Aguascalientes, logrando salvar del desastre trescientos mil pesos pertenecientes a las Cajas Nacionales. Después fué designado por el señor Hidalgo y Costilla para que propagase el fuego sacro de la libertad en el Centro y Sur de Nueva España, verificando desde su aparición en la lid, acciones de guerra heroicas en grado supremo, siendo él quien con todo acierto, antes que nadie dió verdadero carácter al movimiento insurreccional, creando al efecto la Junta de Zitácuaro, pues las aspiraciones que había en la conciencia pública eran de llamar, o mejor dicho, de conservar el trono de México al rey prisionero Don Fernando VII, aspiraciones que no se habían deslindado sino hasta que se reunió el Congreso de Chilpancingo, que fué el que definitivamente declaró la independencia absoluta de la colonia.

Y fué tal el prestigio que llegó a alcanzar el Sr. Lic. Rayón, que habiendo caído en poder de los realistas, éstos lo condenaron a muerte; pero conociendo de cerca las excepcionales virtudes de su espíritu, después de tres años de prisión, le perdonaron la existencia, otorgándole un perdón amplísimo.

De vuelta el Sr. Lic. Rayón del Saltillo hacia el centro del país, nombró a su hermano Don José María para que en su tránsito se acercase al Brigadier Don Felix María Calleja del Rey, y le entregase una nota en que le explicaba los motivos de justicia y de conveniencia pública que había para que la Nación Americana sostuviese sus principios con las armas en la mano, porque consideraba que de su conocimiento podía resultar algo muy favorable al triunfo de la Independencia.

El emisario Don José María Rayón estuvo a punto de ser fusilado por el Sr. Calleja del Rey.

En cuanto a Don Ramón y Don Francisco, ocurrió un hecho extraordinario, relacionado con la vida de la notable dama que les dió el ser, que jamás los tiempos lo echarán en el olvido.

## II.

Hay en la región de Michoacán una elevación peñascosa nombrada Cerro de Cópore, la cual pertenece a la hacienda de esta denominación, cuyo

cerro por su altura y situación particular, a más de ser un punto inexpugnable, tiene una gran importancia estratégica para la defensa de las comarcas circunvecinas.

De esa manera lo comprendían tanto los realistas como los insurgentes.

En la sazón a que nos referimos, el cerro de Cópore se encontraba fortificado por un número regular de soldados americanos a las órdenes de Don Ramón Rayón; y como los realistas pretendiesen apoderarse del sitio a todo trance, el jefe insurgente por su parte resolvió defenderlo con el mayor denuesto, ya que su gente estaba dispuesta a morir antes que rendirse a las peninsulares.

Pasaban los días y los meses, sin que para los realistas llegase el momento deseado de la rendición.

Los asediados empezaban a sentir los horrores del hambre y de la sed, pero no desmayaban.

Las municiones de guerra se agotaron, mas los americanos continuaron defendiéndose con bizarría, rodando como titanes enormes rocas sobre los iberos defensores del Rey, que al estrago corrían despavoridos.

Ya los realistas pensaban en levantar el sitio, cuando ocurrió un incidente que presentó los acontecimientos de la manera más extraña.

Don Francisco, hermano del jefe Don Ramón Rayón, cayó en otro lugar en poder del Coronel realista Don Martín Matías Aguirre, y conoedor el Virrey de esta circunstancia, sin interesarle la voz de la historia, se aprovechó de ella, y al efecto escribió a Don Ramón diciéndole que entregara a Cópore, porque de lo contrario tendría que fusilar a su hermano Don Francisco.

Don Ramón recibió una tarde la carta fatal, produciéndole el efecto de una sentencia de muerte.

Llegó la noche, tan sombría como el abismo que se encontraba bajo sus pies.

Hallábase enteramente solo en su tienda de campaña, azotado por contrarios sentimientos.

Por una parte le angustiaba el sacrificar la vida de su pobre hermano, a quien quería entrañablemente; pero si lo salvaba, lo agoviaba por otro lado la vergüenza de cubrirse de infamia entregando la fortificación.

Por una parte le producía martirio el considerar todo el dolor que iba a producir a su adorada madre si negaba la rendición; mas por otra, miraba levantarse terribles y amenazadoras desde el fondo de su conciencia los sagrados deberes para con la Patria.

De tal manera fuese entrando más y más la noche con sus pavores, al grado que apenas se sentía leve rumor, tanto en los vivaques de los españoles como en las trincheras de los americanos.

Don Ramón, que se encontraba insomne y tan agitado con aquel conflicto, vió surgir de la apenas perceptible claridad que los rodeaba, los contornos de un fantasma cuyo efluvio inefable llegaba hasta el fondo de su alma, vió una aparición que era tal vez el producto del delirio de la fiebre morbosa que lo estaba atormentando, acaso era un raro fenómeno de telepatía, o bien autosugestión de la influencia educativa que se ejerciera sobre su espíritu desde la infancia.

Aquel fantasma era la sombra de su madre, alta, de faz serena, de mira-

da insinuante e inflexible, que con voz cariñosa y en forma de leve acento, le dice para desaparecer luego: "Ramón, no gimas ni solicites favor, que más prefiero un hijo muerto que dos traidores."

Al día siguiente, el esclarecido jefe de Cóporo, ya repuesto de su abatimiento, dió al Virrey por respuesta las palabras que le inspirara la maternal visión.

Y el magnate en su despecho, para aquilatar el civismo de la madre de los Rayón, dispuso que Don Francisco fuese pasado por las armas en la ya dicha población de Tlalpujahuá, la residencia de tan honorable mujer mexicana.







## Doña Manuela Herrera.

---

La dama de este nombre que tanto llamó la atención pública en su tiempo, por su inteligencia despejada, personal denuedo, conducta ejemplar y desprendimiento patriótico, fué una joven rica en bienes de fortuna, que con el mayor entusiasmo los supo emplear en el fomento de la causa que sostuviera la Independencia Mexicana.

Siendo todavía menor de edad, vivió con su madre y un hermano suyo en una de sus haciendas, y como por esos días estalló la revolución de mil ochocientos diez, la joven citada desde luego manifestó sin embarazo las simpatías que le inspiraba el grito de Dolores, de tal suerte, que cuando llegaron insurgentes a su misma hacienda, al instante les ofreció la más espontánea hospitalidad y cuanto ahí había lo puso a sus órdenes para el desenvolvimiento de la campaña.

Falleció su madre, que era la única persona que la exhortaba a conducirse con cautela, para evitar compromisos en lo porvenir.

Entonces nada pudo contener sus liberalidades, porque profesaba el principio de que todo pertenece a la Patria cuando ésta se halla en peligro y se trata de su salvación.

Bien pronto su nombre fué uno de los más populares, y ello fué origen de que la señorita Herrera sufriese una serie de infortunios y penalidades que solo pudo soportar con la fortaleza del patriotismo.

Como es bien sabido, después de la primera campaña de la Guerra de Independencia, se desarrolló una terrible reacción realista, que puso en riesgo las ideas y sentimientos de los buenos mexicanos.

Una fuerte partida de los defensores del Rey se acercó a la hacienda de Doña Manuela, con un encono manifiesto en contra de ella, por lo que desde luego conoció que nada bueno debía esperar.

Sin embargo, no se amedrentó, y antes por el contrario, con bríos de mujer numantina puso fuego a su hacienda y a todo cuanto poseía para que no prestase utilidad a los enemigos de la Patria.

Luego se lanzó a la lucha, y perseguida de cerca por el feroz guerrille-



ro realista Encarnación Ortiz, conocido con el apodo del Pachón, no consiguió darle alcance.

Cuando el célebre español Don Francisco Javier Mina se presentó en el territorio mexicano, con objeto de derrocar la tiranía de sus paisanos, Doña Manuela Herrera y su hermano se le presentaron ofreciéndole sus servicios.

La jover lo hospedó en su rancho del Venadito, mas en este lugar recibió una sorpresa y tanto el nuevo caudillo como la señorita Herrera fueron hechos prisioneros.

Doña Manuela fué conducida a otro punto, amarrada, descalza y a pie, por una soldadesca desenfrenada que de ella se mofaba, hasta que habiendo inspirado compasión al jefe Orrante, la mandó poner en libertad absoluta.

Dotada de un temple a toda prueba, nunca quiso ampararse al perdón, ni aprovechar la devolución que de sus bienes se le ofrecía, prefiriendo mejor en los días en que pareció extinto el sacro fuego de la Patria, vagar al acaso por sendas desconocidas y campos agotados por el azote de la guerra, como una mendiga desterrada en su propio suelo, que sujetarse al sello infamante del realista.

En cierta ocasión, en que llevando esa tan miserable existencia llegó a un punto solitario donde se encontraban unas fuentes termales, se quitó sus vestidos y los echó al agua caliente con objeto de matar los parásitos de que estaban pletóricos.

Ella se puso a bañar, mas grande fué su desconuelo porque al recoger su ropa la encontró enteramente deshecha por la acción de los minerales de dicha agua.

No le quedó más recurso en su plena desnudez, que refugiarse en una gruta inmediata, donde arregló un sendal de hojas para cubrirse.

Y hubiera continuado en aquella vida salvaje, si casualmente no la hubiesen visto unas indias, que asombradas y compadecidas le facilitaron una falda de jerga y una camisa convertida en guñapos.

Por lo expuesto se comprenderá, cómo en las regiones donde existen mujeres de tal índole, no es posible eche profundas raíces el monstruoso cardo del despotismo y de la esclavitud.

Esa fué Doña Manuela Herrera, cuyo supremo ideal fué siempre el que México llegase a figurar en el grupo de las naciones cultas y modernas, de un modo libre, próspero y feliz.





## Doña María de la Luz Rico.

### I

Uno de los mayores encantos reservados a la mujer, estriba sin duda en aquilatar aquellos ideales que la dignifican y ennoblecen ante las consideraciones sociales, de tal manera, que ellos en la senda de la vida le sirvan de salvaguardia en contra de las pasiones mundanas.

Entre los sentimientos que dan forma tangible a esos ideales, figura en primer lugar el honor, que despertando en el alma la estimación personal, bien se trate de una alta posición pecuniaria o de un ser sin bienes de fortuna, concede al que lo lleva en la conciencia todos los respetos que le dispensan sus semejantes.

Nosotros hemos tenido conocimiento de un caso que levanta a las cumbres de lo excelso las sacras virtudes de la mujer mexicana, y que al haber conmovido profundamente nuestro espíritu, no podemos menos que presentarlo en esta galería, ya que dicho caso es poco conocido en el mundo de las letras.

En la ciudad de Morelia se publicó un folleto intitulado **EL PUEBLO EN EL PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA**, y en él aparece el fragmento que va a continuación:

### II.

“Nos acercamos a un sitio que recuerda un doloroso episodio de nuestra guerra de Independencia, y prueba de un modo irrecusable en su grandiosa sencillez, que el sentimiento del honor es innato en nuestro pueblo, y que la mujer mexicana es el prototipo de todas las virtudes, y que llega sin la menor vacilación hasta el martirio heroico, en casos excepcionales.

“Así se expresó mi bondadoso cicerone cuando llegamos en busca de alguna sombra bajo un frondoso naranjo cercano al pintoresco templo parroquial de Yurécuaro.

—“Refiera usted ese episodio, indique a mi amigo, viejo y caracterizado veterano del pueblo, quien sin grandes esfuerzos y con voz pausada y solemne, hizo el siguiente relato:

—“Cinco años de ensangrentadas luchas habían transcurrido desde que el Padre Hidalgo señalara a los mexicanos la senda de su emancipación, y naturalmente el resultado de ese lustro de guerra sin cuartel era el desenfre de todas las pasiones, en campo propicio y amplio para ello.

“Usted sabe que uno de los cabecillas más activos que acaudillaban a los insurgentes lo fué el Padre Antonio Torres, michoacano, natural de Quiroga, que tenía fama de cruel, sanguinario y amigo de todos los excesos. Aquí en Yurécuaro justificó plenamente esta fama, pues su llegada a la población el 25 de enero de 1816, fué señalada principalmente por el incendio, el robo y todo género de atropellos a que iniciaba a su tropa, confundiendo lamentablemente la hermosa libertad con el libertinaje, como medio de tener adictos.

“El templo parroquial que en este momento tenemos delante, así como otras casas de la población eran presas de las llamas, y sus rojos e intermitentes fulgores alcanzaban hasta aquella calleja, la siguiente escena de que fueron actores María de la Luz Rico, hermosa y valiente joven criolla, hija del honrado vecino Antonio Rico, y su novio Antonio Hernández, que militaba en las filas insurgentes acaudilladas por el Padre Torres.

—“Mira, Luz de mi vida,—le decía el soldado,—convéncete de que no hay más remedio para tí que seguirme en el acto; estás en mi poder y es llegado el momento de nuestra felicidad.

—“Te he jurado, Antonio, ser tuya, pero para ello es indispensable pasar por el templo.

—“¿Pero no ves que las circunstancias de la guerra hacen imposible ahora las formalidades?

—“Esperemos entonces.

—“¡Imposible! Ahora o nunca; el caballo está listo....

“Y tan emocionado como atrevido, quiso rodear con su brazo el talle de palmera de María de la Luz.

¿A quién volver ésta sus ojos? ¿De quién esperar algún auxilio en medio de aquel cuadro de libertinaje, de incendio y de muerte?

“Solo de su gran corazón y valor invencible, pues ágil como gacela esquivó el brazo de su novio y con voz vibrante de emoción, de energía y de resuelta angustia le dijo:

—“Te amo y seré tuya, pero pasando antes por la casa de Dios! Si me quieres, sígueme....

“Y sin volver una vez siquiera el rostro, emprendió veloz carrera hacia la incendiada parroquia y por un momento detúvose al dintel de la hornaza, volvió la vista y viendo a tres pasos a su novio que le tendía los brazos le grito:

—“¡Antonio! ¡Salvo mi honra, pero te adoro! ¡Que Dios me perdone!

“Y de un salto penetró al círculo de fuego en el preciso momento en que del coro se desplomaban las vigas llameantes y todo el lugar se convertía en imponente hoguera.

“El soldado insurgente se quedó petrificado y mudo de asombro sin lograr comprender lo que había pasado a su novia y apenas si pudo exclamar un ¡Jesús la ampare!

“Y desapareció entre las sombras de tan terrible siniestro.

“Así terminó mi viejo informante cuando entramos ya al templo de Yurécuaro, donde puede verse la lápida que conmemora el suceso y textualmente dice así:

*“La noche del 25 de Enero de 1816 en que fué incendiado este templo por orden del Padre Torres, el soldado Antonio Hernández perseguía a la joven María de la Luz Rico y ella no encontrando amparo en sus angustias, se entró al templo que ardía en vivas llamas, donde con la pérdida de su vida, salvó su castidad—1895—Austacio Zepeda y Manuel Urbina.”*

“Pude averiguar también que vive en la villa de Tanguato Felipa Rico, prima de María de la Luz, y en Yurécuaro María Rico, sobrina de la heroica suicida.

“Del pobre libro de mis recuerdos arranco hoy esta página que si del todo está desprovista de galanura, tiene el mérito de la verdad y con ella se prueba la virtud heroica hasta el martirio, de una pobre mexicana.”









## Doña Luisa Martínez de García Rojas.

---

Por los años de mil ochocientos quince a mil ochocientos dieciseis, vivía en el pueblo de Eronguaricuaro una singular mujer: Doña Luisa Martínez de García Rojas.

Aunque su ocupación ordinaria era el comercio, su caracter valiente y resuelto llevaba su atención de preferencia hacia las delicadas labores de la política y de la guerra, que en aquella época se agitaban con todos sus horrores.

Aunque la mayoría de los habitantes del pueblo de su residencia se distinguían por su adhesión al realismo, ella se consideraba satisfecha con pertenecer al bando de los Guadalupes, y no desperdiciaba oportunidad para patentizarlo así a los Chaquetas.

La señora Martínez de García Rojas, aún descuidando sus intereses, puso todas sus energías en servir a los guerrilleros insurgentes, facilitándoles víveres y municiones de guerra, y en ministrarles cuantas noticias llegaban a su alcance en lo referente a los movimientos del enemigo.

El general Don Pedro Celestino Negrete, aquel exaltado peninsular, teniente de la Marina Española, que se hizo soldado de tierra por el ingrato placer de sacrificar vidas americanas ante el ensangrentado ídolo de Huitzilopochtli; que después, como héroe de a última hora, se volvió en contra de los españoles, traicionando a su amigo el General José Cruz, combatiéndolo en el memorable sitio de Durango, y que por último, fué uno de los tres individuos que formaron el Gobierno Provisional que preparó la República a la caída del Emperador Iturbide, consiguió atrapar un correo que la señora Martínez de García Rojas mandaba al guerrillero mexicano Don Tomás Pacheco.

Ello fué bastante para que en dicho general se despertase un gran encono en contra de la patriota.

Fué encerrada en una prisión, y después de recibir muchas molestias y vejaciones, solo pudo recobrar su libertad, pagando al citado General Negrete la multa de dos mil pesos.

Eso no fué bastante para que la citada señora se abstuviese de seguir tomando participio en los graves asuntos públicos, y en otras tres ocasiones fué conducida a la cárcel como protectora de insurgentes.

En el año de mil ochocientos diecisiete, el mencionado jefe realista la mandó de nuevo poner presa por el expresado cargo con agravación de reincidente, condenándosele al pago de una multa de cuatro mil pesos; mas como no la pudiese solventar, comprendiendo el General Negrete cuán gran riesgo tenía el partido del Rey con aquella mujer tan decidida, desplegó su inquina en contra de ella y la mandó pasar por las armas.

La admirable patriota recibió la notificación de su sentencia de muerte con toda serenidad, con tanto valor como el que pudiera tener el hombre de mejor temple, y al formarse el doloroso cuadro de la ejecución, todos los presentes miraban con lágrimas en los ojos, cómo el ciego fanatismo de los españoles podía llevar la inhumanidad hasta arrancar las vidas a débiles mujeres.

Aquella conducta cruel y anti-política no hacía sino despertar odios y abreviar los días de la opresión.

Momentos antes de la fatal descarga, la martir abnegada habló con voz firme, manifestando que perdonaba a su verdugo el General Negrete el crimen de arrebatarle la existencia, ya que ella nada delictuoso había perpetrado con cumplir con sus sagrados deberes de mexicana.





## Doña Antonia Nava de Catalán, (La Generala)

---

Hay en la región meridional de México una sierra nombrada de Xaliaca o de Tlacotepec, donde se levanta alegre el pueblo de Tlaxiaco, que se ha hecho notable en los anales mexicanos, por la defensa honrosísima que de él hicieron los insurgentes durante la guerra de Independencia.

Lo que más llama la atención en ese memorable asedio, es sin duda la figura culminante de una esclarecida mexicana, cuyo valor y desprendimiento por la Patria produce en el espíritu verdadero pasmo que raya en lo apenas concebible.

La mencionada población de Tlaxiaco se encontraba sitiada por los peninsulares, quienes por los muchos elementos de boca y de guerra que tenían y abundancia de fuerzas disponibles, habían estrechado a los mexicanos a las mayores angustias.

Encontrábase al frente de los sitiados el magnánimo General Don Nicolás Bravo, quien con su fortaleza de invencible, jamás había tenido el menor pensamiento de rendición.

Con todo y ello, comenzó a desarrollarse entre los pocos sitiados pusilánimes que había, la idea de que era preciso entregar el punto al enemigo, si no quería la guarnición entera perecer de hambre.

El General Bravo se enardeció al tener conocimiento de la idea propagada, y dispuso que para que los pocos alimentos que quedaban durasen por unos días más, se diezmasen las tropas, comiendo solo los favorecidos.

Hallábase en la misma plaza una mujer incomparable, Doña Antonia Nava, esposa del General Catalán, a la cual todos llamaban LA GENERALA.

Doña Antonia tuvo también conocimiento de lo que estaba pasando, y llenose de vergüenza al saber que pudiesen existir en el punto personas que abrigasen la idea de rendición.

Primer se pone meditabunda por unos cortos instantes, y al fin toma en su cerebro una resolución irrevocable, y se decide a obrar.

Se levanta violentamente del asiento donde se encuentra y se dirige a

un buen número de mujeres del pueblo que son conocidas suyas y de las cuales es la admiración.

Conferencia con ellas algunos minutos y las convence con sus persuasivas palabras de que es llegada la hora de proceder por la Patria, efectuando los mayores sacrificios.

Todas ellas emocionadas prorrumpen en vivas a la Generala, y siguiendo sus pasos llegan hasta la tienda del jefe de los cuitados insurgentes.

El general Bravo sale a recibir con afabilidad y cariño a su amiga la señora Nava de Catalán.

Esta, rodeada de sus compañeras, al dirigirle sus frases le dice: "Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles a la Patria.

"No podemos pelear, pero sí podemos servir de alimento.

"He aquí nuestros cuerpos que pueden servir de ración entre los soldados."

Y con la velocidad que presta una resolución tan heroica, la Generala sacó de sus vestiduras un enorme puñal para clavárselo en el pecho a efecto de convertirse en la primera ración de aquellos desventurados a quienes acosaba el hambre.

Un asombro indecible llenó los corazones de todos los circunstantes que no se figuraban acción tan inesperada, moviéndose en el acto cien brazos que detuvieron aquella tan atrevida mano.

Entonces aquel grupo de mujeres se armó de palos y de piedras y corrió a pelear a las trincheras.

A ellas siguieron los ancianos y los niños, de lo cual resultó que los desfallecidos se reanimaron, peleando entonces los insurgentes con tales bríos que casi todos murieron como buenos sin haberse rendido un solo hombre.

El eminente bardo Don Guillermo Prieto, ha tratado el anterior tema en su bello romance "La rifa de la muerte", si bien refiriéndolo al sitio de Cópoco defendido por Don Ramón Rayón, con la heroicidad y fortaleza de un Guzmán el Bueno.

Vamos ahora a relatar otro episodio de la existencia de tan extraordinaria heroína, que es verdadera gloria nacional.

En un combate habido entre los mexicanos y los realistas, el General Catalán, esposo de la señora Nava, tuvo la desgracia de sucumbir.

El cadáver fué llevado a la presencia del Generalísimo Don José María Morelos, y como ocurriese al punto dicho señora rodeada de su familia, el heroico Cura de Nocupétaro empezó a consolarla, manifestándole que debía llevar con resignación tan irreparable pérdida, ya que por la Patria debían hacerse los mayores sacrificios.

Entonces la Generala le contestó: "Mi marido no ha hecho más que cumplir con su deber.

"Aquí están mis cuatro hijos, de los cuales tres pueden ser soldados y el más chico puede servir de tambor."

Con mujeres de tal temple, no era posible que causas como la emancipación de México dejasen de triunfar.





## La Capitana Doña Manuela Medina.

---

Ya en otra oportunidad hemos citado la ciudad de Texcoco, que tan importante fué hasta el período histórico de la Conquista Española.

Ahora esa población apenas es conocida como un lugar de segundo orden. del Estado de México.

Pues bien: en la segunda mitad del siglo XVII, nació en Texcoco una india de raza pura, que con el transcurso del tiempo, llegó a ser una de las más notables heroínas defensoras de la Independencia Nacional.

Luego que la joven Doña Manuela Medina tuvo desarrollada la razón, dió a conocer un despejado entendimiento, un gran entusiasmo hacia el progreso y un denuedo a toda prueba.

De ahí que conociendo de cerca por razón de su origen el yugo que oprimía a su raza, y palpando a fondo el antagonismo histórico entrañado en la formación política de la sociedad mexicana, luego que se inició la revolución de Dolores, la señorita Medina empezó a hablar con desbordante fe de la sacra libertad a muchos de sus compatriotas, consiguiendo despertar en sus corazones el amor supremo de la Patria.

Con carácter varonil y resuelto, formó una compañía de ginetes, bravos guerrilleros a cuya cabeza se lanzó buscando el peligro de las contiendas, logrando en muchas ocasiones poner en fuga a los defensores del realismo.

Con mayores o menores vicisitudes, tuvo la feliz suerte de mirar concluida la Guerra de Independencia, apareciendo los rasgos culminantes de su peligrosa labor, en las memorias que el señor Lic. Don Juan Noponuceno Rosains, secretario del Generalísimo Don José María Morelos, llevara diariamente.

El señor Lic. Rosains, fué muy conocido en los anales de la lucha de Independencia, y en esas memorias escribió: "Día 9 de Abril. Hoy no se ha hecho fuego alguno. Llegó en este día a nuestro campo Doña Manuela Medina, india natural de Texcoco, mujer extraordinaria, a quién la Junta (la de Zitácuaro) dió el título de Capitana porque ha hecho varios servicios a la Nación, acreditándose por ellos, pues ha levantado una Compañía y se



ha hallado en siete acciones de guerra, hizo un viaje de más de cien leguas por conocer al General Morelos; después de haberlo hecho dijo que ya moría contenta con ese gusto, aunque la despedazara una bomba de Acapulco.”

Terminada la gloriosa campaña de la emancipación, la Capitana Doña Manuela Medina se retiró a su pueblo natal de Texcoco, donde murió en Marzo de mil ochocientos veintidos, después de una larga y penosa enfermedad que le produjo una herida de lanza que había recibido en una de las muchas pendencias en que se batió por sus hermanos.

En las lides siempre entraba al frente de su caballería, y era tan grande su valor personal, que apenas le es comparable el de otra mujer no menos célebre, el de la Monja Alférez Doña Catalina Erazo, quien habiendo llenado el mundo con su nombre, efectuando las hazañas de un hidalgo espadachín, rebozando simpatías por los hijos de este país, vino a Nueva España con el deseo de dormir, como duerme, el perenne sueño en la hospitalaria tierra mexicana. (en Cuitaxtla.)





## Otras Heroínas Ilustres.

---

No son esas las únicas heroínas que con orgullo luce México.

Siendo la fibra del patriotismo la más sensible del corazón de la mujer mexicana, tarea larga y difícil sería ocuparnos de las muchas y muchas notabilidades que sobre el particular han existido, máxime cuando el poco cuidado no ha sabido conservar en nuestra Nación todos los antecedentes históricos de la materia.

Sin embargo, debemos hacer una mención muy honorífica de los nombres de las más culminantes.

Doña Gertrudis Bocanegra de Laso de la Vega, murió fusilada por los defensores del Rey, el diez de Octubre de mil ochocientos diecisiete, en la Playa de Pátzcuaro.

Las hermanas Moreno pelearon constantemente al lado del insurgente Don Pedro Moreno y de las huestes del inmortal y mal logrado guerrillero Don Francisco Javier Mina.

Las señoritas Doña Francisca y Doña Magdalena Godos se pusieron de parte de los americanos, y en el sitio de Coscomatepec, personalmente sirvieron de enfermeras en los hospitales de sangre.

Doña Catalina González fué exaltada insurgente que dedicó todas sus energías al triunfo de México Independiente, bastando decir para su honor, que era amiga de la intimidad de la célebre Generala.

La *Guanajuatense* fué una mujer hija del pueblo, de la cual, si su nombre no se conserva, su recuerdo perdurará en los siglos.

Ella, en el asedio que el Lic. Don Ignacio López Rayón verificó sobre Zacatecas en su retirada del Saltillo, se puso valerosa al frente de un batallón de mujeres por la escasez de los efectivos americanos, influyendo palmariamente con su actitud en la toma de esa plaza; y ella, con todo el desprendimiento que presta la caridad, tomó a su cargo la curación del *Hombre Cureña*, que con el sacrificio de su persona en esa retirada inmortalizó el asalto y toma de la Hacienda de San Eustaquio.

Hubo en México un letrado partidario de las ideas americanas, en cu-

yo bufete empezó su práctica el estudiante de derecho de la escuela de San Ildefonso, Don Miguel Felix Fernández.

Pues bien: el maestro de tal modo supo comunicar sus ideas de Patria al despejado neo-vizcayo, que este con el mayor entusiasmo dejó las letras y abrazó la carrera de las armas, distinguiéndose más tarde con el célebre nombre de GUADALUPE VICTORIA, cuyo soldado llegó a ser el primer Presidente de la República Mexicana. Dicho maestro fué el Sr. Lic. Don Juan Nazario Peimbert.

Este tenía una hija que participaba de sus mismas ideas, estando poseída de una abnegación igual a la de su amiga y coetánea, la Srta. Leona Vicario. Aquella fué la señorita Doña Margarita Peimbert.

Esta patriota trabajaba con empeño en la propagación de los principios de la emancipación nacional, hallándose en contacto en ese respecto con el Sr. Lic. Don Ignacio López Rayón, alma en aquella época de la causa de Independencia.

Mas sucedió que por aquellos días fué derrotado en el Monte de las Cruces el insurgente de origen francés Sr. Lailson, y la señorita Peimbert fué descubierta por una carta recogida a ese insurgente y que dirigía al Sr. Lic. Rayón.

El Virrey Sr. Venegas tuvo conocimiento de ello, y desde luego sujetó a la joven patriota a graves molestias que supo soportar con entereza, teniéndosele constantemente por mucho tiempo a la dura vigilancia del Sr. Lic. Primo.

El ilustre Pensador Mexicano Don José Joaquín Fernández de Lizardi, en este respecto nos ha dejado algunos reducidos bocetos, que insertamos en calidad de complemento.

Dicen así:

“La ciudadana Fermina Rivera, natural del pueblo de Tlatizapán, viuda del coronel de caballería, ciudadano José María Rivera, quien murió en el cerro de Chichihualco en Febrero de 1821, defendiéndose valerosamente al lado del General Guerrero.

“Esta heroica patriota sufrió con resignación y constancia todos los trabajos y miserias que fueron consiguientes a la guerra de insurrección, tanto más cruel cuanto que carecían las más veces de todo auxilio en medio de la más desecha persecución. Así es que esta señora tuvo que luchar con hambres terribles, caminos fragosos, climas ingratos y cuantos males padecieron sus compañeros de armas, pudiendo ella dar tal nombre a los soldados, porque algunas veces cogía el fusil de uno de los muertos o heridos y sostenía el fuego al lado de su marido, con el mismo denuedo y bizarría que pudiera hacerlo un soldado veterano. Esta heroicidad es digna de la memoria de la Patria. (\*)

“Ahora, ¿quién no sabe los servicios y caridades que hizo a los patriotas insurgentes la ilustre ciudadana María Petra Teruel de Velasco? ¿Quién no admira la constancia y el valor de la ciudadana Ana María García, esposa del benemérito patriota Coronel Felix Tres Palacios, la que caminó ciento sesenta leguas hasta el lugar donde se hallaban las tropas del Rey, y a costa de trabajos y vejaciones logró eludir dos sentencias de muerte fulmi-

---

(\*) La señora Rivera murió también en el expresado combate del Cerro de Chichihualco.

nadas contra él y salvarlo, consiguiendo con la libertad de su marido el que éste, a la cabeza de unas cuantas tropas extranjeras, mantuviese el fuego sacro de la libertad hasta el grito de Iguala, en una provincia tan equivocadamente realista, que pudo ver sacrificar a sangre fría a los primeros héroes de la Patria?

“¿Y quién olvidará el valor y desinterés de las señoritas González, naturales de Pénjamo, que desde los principios de nuestra gloriosa lucha se convirtieron en apóstoles de la nueva causa, desengañando a cuantos podían y sirviendo con su dinero a los insurgentes, hasta que siendo perseguidas por esa causa determinaron irse con ellos; pero antes pagaron peones a peso para que derrumbaran su casa como lo hicieron, por tal de que los enemigos no se aprovecharan de ella?

“En una palabra, es imposible reducir a número las heroínas americanas que se distinguieron en nuestra insurrección.

“Aún en la clase de los pobres, como la mujer de Albino García, en quien se advirtió un valor admirable. Esta montada a caballo como hombre, con el sable en la mano, a la cabeza de la división de García, entraba primera a los ataques, animando con su voz y temple a los soldados. Otra señora de Guichapán cuyo nombre ignoramos, pero que vive pensionada por el gobierno y cuyos documentos están en la Secretaría de Guerra, levantó a sus expensas una división, se puso al frente de ella, dió algunos encuentros a las tropas realistas, y en uno en que por la ventaja de éstos le dispersaron la gente, se quedó sola haciendo fuego, acción que obligó al comandante a mandar que no la matasen. En efecto, la cogieron viva luego que se acercaron los contrarios, y el comandante la indultó.

“¡Tales son de valientes las americanas patriotas!”







**CUARTA PARTE.**  
**EN EL PERIODO INDEPENDIENTE.**





*Dolores Guerrero*





## Doña Dolores Guerrero.

### I.

Nació esta inspirada poetisa en la ciudad de Durango, el quince de Septiembre de mil ochocientos treinta y tres, siendo sus padres el señor Don Fernando Guerrero y su esposa la señora N. de la Bárcena.

Con motivo de haber sido electo Senador el citado señor Guerrero, dicha joven fué a la Capital de la República, y en su paso por la ciudad de León tuvo la desgracia de perder a la autora de sus días, teniendo entonces aquélla solo trece años.

Ya en esa Capital, la señorita Guerrero tuvo oportunidad de atender su inteligencia preclara, y sintiendo una verdadera pasión por los libros, en poco tiempo consiguió acumular una instrucción vasta, muy poco común en el bello sexo de aquella época.

Una vez que se consideró con la instrucción suficiente, dió a conocer su gran vocación por las bellas letras, empezando a dar forma a algunas poesías, que al ser conocidas por el público, fueron recibidas con el aplauso de la sana crítica, augurándose a la autora un lugar prominente entre los privilegiados de las musas.

Pero tuvo que volver a su tierra natal, donde lacerado su corazón por el duro dardo de la fatalidad, enfermó gravemente, y no pudiendo soportar la afección cardíaca que la atormentaba, sucumbió el primero de Marzo de mil ochocientos cincuenta y ocho, cuando apenas tenía veinticinco años, mal lográndose así las dulces esperanzas que en ella se habían depositado.

Sus restos se inhumaron en la Capilla de la Hacienda Ferrería de Flores, situada al sur de Durango, es decir, en el sitio que ella misma unos días antes había escogido para su postrera mansión.

### II.

Poseedora la señorita Guerrero de una alma sensible y delicada, la suer-



te aciaga quiso en uno de sus caprichos, que sus ensueños y más hermosos ideales fuesen el tema para convertirla en una de sus víctimas.

Así lo dan a conocer muchas de sus producciones, y con especialidad las tituladas: "A tí te amo nomás, nomás a tí," "Desencanto", que dedicó a su amiga la señorita Paz Iturria, y la que lleva por encabezado "A la memoria de Don Antonio Bengoechea."

Muchas de sus composiciones alcanzaron un éxito tal, que se han inmortalizado, arreglándoseles música y formando canciones populares muy sentidas y estimadas.

Entre las personas que más contribuyeron a la formación del genio literario de la señorita Guerrero, figuran su paisano el eminente patriota Sr. Lic. Don Francisco Zarco, Don Emilio Rey, Don Marcos Arróniz y Don Juan Díaz Covarrubias, habiendo cultivado, no sólo el género erótico, sino también el patriótico y el religioso.

Por el año de mil ochocientos noventa y cinco, se arregló la más completa colección de sus versos, y en ella aparecen estas líneas: "La señorita Guerrero murió en los primeros años de su juventud, y la sencilla historia de su existencia cubre su memoria de las más gratas simpatías. Su marcha de este mundo nunca será bien sentida, porque era una de las más risueñas esperanzas para la literatura nacional; la débil cárcel de la materia no pudo contener por mucho tiempo la fuerza e inspiración de su genio; fué como el condor que habita las gigantescas cumbres de los Andes, que busca la vida en la inmensidad del espacio, que en pos de la luz se pierde en los senos inmensurables del cielo azul."

Al fallecimiento de la delicada Safo duranguense, un ¡ay! de dolor y de angustia se dejó sentir en todos los ámbitos de la República, y muchas de las publicaciones de aquel tiempo cubrieron de luto sus columnas.

Entre las personas que en aquella época la dedicaron sus memoranzas figuran las siguientes: Licenciados Don Francisco G. Palacio, Don Vicente Quijar y Don Ignacio Lira, Dr. Don Pedro José Olvera, Don Cayetano Mascareñas, Don Luis G. Ortiz, Don Vital Aza, Don Juan N. Flores y Don Pedro López.

Astro de primera luz fué la insigne sacerdotisa de las bellas letras mexicanas.

Por eso en su torno se miran como magas que simbolizan el hechizo de sus recuerdos y esplendores las más distinguidas personalidades literarias del bello sexo que le rinden sus cariñosas ofrendas.





## Doña Ana Concepción Valdez.

---

Es bien sabido que iniciada la Guerra de Independencia en mil ochocientos diez, los partidos políticos se desataron en grado tal, que no hubo poder humano que consiguiese hacer que volvieran a sus antiguos límites.

Todavía terminada esa lucha, los bandos contrarios continuaron por lustros y más lustros desgarrándose con la espada fratricida, en cuya obra nefanda alcanzaron a la vez que debilitar las juveniles energías de la Patria, cubrirse con el más negro baldón.

Hacia el período histórico de la Reforma, dominó la situación política del país el partido Liberal; y el Conservador en su impotencia, apeló entonces a la ayuda del extranjero, trayendo sobre nuestro suelo la Intervención francesa, y el exótico Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

Cuando ya los invasores, circundados con el brillo y las tradiciones napoleónicas habían ocupado la mayor parte del territorio de la República, en un apartado rincón del país, agreste y risueño, en donde la hospitalidad es constante, noble y franca, en donde siempre se respira un puro ambiente de libertad; ahí, en Sinaloa, hombres, mujeres, niños y ancianos habían jurado perecer, antes que soportar el vergonzoso yugo de la opresión extranjera.

El general de los franceses Castagny, inteligente, pero cruel y sanguinario, desde luego se dió cuenta de que al frente tenía uno de los más firmes baluartes de la autonomía mexicana, y para que su militar prestigio no menguase, empezó a desarrollar una conducta feroz, saqueando cortijos, incendiando poblados, talando campiñas, asesinando patriotas y atentando contra el honor de las esposas y de las doncellas.

La Villa de Concordia se había distinguido por su abnegación y civismo, en condiciones tales, que habiendo ello llegado a conocimiento del jefe francés, en desahogo de su enojo ordenó que la misma población fuese entregada al incendio y arrasada por completo.

Entonces fué cuando una ejemplar mujer, cuando una dama de buena posición social, Doña Ana Concepción Valdez, con un valor personal a toda prueba y una energía incontrastable, supo contener y avergonzar a las in-

cendarios, de tal suerte, que ante la entonación de sus palabras se vieron precisados a retroceder, cubriéndose la distinguida patriota de gloria impecadera.

“El Cinco de Mayo,” órgano del gobierno Republicano en Sinaloa, dice sobre el particular lo siguiente:

“La justicia, la gratitud y un sentimiento de respeto profundo hacia las almas nobles donde quiera que las haya, mueve nuestra pluma para consignar aquí, como lo hacemos, una muestra de agradecimiento a un enemigo en verdad, pero honrado y franco: a Vos el C. Garnier, General de Brigada, Coronel entonces del 13o. de Línea.

“A este jefe fué a quien Castagny dió la comisión de expedicionar por los Distritos ya dichos de Concordia e inmediaciones de Mazatlán, con orden terminante de incendiar todas aquellas localidades. Pero el Coronel Garnier la desobedeció diciendo a Castagny estas palabras: “La Francia ha puesto en mis manos este bastón y una espada, las insignias de la autoridad y del guerrero, que en manera alguna debo trocar en la tea del incendiario. Desobedezco, por tanto, una orden que a ser ejecutada por mí, echaría una mancha en mi carrera militar y una deshonra para la misma Francia.”

Castagny, indignado con semejante respuesta, manda arrestar a Garnier y nombró en su lugar al Teniente Coronel Coteret (su verdadero nombre era Villaud), oficial que entregado a la crápula y a la embriaguez, era tan a propósito para una comisión tan infame como la que se le confiara. Los primeros días del año próximo pasado (1865), la columna francesa al mando de Coteret, compuesta de algunas columnas del 62 de línea, otras de Cazadores de Vicens y la caballería de Cazadores de Africa, cuya denominación de estas tropas citamos para mengua y baldón de sus respectivas banderas, después de haber cometido algunos atentados en el camino sobre la gente pacífica, como los de Malpica, inmediato a Concordia, en donde fueron ejecutadas quince personas solamente, sin forma de proceso, pero ni averiguación alguna de si habían patrocinado a las fuerzas republicanas, entraron en dicha Villa de Concordia, de donde los hombres pacíficos habían huído a la aproximación de los franceses, en vista de los atentados que éstos acababan de cometer en Malpica. Por lo consiguiente, cuando solo habían quedado las mujeres, los niños y los ancianos, ¡oh mengua! los soldados y esbirros de Napoleón con sus cruces y demás relumbrones al pecho, y la mayor desvergüenza en la cara, se entregaron al saqueo más escandaloso, cometiendo los demás excesos que deshonran a la humanidad. Las señoras fueron registradas de una manera brúca hasta debajo de sus vestiduras, de donde se les sacaban algunas monedas y las pocas alhajas que cruzaban poder salvar; a otras se les ponía a tormento, suspendiéndolas con un lazo para obligarlas a que dieran el dinero u otros objetos de valor que tuviesen ocultos, tal como lo hicieron con la señora Doña Concepción Valdez.

Una vez despojadas las familias de cuanto tenían, siguieron los franceses con el incendio de la población, para lo cual amontonaron en el centro de las casas como combustible los muebles, imágenes y toda clase de objetos por caros que fuesen a las familias. Estas, viendo desaparecer todo aquello entre las llamas, se dirigieron a los edificios de más capacidad que aún quedaban. Apiñadas así las madres con sus enfermos y niños, presentaban el cuadro más lastimero que pueda darse. Y sin embargo, la soldadesca desen-

frenada se dirige también a aquellas casas para robar a las familias. El llanto de las criaturas, el ruego de las madres y aún las lágrimas del anciano Cura de Concordia, Señor Soto de la Paz, fueron ahogados entre los gritos escandalosos y soeces de aquellas chusmas implacables.

En aquellos momentos solemnes, no habiendo hombres que combatieran con las armas los desmanes inauditos de aquellos tiranos, con el valor civil característico de nuestro bello sexo mexicano, una respetable matrona, la señora Ana Concepción Valdez, a quien habían puesto a tormento a fin de que les entregase el dinero, llena de indignación se dirige a los franceses para echarles en cara el oprobio de tanta maldad, como la que estaban cometiendo: “¿Conque esta es—les dice—la civilización que traéis a nuestra Patria? Ya vemos que el incendio, el robo y el asesinato es vuestro oficio: sóis tan miserables como cobardes. Escribid a vuestro país, a vuestro gobierno estas hazañas para que las premie, pues esas cruces y esas medallas que lleváis al pecho todos vosotros, no pueden ser otra cosa que el resultado de otros tantos crímenes.

¡Miserables! La justicia de Dios y de nuestros hombres que no está lejos, pronto os castigarán.”

Los franceses, confundidos con las terribles amenazas de nuestra heroína, dejaron aquel lugar; y pocas horas después salieron de la población, cuyas casas eran devoradas por las llamas.

Siguió el incendio de las demás poblaciones, al que precedía también el robo y el asesinato.”









## Doña Agustina Ramírez de Rodríguez.

---

Hace algunos años, con motivo de nuestros ocios literarios, nos propusimos arreglar un ensayo intitulado "Historia del Estado de Sinaloa", en atención a que tan benemérita Entidad tiene en sus antecedentes políticos muy brillantes páginas y que hasta ahora son poco conocidas en la República.

En este trabajo que al presente se encuentra inédito, se trata de una heroína, mujer hija del pueblo, cuya memoria debe ensalzarse porque es un modelo de abnegación y de patriotismo.

El fragmento correspondiente dice así:

"Vamos todavía a referir algo conmovedor, un episodio muy parecido al que ocurrió entre el inmortal Don José María Morelos y la heroína de la Independencia conocida con el sobre-nombre de la Generala, que pinta de relieve el carácter abnegado y heroico de los hijos de Sinaloa.

"Hubo en este Estado una humilde mujer hija del pueblo, llamada Agustina Ramírez de Rodríguez.

"Vivía tranquila en su hogar al lado de su esposo y de trece hijos varones que hacían toda su felicidad.

"Pero llegó la nefanda agitación de los franceses, y todos ellos se aprestaron al combate en defensa de la patria.

"Aquella mujer, baciada en los antiguos moldes de las espartanas, quiso también tomar participio en la defensa nacional, y en los campos de batalla se le miraba auxiliando a los heridos y a los moribundos.

"Por su suerte vió que una bala del invasor mató a su esposo, y luego uno a uno, los franceses y traidores en distintas refriegas fueron arrancando la existencia a doce de sus hijos, teniendo en más de una ocasión que mirar cómo sucumbían entre sus brazos.

"El General Corona, con su buena fortuna, había conseguido arrojar a los agresores extranjeros de la costa sinaloense, y cuando se preparaba como esforzado paladín a marchar al sitio de Querétaro, esa mexicana se le presentó y le dijo:

“General: he sido madre de trece hijos, de los cuales doce han sucumbido por las balas de los franceses, lo mismo que mi esposo.

“Solo me queda éste muchacho que es el que me mantiene, pero si la patria lo necesita, al lado de Ud. que vaya a cumplir con su deber.”

“El General Corona quedó profundamente emocionado ante las sencillas palabras de aquella ignorada heroína, y permitió que aquel joven que era todavía adolescente permaneciese al lado de su madre.

“Hizo más: por su influencia el Gobierno de Sinaloa le concedió una pensión de treinta pesos, y más tarde el Gobierno General le concedió otra de ciento cincuenta pesos.”





## Julia La Rojeña.

---

En el trabajo histórico citado en el cuadro anterior, nos hemos ocupado también de otra mujer de la clase humilde, que dotada de una alma verdaderamente varonil y de un temple que provoca admiración, da a conocer cuán grandes son las energías y reelevantes dotes de los hijos del hermoso cuanto rico suelo del Estado de Sinaloa.

El fragmento correspondiente es de este tenor:

“Aunque sea a grandes rasgos, vamos a referir la existencia de otra mujer hija del pueblo sinaloense.

“Había en las fuerzas del Coronel Don Jorge Granados un soldado raso originario de Escuinapa, conocido con el sobre nombre de “El Rojeño.”

“Esas fuerzas tuvieron un encuentro con los invasores en Concordia, y “el Rojeño” pereció en la lucha.

“Días después, se presentó ante el jefe Don Camilo Isordia una mujer del pueblo, manifestándole deseos de que se le admitiese como soldado de los tropas del Sr. Corona, agregando que era “Julia la Rojeña”, esposa del soldado de referencia, y que si tomaba aquella resolución, era porque quería vengar su muerte, deseando perecer por la misma causa que él defendió.

“Al mismo tiempo presentó el único hijo suyo que tenía, pidiendo que se le admitiese como trompeta.

“Julia la Rojeña” fué muy popular en los Distritos de Mazatlán, Concordia, Rosario y San Ignacio. Era muy de a caballo, entrando siempre en los combates vestida de charro, en uno de los que fué herida y hecha prisionera, logrando en seguida fugarse.

“El hijo de “Julia la Rojeña” se separó de ella, yendo en las fuerzas de vanguardia del Ejército de Occidente, que marcharon a Querétaro al mando del Coronel Don Eulogio Parra.

“En el año de mil ochocientos setenta y dos, con motivo del plan de la Noria, “la Rojeña” se dió de alta en las tropas del General Rubí, y en las del Coronel Don Manuel Martínez; el año de mil ochocientos setenta y seis,

militó en las fuerzas del Coronel Don Modesto Cristerna, habiendo perdido a su hijo en un combate dado en Tamiahua en contra del General Don Donato Guerra.

“En mil ochocientos ochenta, la misma soldada se dió de alta en las fuerzas del General Don Jesús Ramíres Terrones, contra el poder absorbente de Tuxtepec, y en la retirada que este jefe hizo a la Sierra Madre y que se detallará con posteridad, tomó un participio muy activo, con todo y las muchas penalidades que difícilmente podría soportar el hombre más vigoroso.

“Cuando la columna de ese General salió por el Puerto del Aire, a la serranía, la marcha era sumamente lastimosa: los soldados iban abandonando los caballos, agotados a causa del bravísimo temporal: caía una recia granizada, la atmósfera se agitaba con la furia del vendaval, arrancando de cuajo los árboles gigantescos, por cuyo motivo los más expertos iban dejando sus cabalgaduras agobiadas.

“Por fin, se llegó al paraje de Guachimeta, y al pasar lista de seis, el General Ramírez Terrones notó con suma pena que faltaba “Julia la Rojeña”. En el acto dispuso que una escolta regresase a buscarla, y ya de noche, antes de que los exploradores volviesen, llegó al campamento con dos asistentes, llevando por delante treinta caballos que con todo y sillas había podido salvar del abandono, dando así un ejemplo de fortaleza a los hombres más robustos.

“Cuando el General Ramírez Terrones pretendiera pasar uno de los vados del río Ajoya juntamente con su columna, “la Rojeña” fué uno de los soldados que sorprendida por la corriente, pereció ahogada.”







ISABEL PRIETO.







## Doña Isabel Prieto de Landázuri.

### I.

Nació esta eminente poetisa en el Alcázar de San Juan, de la Península Ibérica, el primero de Marzo de mil ochocientos treinta y tres, siendo sus padres el señor Don Sotero Prieto, natural de Panamá, y su esposa Doña Isabel Vango, nativa de la ciudad de Madrid.

A los cuatro años de edad, la niña Doña Isabel pasó a la población de Guadalajara, de la República Mexicana, donde sus padres establecieron su residencia.

Aquí fué donde su inteligencia, despertando a la luz de la razón, vió todos los encantos y delicias de la tierra tapatía, considerándose ella desde entonces como de la región jalisciense, a la que llamaba su mansión predilecta.

Debido a las reelevantes dotes de su espíritu, desde su tierna infancia manifestó una gran vocación por el estudio, abarcando su dedicación todos los ramos del saber humano, y como su cerebro poseía una sorprendente retentiva, llegó a dominar con bastante corrección el español como su idioma natal, el francés, el inglés y el italiano.

Llena su alma de una sensibilidad exquisita, tenía un gran placer por la lectura de la poesía, y atraída por su gusto deleitoso, empezó a dar forma a algunas producciones literarias, que solo mostraba a personas de su familia, a miembros de su intimidad. Todas esas personas se empeñaron ante la señorita Prieto en que consintiese el que fuesen dadas a la publicidad, pero ella siempre se excusó movida por su modestia y porque sabía cuán difícil es escribir bien, agregando en todas esas instancias, que no sentía ambición por la gloria y que siendo además una simple aficionada, el conocimiento de sus composiciones por parte del público podría formarle la atmósfera de gente que en la vida no había alcanzado a conocerse.

No obstante lo expuesto, las mismas personas comprendieron que sería una lástima que el que por consideraciones de una susceptibilidad mal enten-

dida esas producciones se perdiesen en perjuicio de las letras nacionales, y sin el conocimiento de la señorita Prieto empezaron a publicarlas en el periódico de Guadalajara intitulado "La Aurora Poética."

La citada joven se había equivocado en su manera de ver las cosas, porque sus poesías fueron recibidas por la sociedad sensata con la más merecida bondad, felicitándose en todas partes a la autora privilegiada y animándosele a que continuase ejercitando sus excepcionales inclinaciones por el arte del bien decir, ya que ello tendría a la postre que redundar en gloria de la intelectualidad mexicana.

Con tan favorables auspicios, en diez y nueve de Diciembre de mil ochocientos sesenta y uno, dió a conocer su comedia "Los dos son peores," representada en el Teatro de Guadalajara y que le valió las más calurosas ovaciones.

Entre las ofrendas que recibió, figuró la presentación de una medalla de oro que llevaba en el anverso estas palabras: "A Isabel A. Prieto.—La juventud estudiosa de Guadalajara", y en el reverso aparecía una lira y la citada fecha, diecinueve de Diciembre.

En veintiuno de Junio de mil ochocientos setenta y dos, con motivo del ejercicio de la beneficencia pública, en el teatro Nacional de México se representó su producción dramática nombrada: "Un lirio entre zarzas," que fué muy bien recibida por la sana crítica y fué aumentando su muy justa popularidad.

Antes, en el año de mil ochocientos sesenta y cuatro, a causa de la invasión francesa había pasado de Guadalajara a San Francisco, California.

En mil ochocientos sesenta y cinco, la señorita Prieto contrajo matrimonio, y ello no fué inconveniente para que continuase cultivando las bellas letras.

En mil ochocientos sesenta y nueve se radicó en la ciudad de México, y con ocasión de haber sido nombrado su señor esposo Cónsul de México en Hamburgo, la señora Prieto de Landázuri marchó a Europa, y en veintiocho de Septiembre de mil ochocientos setenta y seis, en dicho puerto, por suerte infausta, dejó de existir, siendo su último deseo que sus restos se depositaran en Guadalajara, cuya mansión era su ciudad idolatrada.

Con la desaparición de la señora Prieto de Landázuri, las letras patrias se cubrieron de duelo.

He aquí los méritos de tan insigne poetisa:

Escribió un gran número de producciones líricas que conmueven el alma del lector porque contienen la más pura expresión del sentimiento.

La forma de sus versos es correcta y acabada, entrañando una dulzura y afabilidad que immortalizan su inimitable forma.

Su mayor gloria consistió en el cultivo de la poesía dramática, enriqueciendo el teatro nacional con no pocas composiciones.

En ellas se nota gran fondo de moralidad y de filosofía; los argumentos son bien sostenidos y más felizmente terminados.

Sus principales piezas son estas:

"Dos flores", "Los dos son peores", "Oro y oropeles", "Abnegaciones", "La escuela de las cuñadas", "Un lirio entre zarzas", "En el pecado la penitencia", "Una noche de carnaval", "Duende o serafín", "Un corazón de

mujer”, “Espinass de un error”, “Un hijo del día”, “Soñar despierto o la maga de Ayodoric”.

Dejó además inéditas otras dos piezas dramáticas no tituladas.

Por último, escribió la leyenda “Berta de Sorenberg”.

Arregló la versión de “Marión de Lorme”, del inmortal Victor Hugo, y “La Aldea”, de Fenellet.

Esa fué la admirable poetisa con que tanto se honra la hermosa ciudad de Guadalajara.









*Refugio Barragan*





## Doña Refugio Barragán de Toscano.

---

Esta favorecida de las musas vió la primera luz en las risueñas márgenes del Tonila, del Estado de Jalisco, en veintisiete de Febrero de mil ochocientos cuarenta y seis, siendo sus padres Don Antonio Barragán y su esposa Doña Francisca Carrillo de Barragán.

Todavía muy niña la Srita. Barragán, pasó a vivir al lado de sus padres a la población de Reyes, hoy Villa Salgado, del Estado de Michoacán, donde permaneció hasta la edad de catorce años, trasladándose luego a Colima.

El motivo principal de este cambio de residencia, fué el que se había notado en la Srita. Barragán una inteligencia poco común y una decidida dedicación a los estudios.

Por ello sus padres no omitieron sacrificios y fueron a un centro donde se les pudiese facilitar la formación intelectual y moral de su buena hija.

La Srita. Barragán en Colima dió a conocer sus rápidos progresos al grado de haber llamado la atención general, mirándosele desde entonces como una futura esperanza.

Cuando hubo terminado sus primeros estudios bajo la protección de la señorita Rafaela Suárez, se dedicó al cultivo de trabajos superiores, llegando a poseer en breve plazo una instrucción poco común.

Excusado es decir que desde que comenzó a laborar en la carrera de las letras manifestó una marcadísima vocación por la poesía, vocación que robusteció, porque habiendo arreglado unos primeros ensayos, fueron recibidos con regocijo por personas de su confianza, conocedoras de la materia.

Luego esas composiciones fueron publicadas por el periódico colimense "La Aurora", mereciendo el que el público sensato las recibiera con marcadas muestras de bondad, y concluyendo con alentar a la autora a que perseverase en la difícil cuanto delicada senda a que la llamaba la naturaleza.

Y así fué: la señorita Barragán continuó con mayores empeños dedicándose al estudio, aprovechando horas extraordinarias para sus trabajos literarios, pues en las ordinarias tenía que dedicarse a ayudar a sus padres

como buena hija a luchar por la vida y luego a atender sus sagrados deberes una vez que contrajo matrimonio.

En mil ochocientos sesenta y seis se representó en Guadalajara su pieza dramática "La Hija del Capitán," que mereció a la inspirada autora las ofrendas de la admiración más entusiasta.

Escribió además un poema intitulado "La Hija de Nazaret", bellísima composición en la que se muestra a las claras la elevación y pureza de los sentimientos de la autora.

La señora Barragán de Toscano, ha dejado un buen número de poesías, y en todas ellas se palpa la delicadeza y buen gusto estético.

En la forma es correcta, procurando siempre huir del amaneramiento y decadentismo que echan por tierra las mejores concepciones.





## Doña Angela Peralta de Castera, (El Ruiseñor Mexicano)

### I.

La egregia hija del genio y gloria del arte, Doña Angela Peralta de Castera, vió la primera luz hacia la quinta década del Siglo XIX.

Mecida en humilde cuna, desde los primeros años de su existencia dió a conocer sus portentosas vocaciones, al grado de que figurando en un ambiente social mediocre, se comprendió que por ningún motivo se deberían dejar estériles sus excepcionales aptitudes; así es que, desde luego se le dedicó al estudio de la música, logrando hacer tan rápidos progresos, que en breve tiempo llamó la atención general en la misma ciudad de México, donde aprovechó las lecciones de los mejores maestros de su tiempo.

Con la singularidad de que sus dotes eran de primera magnitud, se dedicó de preferencia al estudio del canto de las obras clásicas y en plazo relativamente corto se presentó en el proscenio.

No había en México que escuchar sino la voz sorprendente de la señorita Peralta.

Habiendo contraído matrimonio, las atenciones de su nuevo estado no le impidieron continuar cultivando la música, encargándose la fama de llevar muy lejos su nombre, hasta donde solo habían llegado muy pocas personalidades artísticas.

Circundada la eminente cantante de un celeste fulgor, los pueblos de la Nación le prodigaron infinitos aplausos, nombrándosele prototipo del arte, porque encontraban en las maravillosas notas de su garganta la savia del suelo patrio y la vida de su amoroso ambiente tropical.

Baste decir que su renombre consiguió eclipsar el recuerdo que hasta entonces había permanecido esplendente, y que en el período virreinal a principios del siglo XIX, ganaran tres insignes actrices: Doña Gertrudis Solís, Doña Catalina Ortiz y Doña Dolores Munguía.

Llegó un momento en que resultaron estrechos los límites marcados



para su potente inspiración, y buscando vagorosa nuevos horizontes a sus gigantescas energías, partió para la tierra donde las delicias de la estética levantarán un trono a los favorecidos del núnmen.

## II.

La señora Peralta de Castera marchó para Europa en alas de la melodía.

En España asombró con sus arpegios a la culta sociedad de Barcelona. Pasó a Italia y en el teatro de la Scala de Milán, inició la carrera de sus superiores triunfos.

En la histórica ciudad de Florencia, Patria de los Médicis y cuna del renacimiento moderno, fueron escuchadas sus delicadísimas modulaciones, en condiciones tales, que todos los oyentes arrobados, encontraron en su voz el murmullo de la fuente y las tiernas y armoniosas quejas de la enamorada paloma.

Cantó en Pisa, en Pádua, en Venecia, en Turín, en Bérgamo, en Bolo-  
nia y en tantos y tantos otros centros del arte, que sus méritos llevaron su  
celebridad a una región más excelsa, que considerada como un prodigio mu-  
sical, no había público que no le dedicara sus honores y hogar donde no se  
le ofrendase, con tal de oír la belleza incomparable de sus triunfos.

Desde entonces la señora Peralta de Castera fué conocida con el sobre  
nombre del RUISEÑOR MEXICANO.

¿Y quién pudiera haber que conocedor de las notabilidades mundiales,  
no rindiera culto a la esclarecida cantatriz de Anahuac, cuando el orbe en-  
tero pregonaba que al desarrollarse su existencia en los senos de la armonía,  
su única misión sobre la tierra había sido la de connaturalizarse con el ge-  
nio del arte?

En cierta ocasión que modulara sus temas ante la pulcra corte del Rey  
de Italia, cantó también la reputada artista Doña Adelina Patti, conside-  
rada como la primera cantante del mundo.

La humilde prima-donna mexicana desempeñó su cometido con tanta  
modestia como habilidad, y fué el sentir unánime de aquel auditorio que era  
merecedora de la suprema apoteosis y que no podía haber una interpreta-  
ción musical que igualase a la de su garganta.

La señora Peralta de Castera recibió desde entonces los honores de los  
reyes y de los emperadores, agasajándosele y ensalzándosele como a una ver-  
dadera deidad.

Circundada con el mágico fulgor de egregia diva, cantó como el bardo  
que adormece el corazón, expresó sus notas con la dulzura del aura, imitó  
los fascinadores conciertos con que las miriadas y miriadas de aves bendi-  
cen la Naturaleza cuando el sol se precipita en el océano. En su garganta  
se abrigó el rítmico sonido de la catarata, el manso arrullo del adormecido  
lago, el chasquido de las embravecidas ondas y el estridente clamor de la  
tempestad.

Era innegable la fecundia de sus notas conque encadenaba la humana  
admiración.

Sabía encadenar con su estro como los besos a las almas, era algo co-  
mo la encarnación de lo ideal de la belleza sobre las delicadas cuerdas del  
arpa de David.

Su voz no estaba sujeta a la tangibilidad de regla alguna.

La sublime cantante fué como el astro rey que eclipsa glorioso los hechizos de los mundos que lo rodean.

Las endechas del incomparable Ruiseñor Mexicano tenían el singular secreto de adormecer las penas del espíritu, porque era una maga que poseía el superior encanto del sentimiento.

### III.

Coronada la frente con los laureles de la inmortalidad, la señora Peralta de Castera volvió a México, precedida por el brillo de su nombre.

Desde entonces sus días fueron una continua apoteosis, y dondequiera que se presentaba, los tributos del cariño y los honores de la admiración llegaban hasta sus pies, llenándola de la satisfacción más merecida.

Mas por suerte aciaga, la diva prodigio quiso contemplar las bellezas del Occidente Mexicano, y cuando se consideraba dichosa, escuchando las vaguedades y rumores eternos del misterioso océano, cuando éste, juguetón, destrozaba su seno de blanca espuma sobre las rompientes acantiladas de las Olas Altas en el puerto de Mazatlán, cuando apacible y soñadora dejaba volar su fantasía al tenue fulgor de la luna, sobre la tersa linfa del estero de esa legendaria localidad, dejando salir de sus labios un canto de inexplicable ternura, como postrer acorde de cisne enamorado, ¡oh, dolor! la que tanto brillo diera a su tierra natal, abrió sus alas para engolfarse en los abismos incomprensibles de la eternidad.

En treinta de Agosto de mil ochocientos ochenta y tres, la Sra. Peralta de Castera fué víctima de la fiebre amarilla, llenando la noticia de profunda pena a toda la sociedad mexicana, porque dejaba un vacío difícil de repararse.

Ella fué objeto de las atenciones de los potentados del mundo.

Cantó como ochocientas diez y ocho veces óperas italianas, recibió como obsequio como quinientas coronas, muchas de ellas de oro y plata, y siendo el ídolo de millares de admiradores, fué ofrendada con multitud de obsequios de la más alta valía.

Cabe a los mazatlecos conservar sus cenizas como veneradas reliquias del arte.







Doña Concepción Méndez.







## Doña Concepción Méndez.

### I.

Es conocido sobre manera el principio de que la cultura de las naciones está en razón directa del desenvolvimiento del arte bajo sus distintas manifestaciones.

En México, como en todos los demás países del mundo latino-americano, que se encuentran relativamente distantes de los grandes centros europeos, apenas se deja sentir la influencia del mismo arte.

En nuestra República, la literatura nacional apenas tiene delineamientos de nacientes esbozos, y menos adelantada se mira aún la exposición del arte teatral en sus distintas formas: el canto, el baile y la representación escénica.

Por ello es que, cuando en la sociedad mexicana apareció con indiscutibles disposiciones y grandes méritos por su vocación artística, la joven Doña Concepción Méndez, llamó fuertemente la atención pública, mirándosele desde sus primeros ensayos como una futura gloria de su suelo natal.

### II.

Nació esta joven por el año de mil ochocientos cincuenta y tres, manifestando desde su más tierna infancia muy grandes disposiciones, ya para el canto, ya para la declamación escénica.

Fué tan decidida su vocación para esas formas del arte, que siendo aún niña de nueve años, ya representaba e interpretaba en público con sobra de talento artístico papeles que parecían superiores a sus fuerzas, llegando hasta sus pies tanto la arrobadora oleada del aplauso, como la estimación de los conocedores, que la saludaban como una honrosa intérprete del arte mexicano.

Y no como quiera se le ensalzaba, porque el reputado Maestro Don Melisio Morales, autor de las óperas "Ildegonda" y "Romeo y Julieta," oyó sor-

prendido favorablemente la argentina y encantadora voz de la naciente diva, augurándole la celebridad.

La señorita Méndez continuó con pasmosa rapidez sus estudios musicales, ingresando bien pronto a la Compañía del señor Padilla y luego a la de Don Juan Mata, en las que supo ganarse los más merecidos lauros, dedicándose de preferencia a las labores de la opereta y de la zarzuela bufa.

Por el año de mil ochocientos sesenta y cuatro ya se había establecido en la ciudad de México el sistema monárquico, y los Emperadores Don Maximiliano y Doña Carlota, tuvieron oportunidad de escuchar a la señorita Méndez, que a la sazón apenas contaba once años de edad.

Los encumbrados consortes quedaron maravillados de la delicadeza y dulzura de sus notas que atraían como si fuese canto de sirena, de la habilidad y juego de su modulación que había llegado a una altura superior, sin haber tenido más escuela que la deficiente que pudiera aprovecharse en el país.

La señorita Méndez no era una notabilidad como belleza, pero poseía el encanto de atraerse las simpatías de cuantos la escuchaban.

Su gracia era inimitable, y bien pronto llegó a ser la favorita mimada de los Emperadores, quienes a diario la agasajaban, llenándola de obsequios y atenciones.

La Emperatriz Carlota se empeñó en que por su cuenta fuese a Europa a perfeccionar sus incomparables dotes; pero ella con sobra de modestia se excusó agradeciendo el porvenir que se le ofrecía, por no resolverse a dejar la tierra patria.

La especialidad de la señorita Méndez era el canto de las producciones típicas mexicanas, en el que nunca pudo nadie acercársele, siendo este género el que más extasiaba a los Emperadores, amantes como eran de todo lo que importaba manifestación del arte en su nueva patria adoptiva.

El gusto de la señorita Méndez estribaba muy particularmente en el canto de la canción "La Paloma," que le dió una marcada notoriedad, porque en ella sabía como ninguna otra artista, interpretar el sentimiento que sus vibraciones entrañaban de virgen soñadora y amante.

Con las notas de esa producción arrancaba a las multitudes el frenesí de un sentir desbordante.

En ese período de su vida, cuando los magnates imperiales no podían vivir sino escuchando los misteriosos acordes de su inspiración de niña prodigio, fué cuando el público mexicano la subía también al altar de su adoración, declarándola el ídolo de sus caricias y llevándola hasta el solio del arte en alas del aura popular.

La señorita Méndez en los días de su pleno y glorioso ascendiente, en fuerza de la atracción de sus gracias, sabía dar un singular atractivo al encanto de sus delicados movimientos, era arrobadora la expresión de su mirada, teniendo el timbre de su voz una armonía inexplicable.

Fué la señorita Méndez como una tópica flor de los jardines de Moctezuma, habiendo conseguido con sus méritos el que los poetas de su tiempo colocaran a sus pies el estro de sus lirás de oro.

Fuera una amarga nota contra la verdad y la justicia, el omitir un característico episodio que ocurrió con la señorita Méndez, cuando el valimiento de sus protectores imperiales se había hundido en el ocaso.

Cuando ya los Poderes Republicanos habían recuperado la ciudad de México, cierta ocasión se daba una función solemne en uno de los teatros principales.

Como aún las pasiones políticas se encontraban palpitantes, alguien pidió que la señorita Méndez cantase la canción de la "Mamá Carlota", letra del Sr. General Don Vicente Riva Palacio.

Quien conoce sus versos formará idea del apuro de la noble cantatriz, mas ella con el talento que la distinguía, se presentó en el proscenio y con la pulcritud más fina y un acento que jamás nadie había escuchado en sus palabras, dijo: "No me incumbe ni jamás me he mezclado en cuestiones políticas; pero nunca mis labios se abrirán para denigrar a personas a quienes la gratitud me manda que respete siempre. No accedo, por tanto, a lo que se me indica."

Con esa contestación tan enérgica como generosa el público se electrizó, recibiendo la diva en aquella vez el homenaje más espontáneo y ruidoso.

La nobleza e hidalguía de la señorita Méndez traspasó las barreras mexicanas, y la remembranza del mismo episodio le trajo una letra conmovedora del Emperador de Austria Don Francisco José.

Así han referido algunas personas este episodio. Veamos ahora como lo relata el popular escritor Don Juan de Dios Peza:

"Algunos años después, moría el Emperador en las Campanas, y la Princesa, viuda, gemía con la razón perdida dentro de su nativo castillo de Schoenbrung.

"En México la República victoriosa infundía ánimo a los escritores, a los poetas y a los actores.

"En el Teatro Nacional, recientemente entradas las fuerzas liberales, se daba en la tarde de un domingo una función dramática, y como viera el numeroso público aparecer en escena a Concha Méndez, que con tanta gracia cantaba "La Paloma," le pidió a grito unánime que le dejara oír la "Paloma Liberal," parodia de que la actriz sabía que en aquellos instantes era el entretenimiento de los soldados, pues en sus versos se mofaban del Emperador y de la Corte.

"¡La Paloma Liberal!" gritaban todos, y la joven Méndez permanecía en medio del escenario, inmóvil, como una estatua, y sin dar gusto a la multitud. Pero de pronto avanzó algunos pasos, se encaró con el público y dijo derramando por sus ojos rayos de entusiasmo.

"Nunca he de cantar lo que me pedís, señores; llevo en mi brazo la pulcera que me regaló una infeliz princesa, que hoy gime sola, viuda y loca y muy lejos de nuestra Patria. Ni el pueblo mexicano ni yo, a quien pertenezco de corazón y de cuna, hemos de insultar la memoria de un príncipe ajusticiado en Querétaro ni de una dama virtuosa, que en vez de la corona de reina ciñe hoy la corona del martirio. Matadme, si queréis, pues prefiero la muerte a ser una ingrata y una infame."

"Al decir ésto besó la pulsera y se cubrió con las manos el rostro bañado en lágrimas.

"¡Viva México! ¡Viva Concha Méndez! gritó el público conmovido, y nunca se le volvió a pedir que cantara la canción aquella.

"Aún vive pobre y olvidada la actriz mexicana y aún vive viuda y de mente la augusta princesa.

“Yo era joven y estudiante cuando pasó lo que refiero y aún se me sube a los ojos como una explosión de llanto cuando hago estos recuerdos.

“No hay duda de que la gratitud es la primera de las virtudes de que puede gloriarse el corazón humano.”

Tiempo más tarde, la señorita Méndez dejó la escabrosa senda teatral, viviendo de la modesta fortuna que con su honradez y dotes especiales supo labrarse.

Murió a principios del año de mil novecientos once.

Su conspícua celebridad fué uno de los primeros y más esplendentes triunfos del arte escénico mexicano.







Esther J de Carrolls







## Doña Esther Tapia de Castellanos.

### I.

Nació esta ilustre michoacana, gloria de su sexo, en la ciudad de Morelia, el nueve de Mayo de mil ochocientos cincuenta y dos, siendo sus padres Don Crispín Tapia y Doña Luisa Ortiz de Tapia.

Luego que en esa niña se desarrolló la luz de la razón, dió a conocer cuán decididas eran sus vocaciones por el estudio y muy particularmente por el cultivo de las bellas letras, lo que daba a entender que más tarde aquella niña sería una de las escogidas en las idealidades del Pindo.

Sus padres vieron cuan despejada era su inteligencia, y le ofrecieron que luego que terminase el aprendizaje de aquellas materias indispensables a la mujer de hogar, la dedicarían a superiores estudios, en consonancia con sus anhelos, lo que no llegó a suceder por el fallecimiento de la autora de sus días, hac'éndose entonces cargo de la señorita Tapia, la señora Doña Francisca López Portillo de García, quien la ayudó hasta donde le fué dable en completar su formación intelectual y moral.

Entrada en la juventud, la notable michoacana empezó a llamar la atención pública por sus bellísimas producciones, recibiendo el elogio de todos los que la conocían.

Tomó estado, y sus nuevos deberes no impidieron el que continuase cultivando las bellas letras con éxito positivo.

El estro se dejó ver palpitante en las cuerdas de su lira desarrollando los distintos géneros existentes.

Ya trataba temas individuales, bien desarrollaba la poesía del sentimiento, en otras ocasiones sus asuntos eran referentes a las obras de beneficencia, a veces trataba cuadros de costumbres nacionales, o bien por último se dedicaba a versiones de autores clásicos.

Mas justo es decirlo, en todas sus composiciones se delineaba la claridad de las ideas, la facilidad en la rima, la delicadeza y dulzura en el sentimiento y el buen gusto en que reboza el conocimiento de la estética.

En una palabra, fué una verdadera intérprete del arte, en condiciones tales, que en pocos años, en donde quiera que se hablaba el rico y fecundo idioma de Cervantes, reducidos nombres podría haber más populares que el de la señora Tapia de Castellanos.

## II.

Ya en la cima de la notoriedad la eximia poetisa, colaboró en muchas publicaciones nacionales, y con especialidad en las de Guadalajara, en donde era muy estimada.

Sus versos honraron el "Correo de Ultramar," engalanando también las columnas de "La Ilustración Española y Americana," publicación que es bien sabido sólo dá a conocer producciones de verdadero mérito literario.

El erudito Don José María Vigil, publicó una colección de las mejores composiciones de la señora Tapia de Castellanos, intitulada "Flores Silvestres," y acompañando a ella un interesante juicio crítico.

Por empeños de la citada señora López Portillo de García, se publicó otra colección no menos importante.

La sociedad "Clases Productoras" celebró hace tiempo su segundo centenario, y en él la distinguida poetisa presentó su colección intitulada "Cantares a los niños," que mereció a la autora una medalla de primera clase.

Ha escrito además una hermosa obra nombrada "Judith," cuyo trabajo tuvo su inspiración en la leyenda bíblica.

La señora Esther Tapia de Castellanos es para el bello sexo un modelo incomparable bajo cualquier aspecto que se considere, pues que dedicada enteramente al estudio, ha sabido ser un dechado como abnegada y fiel esposa, así como la más cariñosa madre.

Ella en el mundo de las letras ha llegado a ser el centro de la bellísima pléyade de mexicanas ilustres que preocupadas con el mejoramiento y cultura de la mujer en nuestra querida Patria, han merecido de la historia una honorífica mención, siendo entre ellas las más principales las siguientes: María del Refugio Argumedo de Ortiz, Haydé Escobar de Félix Díaz, Laureana Wright de Kleiman, María C. de Katengeil, Luisa Martínez de Cuenca, Soledad Moreno de Ferrer, Josefa Levechipia de González, Julia G. de la Peña, Julia Pérez de Ballesteros, María N. V. de Estein, Angela Guardiola de Alcalde, Ana Moreno de Arias y Matiana Murguía V. de Aguiluz.

Figuran como principales señoritas las que van a continuación: Luisa Cetina Gutiérrez, Gertrudis Tenorio Zapata, Luisa Muñoz Ledo, Luisa G. Herrera, Francisca C. Cuellar, Camerina Peredo, Dolores Delahanty, María del Pilar Moreno, Julia Pérez Montes de Oca, Josefina Pérez, Herlinda Rocha, Gertrudis Gómez Zavała, Dolores Correa Zapata, Manuela L. Verna, Clotilde Zárate, Isabel Pesado, Susana Maso, Ana Almendaño, Concepción Miranda, Dolores M. León y Rosa Carreto.



## INDICE.

---

	PAGS.
<i>A la mujer mexicana</i> .....	5

### PARTE PRIMERA.

#### ANTES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA.

---

<i>La Reina Xochitl</i> .....	11
<i>La Princesa Doña María de Papantzin</i> .....	15

---

### PARTE SEGUNDA.

#### DURANTE EL DOMINIO PENINSULAR.

---

<i>Doña Marina de Jaramillo, (La Malinche)</i> .....	25
<i>La Princesa Ixtlacuitlicotzin</i> .....	35
<i>Doña María Bartola</i> .....	39
<i>Doña María de Sandoval</i> .....	41
<i>Doña Juana Marcilla de Valiente</i> .....	45
<i>Doña Beatriz Hernández</i> .....	47
<i>La Señorita Pareja</i> .....	49
<i>Doña Ana Leyva de Pacheco</i> .....	51
<i>La Mulata de Córdoba</i> .....	53
<i>Sor Juana Inés de la Cruz, (La Décima Musa)</i> .....	65
<i>Sor María Isabel de Jesús</i> .....	75

	PAGS.
<i>Sor Isabel de San Diego</i> .....	79
<i>Doña María Josefa Vergara y Hernández</i> .....	83
<i>Doña Ana María Gallaga de Hidalgo y Costilla</i> .....	85

—\*—

**PARTE TERCERA.**

**DURANTE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.**

---

<i>Doña Josefa Ortiz de Domínguez, (La Corregidora)</i> .....	93
<i>Doña Josefa Alvarez Prendis de Royo</i> .....	105
<i>Doña Josefa Taboada de Abasolo</i> .....	109
<i>Doña Mariana Rodríguez Toro de Lazarín</i> .....	115
<i>Doña María Tomasa Estéves y Salas</i> .....	121
<i>Doña Leona Vicario de Quintana Roo</i> .....	125
<i>Doña Rafaela López Aguayo de Rayón</i> .....	131
<i>Doña Manuela Herrera</i> .....	135
<i>Doña María de la Luz Rico</i> .....	137
<i>Doña Luisa Martínez de García Rojas</i> .....	141
<i>Doña Antonia Nava de Catalán, (La Generala.)</i> .....	143
<i>La Capitana Doña Manuela Medina</i> .....	145
<i>Otras heroínas ilustres</i> .....	147

—\*—

**PARTE CUARTA.**

**EN EL PERIODO INDEPENDIENTE.**

---

<i>Doña Dolores Guerrero</i> .....	155
<i>Doña Ana Concepción Valdez</i> .....	157
<i>Doña Agustina Ramírez de Rodríguez</i> .....	161
<i>Julia la Rojeña</i> .....	163
<i>Doña Isabel Prieto de Landázuri</i> .....	167
<i>Doña Refugio Barragán de Toscano</i> .....	173
<i>Doña Angela Peralta de Castera, (El Ruiseñor Mexicano)</i> .....	175
<i>Doña Concepción Méndez</i> .....	181
<i>Doña Esther Tapia de Castellanos</i> .....	187

---



# CASA EDITORIAL LOZANO

SAN ANTONIO, TEXAS.

Esta casa es la más importante en su ramo en las fronteras de México y los Estados Unidos. Tiene siempre una gran existencia de libros en español y es la que vende a precios más bajos.

Nuestros talleres tipográficos cuentan con todos los adelantos modernos, y estamos en condiciones de hacer cualquier trabajo editorial que se nos encomiende.

Precios especiales en las ventas de libros  
al por mayor.











